¡Qué duro es ser una triunfadora!
SUPERWOMAN
Begoña Ameztoy
VERSATIL
romántica

Índice de contenido

1 . Pon un objetivo en tu vida
2. En brazos de la mujer madura
3. Amar en tiempos revueltos
4. Secretos y mentiras
5. Sexo, mentiras y cintas de vídeo
6. ¿Amor de madre o amor de hombre?
7. This is my life
8. Nada es lo que parece
9. Desamores que matan
10. El humo (de un porro) ciega mis ojos
11. Begin the begin

Título original: *Superwoman*
© 2018 Begoña Ameztoy

Cubierta:
Diseño: Ediciones Versátil
© Shutterstock, *de la fotografía de la cubierta*

1.ª edición: octubre 2018

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:
© 2018: Ediciones Versátil S.L.
Av. Diagonal, 601 planta 8
08028 Barcelona
www.ed-versatil.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

1 . Pon un objetivo en tu vida

Me llamo Almudena Cortázar, tengo 37 años y soy una triunfadora. Prefiero decírtelo yo misma a que lo descubras por tu cuenta y te mosquees conmigo. Terminarías odiándome, como el resto de los mortales. No se me perdona que lo haya conseguido todo en la vida. Que sea atractiva, delgada y superinteligente. Que sea una auténtica *superwoman* con despacho propio, secretaria personal, ocho mil euros al mes más dietas, un *loft* en Príncipe de Vergara, un Audi TT Coupé que te cagas y una agenda llena de tíos que se mueren por echarme un polvo. Ya ves que lo tengo todo a favor. Por eso puedo permitirme el lujo de decir lo que me sale de los ovarios. Estoy dispuesta a desmitificar de una vez por todas a esas heroínas frustradas, acomplejadas y sin autoestima que triunfan en las series de televisión haciéndose la víctimas porque son gordas y no ligan. Ellas se lo han buscado ¿O te crees que a mí no me vuelven loca las croquetas, las empanadillas, las bravas, las *pizzas* cuatro quesos y los bocadillos de tortilla de patatas?

Sí, me gustan a morir. Y mejor no hablamos de los postres de autor y de la bollería. Que sepas que la bollería (en cualquiera de sus manifestaciones) es mi pesadilla erótica más recurrente. Y eso que he olvidado casi por completo el exquisito dulzor que se expande por la boca, desde el cielo del paladar hasta propiamente el garganchón, cuando revienta entre tus fauces el corazón mismo de una napolitana de chocolate. Reconócelo, eso también es un orgasmo, amiga. Pero (por multiorgásmica y adicta que seas) mi consejo es:

Cálzate un cilicio y vence la tentación.

Mejor adicta al sexo que al chocolate. Por supuesto, soy una insobornable y disciplinada kamikaze de la dieta del cucurucho. Supongo que no hace falta que especifique. Y si no sabes cuál es la dieta del cucurucho, es que estás muy *out*, así que ponte al día. No

esperes entre estas líneas ni una sola lágrima ni una puta queja. ¡Que le den por el culo a Bridget Jones, por comedora compulsiva, por lerda y por imbécil!

A mí también me ha costado un esfuerzo sobrehumano prescindir de todo eso para llegar a la cumbre de la pirámide social, y no voy gimoteando por las esquinas.

¡Ey! Despierta, tía, se acabó el cuento de la Cenicienta. Las hadas no existen y los *coaches* que escriben libros de autoayuda son unos vendedores de bragas desaprensivos a quienes les importas una mierda. Les daría igual escribir exactamente lo contrario si supieran que eso les garantiza la venta de los 25 000 ejemplares que, como mínimo les exige el sátrapa de su editor.

Todo autor de libro de autoayuda es un mercenario a sueldo, colega. No creen en Dios ni en la Psicología, ni en las terapias de grupo, ni en el lenguaje no verbal, ni en el *feng shui* ni en la madre que parió a Sigmund Freud. Y saben perfectamente que, en la vida, la suerte te la buscas tú y que plantarte cada mañana frente al espejo con cara de tarada mental repitiendo: «Hoy puede ser un gran día, mis energías astrales me acompañan», y chorradas parecidas, es una paja mental que lo único que consigue es frustrarte y desquiciarte cuando te das cuenta de que lo has repetido doscientas veces y sigues igual de jodida.

Créeme, lo saben muy bien pero nunca te lo dirán, porque son muy políticamente correctos y muy putas.

Por eso estoy yo aquí, para ayudarte a sobrevivir en la jungla de la vida.

Lo primero que tienes que hacer es marcarte un objetivo. Sin objetivos no vas a ningún sitio. Recuerda que un diamante es para siempre y encima se lo tienes que agradecer al tuercebotas de tu exmarido. Los objetivos los cambias cuando te la da gana y no tienes que dar explicaciones a nadie. Y hazme el favor de no confundir objetivos con sueños. Los objetivos se cumplen, los sueños no se cumplen jamás. Y hazle ahora mismo un corte de mangas a Paulo Coelho que lo de: «Persigue tu sueño, que el universo conspirará para que lo consigas», ni de coña, tío. Ya te digo yo que ahora mismo el universo tiene *overbooking* de pardillos. Y toma nota de esto:

Si para escapar de la mediocridad es necesario pisarle los hue-

vos al que tienes al lado, ni lo dudes, pisa a fondo.

Y si llevas *stilettos,* mejor. No me vengas con escrúpulos baratos ni vayas por la vida de mosquita muerta y beata meapilas con el rollo del karma y el *boomerang* ese que te devuelve lo que envías a los demás. No me seas patética, tía.

Mírame a mí.

Mírame si tienes huevos.

Noventa, sesenta, noventa, *clavaos*, *niquelaos*. Y, sin embargo, pendiente de pasar por el quirófano. Sí, amiga, la excelencia no tiene límites. Voy a operarme las tetas. Tú lo has dicho, a pesar de que soy «casi» perfecta. Pero ese «casi» ya me toca mucho las pelotas. Ahora mismo necesito el canalillo de Kim Kardashian y tengo pasta para pagármelo. ¿Qué pasa? ¿Algo que objetar? Bastante mejor lo voy a lucir yo que esa enana hortera que va de *it girl* por la vida con su metro cincuenta y nueve en canal y su ciento veinte de tetas. Me dan lo mismo todos los Giambattista Valli y Elie Saab que se ponga. Le quedan como el culo. Yo, con una ciento diez, y la esbeltez de mi metro setenta, voy a estar de muerte.

This is my life. Tengo mi método y mi rutina, que jamás sacrifico ni altero.

Acabo de desayunar un bol enorme de deliciosa leche de almendras, estriñe un poco, eso sí (a mí me viene genial porque soy de intestino flojo, herencia de mi madre), un mix de cereales hidrogenados y un puñadito de nueces. Puñadito, no te pases, que tu báscula de baño tampoco cree en Dios ni se va a compadecer de ti.

Me he duchado con un gel de jengibre increíble y maravilloso. Recuerda que todo lo bueno es caro. Ya te puedes ir comprando un cuaderno de tapas duras para apuntarte este tipo de frases:

Todo lo bueno es caro.

Pero se notan las dos cosas: que es bueno de cojones y que vale un pastizal.

Después de la ducha, la correspondiente sesión de crema hidratante (no olvides rodillas y codos: es donde primero se acusa el paso del tiempo) y tu toque de perfume. Algo suave con reminiscencias florales. Valentino Donna, por ejemplo. Un maquillaje ligero, una

chaqueta Armani de alpaca gris marengo, un vaquero Dolce & Gabbana y la camisa blanca Oxford impoluta. Taconazos sin plataforma. No hay nada más cutre que la plataforma, ni siquiera el chándal. (Bueno rectifico, si las plataformas son de Jimmy Choo, puedes llevarlas).

Este es más o menos mi uniforme de trabajo. Cero joyas, en todo caso, alta bisutería, o plata bañada en rodio y ese tipo de complementos. Swarovski, dorados, piedras, circonitas, perlas… jamás, ni harta de vino. Y, *voilà!* ¡Perfecta!

El resultado final es un híbrido de Angelina Jolie en *Salt* y Maria Dolores de Cospedal pasando revista a la tropa. Difícil visualizar una mezcla más surrealista, pero tienes que intentarlo. Cosas más extrañas vas a tener que imaginar si has decidido leer este engendro. Ve preparándote para lo que te espera.

Son las nueve *o'clock* cuando observo con delectación en el espejo del ascensor mi impecable media melena bob.

Suena mi móvil. Esto es un no parar desde las nueve de la mañana. Lo rebusco con impaciencia en mi *bowling* de napa Miu Miu verde fosforito.

Qué raro, es Mariló, mi secretaria.

—Almu… que el capo te está esperando.

—¿A mí? ¿Por qué?

—¿No recuerdas que te citó a las nueve en su despacho? —pregunta atiplando peligrosamente la voz.

El mix de cereales se me sube al gaznate. Esto es una putada de la mal follada de mi secretaria que también me odia. No me ha dicho nada de la cita y lo sabe.

—Supongo que es una broma. ¡No me dijiste nada ayer! —grito olvidando que lo que pretende es verme desquiciada.

—¿Ah, no? —responde, la muy zorra, fingiendo un desconcierto que no siente en absoluto.

—¡Por supuesto que no! —Esta vez el grito se convierte en un bramido tipo reno macho en celo vagando por los fiordos noruegos.

—Oye, a mí no me grites así. —Levanta el tono de voz fingiéndose ofendida, seguramente para hacerse la víctima delante de sus compañeros. La conozco, este truco lo ha empleado otras veces. Lo menos que puedo hacer es intentar humillarla.

—¿Por qué me has llamado a mi número privado?

—¿Quizás porque te has dejado en la mesa el móvil de trabajo? ¿Eh?

Imagino cómo aparece una lengua bífida zigzagueante entre los dientes irregulares y amarillentos de su sonrisa de víbora.

Pero hacen falta muchas comemierdas como esta para desquiciarme. Contengo la respiración y resoplo.

—Pásame con Tony —mascullo.

Mientras espero escuchar la voz de Antonio Redondo, un tipo educado y afable, director del Grupo ROT Management, me pregunto quién habrá elegido los gorgoritos de Enrique Iglesias de melodía de fondo. Joder, qué empacho de tío. De potar.

—Dime, Almudena.

—¿Tony? —pregunto innecesariamente.

—Sí. ¿Qué te ha pasado esta vez?

Como si mi impuntualidad fuera habitual. Mal rollo.

—Que la becaria enchufada que me has puesto de secretaria no me avisó que tenía cita contigo.

—Pues ella dice que sí.

Esto es indignante. Debe ser la crisis. Ya no hay ni clases. No le oculto mi sorpresa. Es más, la exagero.

—Es alucinante, Tony. Supongo que no me habrás desautorizado delante de ella.

Silencio sideral. Mi jefe necesita abreviar. Ya digo que es un tipo afable, pero es el comienzo de una mañana llena de citas y no tiene ganas de discutir.

—Es igual. ¿Cuándo llegas?

Respiro profundamente.

—Media hora —respondo haciéndome la digna.

—Venga, vale.

El portero me mira sabiendo que voy a pedirle algo. Que mueva el culo, joder. Menudos aguinaldos le suelto en Navidad.

—Alfredo, páreme un taxi, por favor, es una emergencia.

¿Qué puede querer decirme Tony a solas? Quizás piensa darme más responsabilidades y de momento no quiere que los demás se enteren. Desde luego, el tío tiene que flipar con mi creatividad y mi capacidad resolutiva. Si yo fuera él, valoraría muchísimo tener una empleada como yo. De hecho, en cuanto consiga sentarme en su sillón giratorio, no sé si ortopédico o anatómico, van a cambiar mu-

chas cosas en Grupo ROT Management. Y a desaparecer otras. La primera, mi secretaria, con una patada en el coño.

En el trayecto voy descartando hipótesis normales y otras mucho más absurdas y peregrinas. La más absurda de todas es que el viejo se haya enterado del rollo que tuve con Eduardo. No puede ser. Yo, desde luego, no he hablado de esto con nadie, y Eduardo seguro que tampoco.

¿O puede que sí? Ahora que lo pienso creo que se lo conté a alguien, aunque muy por encima, o sea, sin entrar en detalles. Algo así como: «Me he acostado con Eduardo en su casa. Me lo cepillé después de la cena de directivos en DiverXo. Fue el polvo más increíble de mi vida. Y yo, fíjate qué casualidad, llevaba en el bolso unas esposas de plumeti y un látigo de cuero. Así que nos lo montamos en plan *Cincuenta sombras de Grey*. El tío flipó. Me ha propuesto que sigamos viéndonos».

Esto sí que me suena que se lo he contado a alguien. *¡Oh my God!* Intento recordar a quién. Creo que a mi hermana. Y a Maca, claro. A Maca, seguro, es mi mejor amiga. Y quizás a Marta. No lo sé. Bueno, y a mi hermana se lo conté porque justo me llamó al día siguiente para decirme que alguien me había visto en un bar de copas de la Moraleja a las tres de la mañana. Si no, no se lo cuento ni muerta. Y también porque me pilló en baja forma con la resaca descomunal que tenía. Ya te digo, fue una noche loca, una orgía, un desmadre. No me pegaba una pasada de esas desde la despedida de soltera de Lucy.

Pobre Lucy, mira que le dije: «No te cases, tía, y menos con Andrés, que es un dependiente emocional de libro». Le ha durado ocho meses. Después de la movida del bodorrio que organizaron, incluido el viaje a Bali. Que no sé qué empeño tiene la gente en irse a Bali, con la horrible humedad que hace allí; estás todo el día con los pelos que pareces una fregona.

Pero descarto esa hipótesis, no puede ser, ninguna de ellas conoce ni a mi jefe ni a Eduardo ni a su novia. Es una paranoia mía. Lo que seguro no le dije a mi hermana es que el tal Eduardo es el novio de la hija de mi jefe. Bueno, más que novio, que se van a casar dentro de dos meses. La que me hubiera montado. Mi hermana es una aguafiestas y una estrecha, no me extrañó lo más mínimo que Fernan la dejase colgada con las mellizas.

—Pare aquí —pido al taxista.

Prefiero que no me deje enfrente de la puerta principal. Entraré por la lateral, y de paso miro mi casillero.

No quiero encontrarme con nadie. Me coloco mis maravillosas gafas Prada y camino deprisa. A pesar de todo, Luisma me intercepta el paso.

—¡Almu! Guapa, cuánto tiempo.

Mentira, nos vimos hace unos días en la reunión mensual de directivos. Precisamente el día de autos, aunque Luisma no fue a la cena. Su novio no le deja ir solo a ningún sitio. Y luego dicen que los gays son promiscuos. ¡Bah! leyendas urbanas. Son lo más convencional que te puedas echar a la jeta. Fíjate que están todos locos por casarse.

Sonrío sin demasiado interés.

—Lo siento, Luisma, tengo una cita y llego tarde.

—¿Ah, sí? ¿No será con Tony?

Me paro en seco y, un instante después, me detengo en su expresión. Parece inquieto y excitado. Algún detalle que yo desconozco le hace mucha gracia. Parece como si quisiera ocultar una risita nerviosa.

—Pues sí, con Tony. ¿Por?

—Hostía, tía. Menudo marrón. Paula se ha enterado de todo. Sabe lo tuyo con Eduardo. ¡Puaf! La que se ha montado.

No doy crédito a lo que oigo. De pronto siento como un vahído, una especie de mareo me hace pensar que voy a perder el equilibrio y a caer de bruces en el puto suelo. Quiero hablar, preguntar, pero dudo que salga de mi garganta algún sonido inteligible.

—¿Qué… qué… ? ¿Cómo es posible?

Luisma se encoge de hombros. ¿Qué clase de pregunta chorra es esa? Pero parece que se compadece de mí. Tiene otra expresión cuando responde:

—Sí, Almu y te advierto que lo sabe todo el edificio. Dicen que Paula le ha montado tal pollo a Eduardo que, de momento, han anulado la boda. Te lo digo porque, a pesar de todo, te considero una amiga.

¿A pesar de todo? ¿A pesar de qué? Noto en su mirada un lejano y oscuro rencor. ¿Por qué?

No tengo tiempo de preguntar tonterías ni me interesa lo que

este cotilla impresentable piense de mí. Tampoco puedo desmayarme, ni llorar ni patalear. Tengo que pensar rápidamente qué le voy a decir a Tony. Hoy es martes. ¿Cuándo me cepillé a Eduardo? El jueves por la noche. ¡Hombre tenía que ser! Qué estúpido y qué torpe. Cómo te pueden pillar tan rápido. Has caído como un conejo, tío.

—Gracias, Luisma, pero la historia no es ni mucho menos lo que te imaginas.

Precisamente a Luisma le jode que ni me desmaye ni llore ni patalee, por eso vuelve a su risita floja.

—Lo que se dice en estos casos es: «Puedo explicarlo, no es lo que parece».

—Ya, muy gracioso. Pero te juro que esto no va a quedar así.

Sin más preámbulos, comienzo a ponerme en mi rol de víctima propiciatoria. Me quito las gafas con gesto brusco y desafiante y repito muy despacio:

—Gracias, Luisma.

No espero su respuesta y sigo mi camino guardando una exquisita verticalidad. Esta es precisamente la actitud que tengo que adoptar. Fuerte, decidida, invasiva, incluso. Tony no se atreverá a prescindir de mí. Primero, porque siempre será la palabra de Eduardo contra la mía. Y después, porque Antonio Redondo es íntimo amigo de mi padre. Soy una recomendada de alto *standing*. Agradecida tenía que estarme la tal Paula y toda su familia por desenmascarar a semejante canalla.

Así mismo se lo diré. Es fantástico. Qué imaginación portentosa la mía. ¿Soy o no soy una mente privilegiada? ¿Tú crees que a alguna Betty *la fea* de esas que pululan por ahí se le hubiera ocurrido una respuesta tan ingeniosa?

La mejor defensa es un buen ataque. Por eso cuando Tony me invita a sentarme frente a él, permanezco de pie mirándole fijamente. ¡Oh, Dios, si consiguiera que se me humedecieran los ojos seguro que podría enternecerle, y tampoco me vendría mal!

—Lo sé todo, Tony —comienzo con voz patibularia—.Sé por qué quieres hablar conmigo, pero voy a ser yo la primera en poner mi puesto a tu disposición. Renuncio a mi cargo, pero con la conciencia muy tranquila.

—Siéntate —repite, no sé si con gesto sorprendido o indiferente.

Hace un largo silencio que no sé si debo romper.

—Lo hice por ti, Tony —susurro al fin sin poderme contener.

Mi comentario le desborda, le descoloca.

—¿Por mí? —pregunta sin terminar de creérselo.

—Sí, por ti. Porque te estoy muy agradecida. Cuando tus socios dudaban en darme un puesto de tanta responsabilidad, tú siempre confiaste en mí. Y eso nunca lo voy a olvidar. —No puedo permitir que me interrumpa, es mi oportunidad.

»Yo sabía que Eduardo era un golfo y un sinvergüenza. Pero antes que nada quiero que sepas que entre nosotros no pasó nada. Apenas unos besos. (Opto por no añadir «sin lengua»). Quería comprobar si las insinuaciones que me dedicaba últimamente, eran lo que me imaginaba. —Observo que Tony me mira con un gesto raro, como si pensara: «Lo mismo esta se mete farlopa desde por la mañana», pero continuo imperturbable—. Cenamos y se ofreció para llevarme a casa. Fue precisamente frente a mi portal cuando se abalanzó sobre mí como un loco soltando obscenidades. Entonces le aparté con firmeza y le dije: «Lo siento, Eduardo, pero yo no puedo traicionar a Paula… y como no le cuentes tú este incidente, me veré obligada a contárselo yo. Paula no se merece esto». —Hago un pausa para parecer más creíble y añado—: Eso fue todo Tony, salí del coche dando un portazo.

Suspiro al terminar mi perorata logorréica como si descansara después de soltar un pesado lastre. Tony, que es un viejo zorro, no se inmuta. No sé por qué me sigue dando la sensación que se pasa mi justificación por el forro de los cojones.

—Almudena, no me interesan tus explicaciones, ni me las creo… Según me han informado, no solo te has cepillado a Eduardo sino a media plantilla de esta empresa. —Se encoge de hombros—. Pero eso tampoco es de mi incumbencia. Solo quería advertirte de cómo están las cosas; y en cuanto al tema de Eduardo, solo puedo darte las gracias.

Aunque lo intento, no puedo cerrar la boca. Temo que se me haya descoyuntado la mandíbula.

—¿Las gracias?

—Sí. A dos meses de la boda, tú has sido la gota que ha colmado el vaso. Gracias a ti… y a otras como tú… —Hace un paréntesis con toda la intencción—. Mi hija ya no se casa con ese cabrón impresen-

table. Aunque te sugiero que no cuentes esa milonga a nadie, porque se van a partir el culo de risa. —Se detiene unos segundos antes de continuar—: Le estábamos haciendo un seguimiento, en fin, tú ya me entiendes. Todavía no he visto las fotos, pero creo que en todas apareces en actitudes y poses poco recatadas. Así que no te hagas la digna.

Esto es más de lo que una *superwoman* puede soportar. Fíjate de lo que me acuerdo en este preciso instante. Yo no creo en los horóscopos, pero hace unos días, probablemente la víspera de mi orgía sexual con Eduardo, mientras esperaba mi turno en la peluquería, leí mi signo en una revista del corazón. Bueno, pues me lo clavó todo. Aún lo recuerdo:

Mujer tauro: «Grave incidente con tu superior en la oficina por un asunto amoroso. Pésimas previsiones laborales para el futuro».

Como lo oyes. Te lo juro.

—¿Qué va a pasar ahora? —pregunto temiéndome lo peor

—Por mí, nada —dice encogiéndose de hombros.

—¿Y Paula?

—Ah, no lo sé. Ya te arreglarás tú con ella.

—¿Puedo marcharme?

Su gesto se enturbia. Ya sé que es una expresión literaria, pero es real. Su rostro se vuelve grisáceo y el blanco de sus ojos se llena de venillas sanguinolentas.

—No. Hay algo más que quiero decirte.

¿Algo más? ¿Es que puede pasarme algo más? Me revuelvo en el asiento intentando disimular el incipiente ruido de mis tripas. Es verdad que soy una *superwoman*, pero lo emocional es mi punto débil. Mis intestinos no perdonan. Me va a entrar una cagalera de muerte.

—Tú dirás, Tony.

Rebusca entre sus papeles un gráfico plastificado que reconozco.

—No has conseguido ninguna cuenta nueva. Tu *target* ha bajado cuatro puntos en el último trimestre. —Me muestra el gráfico con los siniestros picos descendiendo casi hasta el borde de la página—. Si en los próximos quince días no revierte tu perfil, me veré obligado a rebajar tu asignación por dietas en un cuarenta por ciento —concluye su amenaza con un cabeceo afirmativo.

¡Hostia! ¡Cuarenta por ciento! Me quedo sin palabras mientras

intento calcular *grosso modo* la merma que supone en mi sueldo esa brutal rebaja.

—Pero Tony… es la crisis —gimo intentando dar pena.

—No puedo hacer excepciones, Almudena. Tira de agenda. Tienes buenos contactos, utilízalos.

La desesperación se apodera de todo mi aparato digestivo, también del excretor. Espero que mis esfínteres aguanten la embestida.

«Mi padre me salvará», pienso. Soy su hija, tiene que velar por mí. Ojalá que las prácticas sexuales de la puta venezolana que se lo está trajinando no le hayan secado el cerebro, como dice mi madre.

—Tengo algo en perspectiva —miento descaradamente—. No te lo quiero decir hasta tenerlo amarrado —rubrico con un gesto absurdo de la mano.

—¡Ah! Muy bien, me alegro. Claro que sí. Tienes quince días para cuajar el proyecto —dice abriendo mucho los ojos.

A estas alturas de la conversación ríos incontenibles de lava sulfurosa recorren mis vísceras. Se veía venir. El retortijón final suena en medio del despacho como una erupción del Cracatoa. Y en un delirio semántico demencial, solo se me ocurre pensar en la concomitancia de Cracatoa y caca *toa*. *¡Oh my god!* Seré una *superwoman* pero qué loca y qué desesperada estoy.

—Entonces… —digo por decir algo.

Tony guarda celosamente mi gráfico apocalíptico en su lugar y reordena su mesa negra de diseño.

—Parece que has venido sin desayunar y tu estómago protesta. Si no te importa, tengo unas llamadas que hacer antes de la reunión. —Mira su reloj—. Dentro de media hora. Te da tiempo a tomar algo.

Salgo torpemente de su despacho apretando mentalmente mis descontrolados esfínteres y mi culo, *of course*. He aguantado el tipo, pero no soy de piedra. Mis tripas, ya sin ningún tipo de comedimiento, hacen un ruido ensordecedor. Necesito ir al baño urgentemente, por eso, mi secretaria, que está empeñada en joderme la vida, sale a mi encuentro con unos papeles en la mano.

—Me tienes que firmar esto.

—Ahora no puedo —respondo sin mirarla.

—Aquí no se ha comentado nada de lo tuyo —insiste con esa machaconería propia de los gafes recalcitrantes—. Lo que pasa es

que os vio uno de Contabilidad en un bar de la Moraleja.

¡Joder! ¿Pero por qué estaba todo el mundo esa noche en ese puto bar? Y ahora soy el cachondeo de toda la oficina, tal vez de todo el edificio…

—¡No quiero saber nada de ese tema! ¿Has oído?

Pero ella no está dispuesta a soltar a su presa.

—Paula ha preguntado varias veces por ti, quiere hablar contigo —añade sin poder ocultar el regocijo que brilla en su mirada.

Me detengo un segundo para escupirle todo mi desprecio.

—¡¡¡¿Me dejas ir a cagar?!!! —grito sin importarme quién pueda estar escuchando.

Pero ya es demasiado tarde. No me da tiempo a llegar. Cracatoa ha encontrado un orificio por donde soltar su lava venenosa y se ha empleado a fondo en mis pantalones.

Menos mal que no hay nadie en el lavabo.

«Esto es un pesadilla. No puede estar ocurriendo», pienso sentada en la taza. Hace unos meses soñaba a menudo que me encontraba en una situación parecida. Incluso miré en internet qué podía significar un sueño así. La explicación era que pronto se descubriría un asunto turbio en el que estaba envuelta.

Claro, tan turbio como un montón de mierda.

Arreglo la monumental catástrofe con docenas de toallitas húmedas perfumadas y un secador de pelo para emergencias. Las *amenities* del baño de mi oficina son fantásticas, no falta de nada.

Cuando termino, enfilo silenciosamente el pasillo de salida, mi secretaria está entretenida rajando con otra compañera. Me desvío hasta el ascensor y le hago señales desde lejos.

—¡Voy a desayunar! —grito—. ¡Enseguida vuelvo!

Ni siquiera le da tiempo a responder.

¡Oh, my God! No lo puedo ocultar por más tiempo, siento que hay muchos obstáculos en mi camino y que están pasando demasiadas cosas extrañas en mi vida. El ultimátum de Tony me taladra las neuronas. Esto sí que no me lo esperaba. La indiferencia que me ha mostrado por el asunto de los cuernos de su hija no puede ser real. Seguro que la rebaja de las dietas es una venganza porque me he cepillado a Eduardo. Entonces, ¿que hará con él? Lo mismo lo echa a patadas de la empresa. No creo. Es muy buen comercial. Tengo que averiguarlo. Es una excusa perfecta para llamarle. Esto nos va a unir

mucho. Unidos en la desgracia. Es romántico, ¿no? Seguro que él tampoco ha podido olvidar una noche como la que vivimos. Luego le llamo.

Tony se ha atrevido primero con la parte que cree más débil. Los tíos no soportan a las mujeres fuertes y decididas que funcionan como ellos. No es cierto que mi *target* haya bajado, ni tengo la sensación de que el resto de comerciales de la empresa tengan mejores ratios que yo. ¿Será este el comienzo de mi decadencia? No puede ser. Si eres una persona afortunada, la fortuna nunca te abandona. Lo dijo Natalia Vodianova en una entrevista en el *Vogue*. Joder, no me extraña que lo dijera. Consiguió cazar al hijo del megamillonario dueño del *holding* del lujo más importante del mundo.

Por cierto que la Vodianova no es tan mona como quieren hacernos creer. Para nada. Tiene los ojos más separados que un pez martillo. Ya te digo, no te creas ni la mitad de cosas que nos cuentan de esta gente. Todo es mentira y *marketing*. Si lo sabré yo, que trabajo con ellos.

Vuelvo a casa a cambiarme y me tomo un Fortasec, siempre lo tengo a mano. Creo haber dicho que esta tendencia a los retortijones de tripas es herencia de mi madre. Algo más que tengo que agradecerle.

«Cuidado Almudena, nada de reproches», me digo en un rapto de lucidez. Recuerda a tu psicoanalista. Te has gastado una fortuna intentando averiguar cómo cojones funciona tu coco y de dónde nacían tus inseguridades. Ya no tienes nada que ver con tus progenitores. Ni con el uno ni con la otra. Olvídate de ellos. Que se partan la cara y que se den por el culo. Ahora eres una mujer nueva, una *superwoman*, una depredadora salvaje y lo tienes todo a favor. Repite conmigo: «Soy alta, guapa y lista y los tíos se mueren por mis huesos».

Ya te digo que lo único que necesito para ser perfecta es un par de tetas más grandes. Lo sé y está resuelto. Tengo cita en la clínica el mes que viene. Me opera el mejor cirujano de Madrid. Una ciento diez de sujetador que no se la salta un gitano. Así que no puedes venirte abajo, recuerda que eres una tía alucinante aun sin ponerte la silicona. Imagínate cómo te va a quedar ese canalillo en el que desemboquen tus ciento diez centímetros de contorno pectoral. Espectacular es poco. Habría que inventar un adjetivo nuevo solo para

ti.

Nada de derrotismos, Almu. Tú misma lo has dicho, no tienes nada que ver con esas parias fracasadas y depresivas que le besan el culo a Jorge Bucay. Tú sí que has encontrado tu lugar en el mundo.

Me cambio de ropa y vuelvo a la oficina. Aunque llegue al final de la reunión, necesito plantar cara a la situación cuanto antes. Sobre todo por Tony. Ya están las cartas sobre la mesa. No tengo por qué ocultarme. Que los demás piensen lo que les salga de los cojones. Lo van a pensar vaya o no vaya.

Miro mi móvil con optimismo. Ahora que Eduardo se ha librado de la espesa de Paula lo mismo me ha mandado un WhatsApp. Sin duda, yo sería el mejor repuesto que él podría pillar. Cómo se nota que folla mucho y con tías distintas.

¡Hummm! Qué rico, qué rico… qué rico… todavía me acuerdo de los pellizquitos y mordisquitos que me prodigaba sin parar por todas mis zonas erógenas. No pienso renunciar a él. Me encanta. Es más, creo que es el hombre que más me ha interesado en mucho tiempo. Algo joven quizás, le llevo unos añitos, pero eso está a la orden del día. Hay mogollón de parejas igual. Mira Shakira que le lleva diez años a Piqué. Y la Echevarría a Bustamante. Y así la tira.

¡Maldita sea! Tengo tres llamadas perdidas de mi ex. ¡Horror! Me lo ventilo ya. Presiono compulsivamente la rellamada.

—Dime, Alfonso. ¿Qué pasa?

—Menos mal que te dignas contestar ¿Comemos juntos? —Y añade—: Tengo una sorpresa para ti.

—¿Ah, sí? ¿De las tuyas?

—Ni te imaginas.

—Sorpréndeme.

—No puedo adelantarte nada, pero-es-muy-importante —puntualiza.

Recuerdo la pesadilla que acabo de vivir en mi oficina y la cara de Tony exhibiendo mi gráfico. Joder, sería la primera vez que el *tontolaba* de mi ex resultara providencial.

—Pues me vendría como pedrada en un ojo, Alf —digo con retintín meloso.

Mi ex alucina. Creo que no le había vuelto a llamar «Alf» desde nuestra noche de bodas.

—¿Cómo me has llamado?

—No sé, no me he dado cuenta.

—Me has llamado «Alf».

Me impaciento y reculo como puedo. Mi ex es capaz de estar dando vueltas a este asunto toda la comida. Necesito hacerle saber lo desesperada que estoy.

—¡No seas tocapelotas, Alfonso, por favor! Acabo de tener una conversación con mi jefe de la que todavía no me he recuperado. Me ha amenazado con bajarme el sueldo y lo siguiente será el despido. Ya ves las ganas que tengo de chorradas.

Suspira hondamente, seguro que piensa: «De acuerdo me callo, pero me has llamado Alf y no sé a qué viene eso».

—¡Alfonso!

—¿Qué?

—¿Has oído lo que te he dicho?

—Sí, he oído, y precisamente por ahí van los tiros.

Es un tipo curioso, sigue empleando refranes de la posguerra y frases hechas superantiguas.

—¿Qué tiros?

—Pues eso, que casi me alegro. Puede que cambies de trabajo.

Si quiero ser justa, lo cierto es que no me puedo quejar de él. Es torpe y zafio, pero nunca está de más tener un político en la familia. La última vez que nos vimos me dijo que tenía un puesto de mucha responsabilidad en el partido. Tendré que preguntarle por su novia. Eso le pone muy cachondo.

—¿Qué tal Katia?

—Muy bien, muy guapa, siempre me dice que a ver cuándo quedamos contigo.

Mi ex se ha pillado una rusa rubia y tetona doce años más joven que él, que le debe tener contento. Y yo me alegro, por supuesto. Con la brasa que me dio los dos años siguientes al divorcio.

—¿Sabes que la he colocado de traductora?

Estoy llegando a la oficina, tengo que cortar.

—¿Ah, sí? ¿A la rusa? Perdón —rectifico sobre la marcha—. ¿A Katia? Estupendo, ¿no? Oye que no puedo seguir hablando. ¿Dónde quedamos? ¿Te apetece La Pulcinella! Es una *trattoria* genial.

No va a querer, Alf es muy básico

—¿Qué es eso…Una pizzería?

—Sí, pero en *fashion*… Suele ir Letizia. Lo mismo nos encontra-

mos con ella. Ya sabes que le encanta mezclarse con el pueblo.

—Oye, déjate de rollos, al pan, pan y al vino, vino. Yo he pensado en el restaurante de la torre donde tú trabajas, que no lo conozco y me han dicho que está muy bien.

—Sí, la Torre Espacio, te va a encantar, las vistas son alucinantes.

—Y así no tienes ni que moverte.

—¡Ah! Qué genial… solo tengo que subir cuatro pisos.

—Vale, Almu… Llegaré sobre las dos y media.

Cuando corto la comunicación me invade una grata y reconfortante sensación. Es grato y reconfortante sentirse ciudadana del mundo, triunfadora, moderna y cosmopolita y trabajar en una zona tan futurista como la *business area* de la Castellana. El majestuoso perfil de las impactantes torres de cristal y acero de la zona de negocios más exclusiva de la *city*, ha modificado por completo eso que los pijos llaman el *skyline* de Madrid.

This is my life… O sea, parafraseando a Marx (Groucho, *of course*) creo que soy la persona más interesante que conozco. Fíjate que, volviendo a Letizia, siempre he pensado que si Felipe me hubiera conocido más a fondo, seguro que se hubiera quedado conmigo. Un día coincidimos en un acto benéfico y le pillé mirándome mogollón de veces. Claro que elegí un sitio estratégico, justo enfrente de él. Al final me dedicó una preciosa sonrisa. Porque a ver… es verdad que Letizia es estilosa y tal, pero por mucho que se empeñe, tampoco es Adriana Lima… Qué quieres que te diga. Es atractiva, sí, pero menudo pelotazo pegó la tía. En la vida todo es estar en el sitio adecuado en el momento justo.

Por eso estoy segura de que también llegará mi momento. Ahora mismo me asalta una corazonada de que las cosas van a cambiar… A mejor, no sé si me entiendes...

Pero pronto mi corazonada se convierte en una pesadilla; mi móvil vuelve a sonar y esta vez es mi madre. Solo puedo atenderla un minuto.

—Hola, mamá, luego te llamo, estoy entrando en mi despacho.

Al otro lado del teléfono escucho un gemido gutural, un llanto desacompasado.

—¡¡¡Ayyy!!!

—¡Mamá! ¿Qué pasa? ¿Eres tú?

Mi madre suspira entre hipos. Si realmente está llorando es lo más raro que me podía pasar hoy, y sé muy bien de lo que hablo.

—¡Ay hija! —pronuncia entre nuevos y desgarradores suspiros.

—¿Qué pasa?

—Es tu padre. Yo ya no puedo más…

Solo hay una remotísima posibilidad entre un millón de que no esté fingiendo. A pesar de todo, supongo que por remotísima que sea, es una posibilidad.

—¿Qué le pasa a papá?

—Tengo que verte, hija, ven a comer a casa, o tomamos algo por ahí.

—No puedo, mamá, he quedado con Alfonso.

De pronto, su voz es otra, o sea, quiero decir, la de siempre. Así que, de momento, la posibilidad entre un millón de que lo suyo no sea teatro, pasa de remotísima a remota.

—¿Con Alfonso? ¿Para qué? ¿Ha roto con la rusa o qué?

—Pero mamá, ¿eso es todo lo que se te ocurre decir? En la vida pasan otras cosas aparte de que la gente se empareje o se divorcie.

—Sí, lo dirás tú. No hay nada más importante que eso.

—Bueno, tengo que cortar, luego te llamo.

—No, no me cortes, escucha, que te lo voy a decir en un minuto.

He llegado al *hall* de mi oficina y mi secretaria está hablando por teléfono. No tengo escapatoria.

—Venga, mamá, un minuto, que luego te llamo, te lo prometo.

—Eso espero.

—Bueno, ¿qué?

—Es la venezolana.

—¡Dios qué estrés..! La venezolana, la rusa, joder… ¿Qué le pasa ahora a la venezolana?

—Que está arruinando a vuestro padre, Almu. Le va a dejar en el chasis.

Lo del chasis también lo hubiera dicho Alfonso.

—Pues mira, de lo suyo gasta.

—¿Cómooo? De lo suyo, de lo tuyo y de lo nuestro. ¡Hija qué empanada estás! ¡Cómo te pareces a él!

Sabe que es mentira que me parezco a él. ¡¡¡Lo sabe!!!! Sabe perfectamente que a quien me parezco, por desgracia para mí, es a ella. Lo sabe. Sabe también que detesto ese comentario. Y sabe que acep-

tar esta desgracia me ha costado muchos disgustos y una fortuna en psicoanalistas.

Estoy llegando a la mesa de mi secretaria, que sigue pegada al teléfono pero no pierde detalle de mi conversación.

—No me quiero cabrear contigo, te voy a colgar, mamá.

—¡¡¡Ayyy… me vais a matar a disgustos!!!

—Te llamo a la noche, mamá. Venga, besos.

Guardo el móvil y me coloco frente a mi secretaria, que tapa el auricular con la mano.

—Es Paula —susurra buscando mi complicidad.

Me encojo de hombros.

—¿Y qué?

Ella continúa hablando y me mira haciendo gestos ridículos.

—Sí, claro, por supuesto. Claro, claro, tienes razón —insiste haciéndose la interesante—. Pues mira, me ha llamado hace un momento y está a punto de llegar a la reunión. Se iba a incorporar más tarde.

Hablan de mí. Le indico con la mano que voy a entrar al despacho y que no me la pase, pero ella no está dispuesta a perderse semejante espectáculo. Por eso estoy segura de que va a hacer lo que hace a continuación.

—Sí, precisamente, aquí está, está llegando. Ya se pone. Es Paula —especifica tendiéndome el aparato.

Si fuera cierto que las miradas matan, este ser despreciable ahora mismo sería un fiambre con treinta y cinco impactos de bala desperdigados por su escuchimizada anatomía. (Según la Wikipedia treinta y cinco balas es el cargador completo de un Kalásnikov).

Esta vez soy yo la que cubro el auricular con la mano.

—¿No te he dicho que no me la pases? Estoy harta de tus cabronadas.

—No he podido evitarlo. Ha llamado unas diez veces preguntando por ti.

Accedo a hablar en su presencia porque lo cierto es que me excita poner a prueba mi desparpajo choni delante de un público tan entregado como mi secretaria. Así que me dispongo a tener la tercera o cuarta (ya he perdido la cuenta) conversación jodida y desagradable de la mañana. A pesar de todo me muestro relajada y distante.

—Dime, Paula.

—¿Dime? Lo que te diría es que, si dependiera de mí, te mandaba a la puta calle por guarra.

—Eso se lo tendrías que decir a tu novio. Qué mal llevas los cuernos, tía. Un poco de *fair play,* que pareces una poligonera, colega.

Unos segundos de desconcierto que utiliza para encajar mi mala hostia.

—No me extraña que tengas la fama que tienes. Te vas a quedar más sola que un perro. (Quédate con esta frase).

—Oye, encantada. Mejor sola que mal acompañada, como tú.

Inicia una carcajada que no termina de cuajar.

—¡Jaaa! ¡Qué risa! Y además que sepas que en el fondo te lo agradezco —añade con un nudo en la garganta.

—Pues claro que sí. Ya ves que solo quería hacerte un favor.

—Qué cínica eres.

—Y más cosas que no sabes.

—Como sean verdad la mitad de las que cuentan por ahí…

—Qué pena, lo que me estoy perdiendo.

—Si quieres te digo algunas.

—No te molestes. Me gustan las pelis de misterio.

—Te acojona, ¿verdad?

—Lo que me acojona es la envidia que me tenéis y lo jodidamente aburrida que es vuestra vida.

—¡Jaaaa, jajjjaa! —Nuevo conato fallido de carcajada—. ¿Envidia?

—Sí, envidia. Que sois todas unas reprimidas y unas estrechas. ¡Anda y que os den, tía!

La oigo respirar ruidosamente junto al auricular.

—Para reprimida tú, que vas diciendo por ahí que tienes treinta y siete tacos y tienes cuarenta y tres, que lo he visto en tu ficha.

—Uy, uy, uy… eso está muy feo, te puedo demandar por violación de la intimidad.

—Demuéstralo.

—Mira, digo treinta y siete y podía decir treinta y tres, porque yo lo valgo, tía.

—O sea, lo flipas. Le llevas ocho años a Eduardo. No está a tu alcance.

—Te equivocas, le llevo nueve. Y Shakira a Piqué, diez. Pero además estoy infinitamente más buena que tú, tengas los que tengas.

—Eres una payasa y una patética. Que vas más pintada que una puerta.

—¡Uy! Pues mejor si te pintaras tú para taparte la jeta. Y además te voy a colgar, porque ya me he cansado de esta mamarrachada.

Sabe que es el final, tiene que resultar contundente.

—Eres una puta y una impresentable. Que te den por el culo.

—Bueno, estoy abierta a todo tipo de experiencias sexuales. Le preguntaré a Eduardo si quiere probar.

Pero Paula ya ha colgado.

Durante este estimulante intercambio de sensaciones, mi secretaria ni siquiera se ha molestado en disimular haciendo como que mira papeles, abre cajones o finge que escribe en el ordenador. Ha observado toda la escena como si estuviera sentada en el patio de butacas del María Guerrero.

—Tendría que haberte cobrado la entrada —le digo.

—Jo, tía, eres la hostia —responde absolutamente sobrepasada.

—¿Eso es bueno o es malo?

Cabecea sin saber qué responder.

—Mañana vendré a las diez. Tengo que hacer una visita a primera hora.

No es cierto. Ojalá tuviera visitas que hacer, pero esta noche necesito dormir sin despertador.

—Vale, Almu.

—¡Ah, Mariló!

—Dime.

—Ya sabes… Cualquier cosa que me afecte —recalco con toda intención— me la haces saber lo antes posible.

Agacha la cabeza asintiendo, y yo no le monto el pollo porque sé que me observa con asombro y admiración.

No hay nada que respete más un empleado que un jefe déspota y sin escrúpulos.

2. En brazos de la mujer madura

Se supone que somos las tías las que llegamos tarde a los sitios, pero si quedas con Alfonso, el que llega tarde siempre es él. La única ventaja es haber elegido este majestuoso lugar. Para ser exactos, tan majestuoso como inquietante. No sé si será cierto que el universo es un holograma, como decía Karl Pribram… ¿O era Lovelock? Es igual. ¿Qué más da? Pero te aseguro que cuando contemplas el suelo desde lo alto de una torre de doscientos cincuenta metros, el hombre es una puta hormiga de mierda buscando un agujero donde esconderse.

La puta hormiga de mierda que soy espera ya sentada en la mesa con una botella de *chardonnay* muy frío.

A los diez minutos llega Alfonso corriendo, sudando, un poco atolondrado.

—Perdona, Almu, perdona. El presidente me ha pedido a última hora unos datos de mi archivo.

—¿El presidente? ¿Pero tienes relación directa con el presidente?

—Claro, cuando viene a Génova, por supuesto. —Sonríe queriendo parecer malicioso—. Ja, ja… No sabes el partidazo que has dejado escapar.

—Venga, cuéntame que yo estoy a verlas venir.

—¿Es verdad lo que me has comentado de Tony?

—Eso y más. No puedo entrar en detalles. Pero si no consigo algo potente, o sea, un pelotazo, algo así como un jeque árabe o una empresa saudí de esas que se trajinaba la Corina Wittgenstein, me va a dar la patada en el culo. Sobre todo ahora, que encima tengo pendiente un asunto personal con él.

Me mira con los ojos desorbitados.

—¿Te has enrollado con Antonio Redondo?

Acerco mi copa a la suya para el brindis de rigor.

—Joder, tío, qué fama tengo, ¿no?

Se reconduce intentando parecer un hombre de mundo.

—Oye, ya sabes que a mí me lo puedes decir, Almu.

—Por supuesto que no. ¿Te crees que me cepillo todo lo que se menea o qué?

—No sé, solo pregunto.

—Eres un morboso, Alfonso. ¡Bah! Nada importante. He tenido un encontronazo con su hija por un compañero de oficina.

De pronto se queda pensativo, sé perfectamente lo siguiente que me va a preguntar:

—¿Por qué me has llamado «Alf» esta mañana?

¡¡¡Bingooo!!!

—Como me lo vuelvas a preguntar… me levanto y me largo. Te digo que tengo los huevos de corbata y me empiezas con chorradas… ¡De verdad, no puedo contigo! ¿Me vas a ayudar o no?

—Vale, vale, qué poco sentido del humor tienes.

Suspiro y bebo de nuevo, en este caso para olvidar que un día le llamé Alf y que seguramente le amaba o le quería.

Hay mucha diferencia entre amar y querer, pero tienes que descubrirla tú misma.

De nuestra noche de bodas solo recuerdo su pijama, que fue lo único que no compramos juntos. Alfonso quería que fuera una sorpresa. Era gris de raso con finas rayas blancas. Qué cosas tan absurdas se quedan grabadas en la memoria.

—Estoy acojonada, Alfonso, mi jefe me ha lanzado un ultimátum. Y seguro que no me ha despedido por el aprecio que le tiene a mi padre.

—No te creas que ha sido por tu padre.

Lo ha dicho con tanta certeza que me ha impresionado.

—¿Ah, no? ¿Por qué, entonces?

—Porque sabe que tienes buenos contactos y porque… bueno. —Se queda en silencio un instante—. Y eso… porque eres muy resultona.

Resultona es otra palabra de su léxico de la España de los sesenta. Todavía me acuerdo de algunos. Una mujer resultona, un tío calavera, un embrollo, una bicoca, un buen partido, estar en babia, dormir como un lirón…

No hemos mirado la carta pero ya vienen a tomarnos nota.

—¿Han decidido ya?

—No —digo—, pero no se vaya. Creo que ya sé lo que quiero. —Después de la cagalera de la mañana, no tendría ni que mirar. Ojeo la oferta por encima—. Arroz, arroz seguro. Este con gambitas y bacalao.

—Yo también, y un entrante para los dos. ¿Qué te parece un poquito de marisco? ¿Eh? Sí, venga. Unas cigalas plancha y una docenita de ostras.

Me vuelven loca las ostras, aplaudo silenciosamente mientras el camarero se retira.

—Joder, Alfonso, qué espléndido, me voy a creer que eres la mano derecha de del presi.

Alfonso se hincha como un pez globo.

A los hombres les encanta que les pases la mano por la chepa.

—Ahora te lo cuento. ¡Por ti, por los dos y por los negocios que podemos hacer! Dice buscando de nuevo mi copa en el aire.

—Te escucho —respondo cruzando las manos sobre la mesa.

Él se apoya en el respaldo de la silla para observarme con una media sonrisa en los labios.

—Has dicho un jeque árabe, ¿verdad?

—Sí. —Asiento con un cabeceo expectante.

—Pues algo parecido quiero proponerte.

Seguro que es cierto. Alfonso tiene el perfil exacto del tío que puede medrar. No destaca por nada, es mediocre, obediente y todo lo dúctil y pelota que requiera la ocasión. Los jefes siempre confiarán en él.

—Se me ha puesto la carne de gallina, te lo juro.

—Es un armador libio, dueño de la flota más importante de barcos de Oriente Medio.

—¿Cómo se llama, qué edad tiene y qué quiere?

—Se llama Harek Haziz, treinta y muchos o cuarenta. Acaba de hacerse cargo de los negocios de su padre y quiere renovar completamente su imagen y la imagen de la empresa. Necesita de todo, desde asistentes y *personal shoppers*, hasta una empresa como Grupo ROT Management que se ocupe de coordinar, testar y supervisar el *marketing*, las relaciones públicas y la proyección exterior de su

marca en Europa.

Cuando Alfonso termina de hablar tiene el ego tan inflado que temo que revienten las costuras de su americana.

—Es alucinante, Alfonso. Estoy maravillada ¿Cómo has conocido a este *crack*?

—En efecto, Almu. Este tío es lo que se dice un mirlo blanco.

(Alf sigue a lo suyo con sus metáforas trasnochadas).

—Es fantástico, mi sueño hecho realidad. ¿Y quién te lo ha presentado? ¿De qué le conoces?

De pronto baja el tono de voz y se inclina sobre la mesa.

—A ver, yo no lo conozco. Pero tengo su dosier en mi caja fuerte y he hecho propuestas al jefe de personal y recursos humanos del partido.

Ya me parecía demasiado peliculero.

—O sea, que no depende de ti.

—Te equivocas. Tengo un noventa y nueve por ciento de posibilidades de que suene la flauta. Acabo de decirte que el dosier lo tengo yo y que mis jefes confían en mí. Con esas dos premisas es más que suficiente.

(Además de sesentero, redicho).

—¿Cuándo lo sabrás con certeza?

—Esta misma tarde. ¿Por qué crees que te he invitado a comer precisamente hoy, eh? —Vuelve a su anterior postura y levanta el tono de voz de nuevo—. Ja, ja, ja… Ya sabes que no doy puntada sin hilo.

Le creo, sé que todo esto es verdad y estoy dispuesta a perdonarle que diga «mirlo blanco», «puntada sin hilo» y lo que le salga de los cojones. Olé tus huevos, Alfonso, sí, señor. Qué práctico y gratificante es llevarse bien con los exmaridos. Toda la vida he estado esperando algo así. Sabía que llegaría este momento. Nunca pensé que Alfonso pudiera servirme de algo, pero hay que estar abierta a cualquier posibilidad. Sería maravilloso que el libio, el árabe o lo que sea, se enamorase locamente de mí. Yo merezco vivir en un palacio de las mil y una noches rodeada de esclavos y recibiendo a toda la realeza saudí. Incluso a la española. Felipe y Letizia pasaron su luna de miel en Qatar y son superamigos de la jequesa. *¡Oh my God!* Saldré en el *Hola* en mis palacios de verano y de invierno con trajes de Dior, Chanel, Givenchy, Giambattista Valli… ¡Ohhh!

Ni siquiera sé lo que quiero preguntar, pero necesito que Alfonso me de más información, necesito seguir escuchando su voz (quién me lo iba a decir a mí).

—Entonces… —comienzo tímidamente.

—Entonces —consulta su reloj—, antes de una hora me llama la secretaria de organización y me lo confirma.

—¿Te lo confirma?

—Sí, yo ya les he dicho que tengo a la empresa perfecta y a la persona adecuada. O sea, Grupo ROT Management… Y tú, por supuesto.

No sé si debo levantarme y besarle en la boca, o directamente en el culo. Pero algo tengo que hacer. Busco en mi *outlet* emocional un gesto que diga más o menos: «Soy una imbécil, perdona que te haya subestimado toda la puta vida y quiero que sepas que me pareces una persona increíble».

—Siempre voy a estar en deuda contigo, Alfonso. Yo quiero decirte que…

Pero me interrumpe, yo diría que sin muchos miramientos.

—No, no te preocupes por eso, no vas a estar en deuda, porque me lo vas a pagar.

Por un momento temo que me exija la contraprestación en especie, en carne, en orgasmos, pero no, la vida al final nos envilece a todos.

—¿Cómo te lo voy a pagar?

—Con dinero, por supuesto —responde mientras el camarero deposita en el centro de la mesa una maravillosa fuente de ostras adornadas con artísticas rodajas de limón y otra de cigalas abiertas por la mitad tostadas y crujientes.

Me da la sensación de que el camarero, al escucharle, suspira.

La palabra dinero es un conjuro, un abracadabra, un secreto que no queremos compartir con nadie.

—¿Con dinero?

No me responde hasta que estamos solos de nuevo.

—Sí, claro, euros, dólares, ya sabes, cualquier moneda de curso legal.

—Traduce.

—Todos tendremos un porcentaje.

—¿Todos?

—Sí, claro. Tú, yo, tu empresa y la secretaria de organización de mi partido, que es la persona que me puso al corriente de la historia y está gestionando este tema con los jefazos.

—O sea, ¿en plan Gürtel? —pregunto asumiendo la situación con total naturalidad y decidida a enfangarme hasta las trancas. Estoy deseando que alguien me soborne y me corrompa.

Hace aspavientos con las manos.

—Qué va. Esto es absolutamente legal.

Es probable que no sea cierto, pero me la suda.

—Si fuera tan legal lo harías tú con tus colegas y no recurrirías a mí.

—No, Almudena. Sencillamente yo no puedo dar cobertura a sus necesidades y ROT Management es perfecta.

—Vale, *okey*, además, eso me da exactamente igual. Si todos los negocios cumplieran estrictamente la legalidad, en España no habría ninguno en activo. ¿Cuándo me lo presentas?

—¿A quién?

—Al libio.

—Bueno, espera.

Me da pereza pelearme con las cigalas: te pringas, se escurren, se estropea el carmín, así que me dedico a las ostras.

—Están deliciosas, Alfonso, qué sorpresa me has dado.

—Pues ya verás cuando se ponga todo en marcha.

Necesito asegurarme de que me lo va a presentar aunque no prospere el *businness*.

—Estoy pensando, Alfonso, que me encantaría conocerle en cualquier caso. Tiene que ser muy interesante entablar amistad con un libio, ¿verdad? Mira, hoy mismo me meto en internet para documentarme un poco acerca de su país.

Alfonso se ha puesto la servilleta de babero y el efecto es un poco patético.

—También pienso meter a Katia en el proyecto —dice terminando su segunda cigala con el morro lleno de residuos.

—¡Ah, sí! Claro, muy buena idea.

—Estas dos cigalas son tuyas, Almu.

—No, gracias, Alfonso. Te las dejo. ¿Te importa que me coma las

ostras?

—No, no, casi lo prefiero, aunque hay que pelearse un poco con ellas, ¿eh? —De pronto sonríe maliciosamente—. Qué pillina. Ahora me doy cuenta por qué has elegido las ostras. Porque son afrodisíacas, ¿no? Ja, ja, la cabra tira al monte.

Ya he dicho que después del pelotazo que puedo pegar gracias a mi ex, me la suda que me suelte el refranero español del siglo XVIII al completo.

—Solo imaginarme a Tony cuando le tire a la cara el dosier del libio, te dejo que pienses de mí lo que te salga de los mismísimos.

—Claro, dame pan y llámame tonto, muy bonito. —Su colección de aforismos es interminable.

No quiero mirar el reloj demasiado a menudo, pero estoy esperando que suene su maldito teléfono. Hemos tomado ya el postre, el café y estamos con una copita de orujo con hielo. El orujo es una catetada poco glamurosa, pero Alf es un adicto.

—Es muy digestivo, ya verás qué bien te sienta todo.

Son las 16:45 h. cuando al fin escucho su celestial melodía

—¡Alfonso! —grito sin poder evitarlo—. ¡¡¡Tu teléfono!!! ¡¡Cógelo!!

—¡Uy! Qué susto me has dado. Ya lo oigo. Que espere, no lo voy a coger enseguida.

Me retuerzo los dedos ansiosamente.

—No, por favor, cógelo ya… por favor, por favor.

—¿Sí? —pregunta al fin desvaídamente—. Ah, Noelia, sí, te estaba esperando. ¿Qué? Ya, claro, claro. Sí, por supuesto, entiendo. Ja, ja, es normal.

Le hago gestos absurdos solo para que me mire y pueda calibrar lo que la tal Noelia le está diciendo. Al fin, me devuelve la mirada.

—Dices que luz verde y que todo *okey*. Muy bien, muy bien, no esperaba menos de ti. Nos ponemos manos a la obra mañana mismo. Magnífica noticia para todos. Luego paso por el despacho. ¿Estarás allí? ¿Eh? Vale, nos vemos. Oye, Noelia, ponte una medalla. Eres chiquita pero matona. Claro, eso está hecho. Ja, ja.

Cuelga, sonriente y feliz. ¿Cómo puede decirle a una tía: «Chiquita pero matona»? Yo soy Noelia, le mando a tomar por saco y se queda sin negocio por cateto y por cutre.

—Porque tengo que volver al despacho —dice—, sino ahora mis-

mo pedía una botella de Dom Perignon.

Extiendo las manos por encima de la mesa y presiono con afecto una de las suyas.

—Dime que no es un sueño, Alfonso. ¡Es maravilloso! ¡Qué pelotazo! No me lo puedo creer.

Termina su orujo de un trago.

—Pues créetelo. Preparo el contrato para esta misma semana. Te pasaré una copia y hablaremos despacio de las condiciones. Hay mucho dinero por medio y para todos. Pero me gustaría que te pusieras en contacto con él enseguida. Harek llega a Madrid en su *jet* privado el viernes 18. Estaría bien que fueras tú misma a recogerle al aeropuerto.

—¿En *jet* privado? ¿El 18? *¡Oh my God!* ¡Eso es la semana que viene!

—Sí, el viernes. ¿Qué pasa?

—No, nada. Claro, encantada. Pero tendré que comprarme algo. Creo que ahora mismo es el cliente más rico de mi cartera.

—¡Bah! Si seguro que no te cabe la ropa en los armarios.

—¡Te juro que me muero por conocerle! Pero sobre todo por ver mañana la cara de Tony.

—No dirás que no he sido providencial.

—No te lo puedes ni imaginar ni yo te lo puedo contar ahora. Eres mi salvación. —Vuelvo a coger su mano, es tanta mi gratitud. En el fondo soy tan espontánea y tan encantadora.

Carraspea lleno de orgullo y satisfacción.

—Me alegro.

La suelto rápidamente, porque me da la sensación que los ojillos de mi exmarido brillan con demasiada intensidad. Será el orujo y la botella y media de *chardonnay* que nos hemos cepillado sin pestañear.

—Oye. Alfonso. El libio estará casado, ¿no? Lo mismo tiene cuatro o cinco mujeres.

—¿Y qué? Tú nunca has sido celosa, que yo sepa.

—Ni he sido ni lo soy.

—Pues eso.

No entramos en el asunto más turbio de nuestra vida marital. No es el momento. Este es un momento para disfrutar. Las buenas noticias curan heridas, disipan rencores. Las penas con pan son menos,

que diría Alf.

Nos despedimos a la salida del restaurante y paso el resto de la tarde en una nube. Tengo que contárselo a Maca. No se lo va a creer. Pero se alegrará, estoy segura. Bueno, supongo que se alegrará. Nunca he notado en ella síntomas de envidia y mala baba. De competitividad, sí, todo hay que decirlo. Pero eso es normal. La competencia salvaje por conseguir al macho dominante de la manada es un instinto que llevamos las mujeres metido en el culo desde la prehistoria de la humanidad.

Pero Maca es de las pocas personas en las que confío. Nunca he sido consciente de que quisiera levantarme ninguno de mis rollos. Es verdad que, según dice, tampoco le interesan demasiado, pero lo del libio es algo muy especial, y ella es bastante atractiva. ¡Bah!, pero le falta personalidad y es sexualmente pasiva, por no decir frígida. Y eso, para los tíos, es fatal. Por mucho que finja los orgasmos, un hombre se da cuenta enseguida cuando una mujer es realmente apasionada y ardiente. Todas hemos fingido alguna vez. También te digo que yo rara vez necesito fingir en la cama. Cuando me pongo a ello, lo doy todo.

Bueno, en cualquier caso, me estoy precipitando al pensar que les voy a presentar. Que Maca también puede ser muy cabrona. Me consta. Sobre todo ahora que está muy desesperada y lleva sin pillar nada decente (e indecente, menos) desde que Carlos la espichó. Pobre Carlos, era un buen tío. La gafe es ella, que para uno medianamente presentable que la aguanta, va y la palma. Pues eso, que de momento no tiene por qué conocer a Harek. Cada cosa en su sitio, ¿no? ¡Uf! ¡Qué horror! Este es uno de los latiguillos preferidos de Alfonso. Media hora con él y te los pega todos.

Llamo a Maca, está en la peluquería. Hay un ruido de fondo insoportable.

—No te imaginas lo que me ha pasado.

—Dime, Almu, no te oigo bien.

—Te llamo a la noche.

—Vale, pero adelántame algo.

—Estoy como loca, tía. La semana que viene voy a conocer a un árabe, cuarenta tacos, dueño de una flota de barcos, o sea, forrado de pasta y le voy a acompañar a todas partes: fiestas, restaurantes, viajes…

Hay un silencio breve pero raro.

—¿Has oído? —pregunto.

—Sí, qué genial, ¿no? Llámame luego sin falta y me lo cuentas.

—¿Te estás haciendo las mechas por fin?

—Sí.

—¡Y que tal?

—De locura, tía, superfavorecida. Vas a flipar.

—¡Ah! Fantástico. Entonces quedamos mañana y te las veo, ¿vale? Luego te llamo.

—Okiii, guapiii.

Qué exagerada. Eso es que le ha jodido lo del libio.

Porque no creo que las mechas sean para tanto. Ni que la peluquería fuera la gruta de la Virgen de Lourdes.

Yo comprendo que una no tiene la oportunidad todos los días de conocer a un tipo joven, atractivo y forrado de pasta. Comprendo también que, en general, las cosas que me pasan son difíciles de soportar hasta para una buena amiga, pero qué quieres que te diga, es lo que hay. ¡Ah! y que no piense que le voy a presentar al libio. ¡Eso ni muerta!

Me voy a Serrano de *shopping*. Entro, miro, calibro… lencería, bolsos, complementos… Necesito un conjunto nuevo para ir al aeropuerto a recogerle. Tiene que ser algo sofisticado, pero sobrio al mismo tiempo. Los árabes tienen un concepto de la elegancia muy diferente al nuestro.

Vuelvo a mi precioso *loft*. Maravilloso, amplio, moderno y luminoso. En el caso de que saliéramos por ahí la primera noche descarto absolutamente la posibilidad de traer aquí a Harek. Sería demasiado precipitado, muy obvio, como una encerrona. Pero el día que vaya a buscarle, por si acaso, antes de salir, lo dejaré todo arreglado, aunque con un aire informal. Sí, que no se vea forzado. Mi mejor conjunto de lencería sobre la cama, mi agenda Loewe abierta sobre el tocador. Sí, todo ordenadamente desordenado como en ese anuncio de perfume que sale una chica rubia en la bañera. Creo que es Chloé.

Seguro que el libio se alojará en el Ritz o en el Hilton. Los árabes son muy tradicionales. Pero, por si no lo conoce y le apetece tomar una copita, me gustaría llevarle al Santo Mauro. Solo una copita y

cada uno en su casa y Alá en la de todos.

He cenado un yogur desnatado y una manzana. No tiene que ver con mis tripas, sino con la dieta draconiana que voy a seguir de hoy hasta el viernes. Maca me parece una pedante y una prepotente. Podría agradecerme que lo de las mechas se lo dije yo. El marrón tan oscuro que llevaba la hacía supervieja. Y no pienso llamarla para contarle nada, que se joda. Y para la cita de mañana, ahora mismo le mando un WhatsApp y punto.

«Hola, cari, me voy a dormir… día terrible en la ofi. Mñn te cuento… x mi kedams hacia las 6 por Serrano. Te confirmo. Dame un oki. Bsss»

Y todos los emoticones de lazos, corazoncitos y lucecitas de rigor.

Estoy metida en la cama con un precioso *jumpsuit* lencero de seda de flores chillonas. Me apetece muchísimo llamar a Eduardo, pero creo que no me atrevo. Después de muchas dudas, en un arrebato, pulso su tecla en el contacto. Me sudan ligeramente las manos. Tengo una extraña inquietud y eso que llaman «mariposas en el estómago». Para mí no fue un polvo más o menos. Espero no haberme quedado colgada de él.

Parece que tarda en contestar. Lo mismo ha grabado mi número para no cogerlo nunca. Al fin escucho al otro lado una voz como de ultratumba.

—Hola, Almu —dice—. Qué sorpresa.

¡Genial! ¡¡¡Sabe quién soy!!! Eso quiere decir que no solo no me borró de sus contactos, sino que a él también le apetece hablar conmigo. No intenta hacerse el despistado ni el duro. No lo necesita. Es un tío seguro de sí mismo y de su atractivo. Me gusta, me encanta. No pienso permitir que se me escape ni aunque lo del libio prospere.

—Hola, Eduardo, que ganas tenía de hablar contigo.

—Yo también.

Es maravilloso. Sin embargo, a pesar de que se alegra, se le nota superapaleado. Tendré que llevar yo todo el peso de la conversación.

—No has venido a la reunión.

—No —dice escuetamente.

Hay una extraña complicidad entre nosotros que excede el megapolvo en cuestión. Estoy segura de que se ha enterado de la bronca con Paula.

—Yo también he llegado tarde, he tenido un imprevisto.

—Ya —responde lacónicamente.

—Supongo que sabes que he tenido una conversación muy desagradable con tu novia, bueno —rectifico—, con Paula. Precisamente por eso he llegado tarde. Me he llevado un disgusto de muerte, me ha costado mucho reponerme.

—Sí, lo sé.

Parece que voy a sacarle nada más.

—Bueno, no quiero molestarte, Eduardo. Mi intención era conocer un poco tu estado de ánimo y saber si ha tenido consecuencias para ti lo que… bueno…

Eduardo carraspea.

—Ya.

No sé cómo decirle que me refiero al polvo que echamos, que para mi fue uno de los mejores de mi vida, pero me entiende sin más preámbulos.

—Me gustaría saber qué te ha dicho Tony, y si es verdad que habéis anulado la boda.

Respira profundamente. Temo ser demasiado indiscreta. En este preciso momento comprendo lo absurdo de mi llamada.

—No, no ha tenido consecuencias profesionales que estuviera contigo esa noche y, además, Tony está encantado con que su hija anule la boda —dice de pronto de un tirón.

¡Perfecto! No me esperaba ese comentario. Tony no lo quería como yerno, eso estaba claro.

—¿En serio…? Pues si él está encantado, yo más —añado sin pensarlo, pero ya es demasiado tarde. No tengo ni zorra de cómo voy a salir de esta explícita confesión.

—¿Ah, sí?

Su voz ha cambiado. Parece que sonríe ligeramente sorprendido, o agradecido, no sé, lo que sí sé es que mi respuesta le ha gustado.

—Sí, Eduardo, quizás no debería decírtelo, pero hace unos instantes pensaba en que nuestro encuentro del jueves no fue algo azaroso, frívolo o casual. Me gustas, me gustas muchísimo y quisiera poder seguir conociéndote.

Tarda largos segundos en responder y solo dice:

—Pues…

A pesar de lo acostumbrado que debe estar a ponerle los cuernos a Paula (de eso estoy segura), sé que le va a costar arrancar. Está claro que la dialéctica amorosa no es su fuerte, ni una baza que por lo general los hombres manejen con fluidez. Aunque a Eduardo tampoco le habrá hecho falta ejercitarla. El tío está buenísimo y las tías están a la que salta. Se lo habrán *rifao*. No me extraña. Yo misma fui la que me insinué descaradamente el día de la cena. A pesar de que nos pasamos toda la noche dedicándonos miraditas, no pensé que me resultaría tan fácil. Coincidimos en los lavabos. Mejor dicho, hice que coincidiéramos en los lavabos. Cuando él se levantó, yo le seguí disimuladamente y me metí en el baño de hombres haciéndome la despistada. Él me miró sorprendido. Solo tuve que decirle, después de una más que evidente caída de párpados: «¡Oh, perdón!», y añadir con una insinuante sonrisa: «¡Qué error tan agradable!». Después nos fuimos acercando poco a poco y nos besamos en plan salvaje. Sí, como en las películas. Lo nuestro fue instinto básico puro y duro. Pura atracción animal.

Por eso no voy a perder un segundo en circunloquios estúpidos. Hay un tipo de hombres a los que les priva que los pongas contra las cuerdas.

—¿Te gustaría que siguiéramos viéndonos? —le pregunto sin preámbulos.

Y Eduardo me lo agradece. Él también es uno de esos hombres de pocas palabras que no pierde el tiempo con precalentamientos absurdos, ni en la cama ni en ningún sitio. En la cama es como una pila Duracell y en los demás sitios que sea como le salga de los *güevos*.

Y por toda respuesta, con una sencillez directa, con una parquedad encomiable y maravillosa, dice:

—Sí, me gustaría.

¡¡¡Ahhh!!!

Mira que asimilo rápido las cosas, pero esta vez soy yo la que necesita hacer una pausa. Breve, eso sí, no vaya a arrepentirse.

—Eduardo —digo con voz seductora.

A los hombres les pone cachondos que te detengas en su nombre, que pronuncies todas las sílabas, como si acariciaras cada una

de sus circunstancias, de sus rasgos, de sus detalles más insignificantes.

Como si estuvieras dispuesta a dedicarles todo el tiempo que necesiten (eso sí, cómo y cuando ellos quieran).

—Eduardo —repito—. Me haces feliz. Por mí te vería mañana mismo. Si te apetece encargo unas medias lunas y unos bocaditos en el Mallorca y vemos una peli en mi casa, ¿eh? ¿Te apetece?

—Sí, muy bien, me apetece mucho.

—Fantástico, Eduardo. Supongo que lo has pasado muy mal.

—Sí, ya te contaré.

Nos despedimos con un beso y de pronto tengo el increíble presentimiento de que acabo de hablar con el hombre de mi vida.

¡Oh my God! Qué plenitud siento, qué maravillosa sensación. No quiero enturbiar este instante con ningún otro pensamiento. Ni siquiera con el recuerdo del megamillonario libio.

Como diría mi ex: más vale pájaro (o lo que sea) en mano que ciento volando.

Voy a dejar fluir mis emociones. Como diría el *blandiblú* de Coelho, que sea el universo el que conspire para que pueda alcanzar mis sueños.

No sé si Eduardo conoce mi verdadera edad, pero intuyo que es algo que le excita. Es un hombre de treinta y cuatro años seguro de sí mismo, vivido y complaciente.

Recuerdo cada una de sus caricias y siento que se eriza todo el vello de mi cuerpo. Son casi las once. Necesito dormir para estar rutilante y despejada por la mañana.

Tan excitada me encuentro que me levanto para prepararme una infusión. Uno de esos sofisticados y exóticos tés de hierbas que guardo en mi cocina.

«Eduardo, sueña esta noche conmigo. Mañana todo tu cuerpo vibrará de emoción y pura sensualidad en brazos de la mujer madura». Tengo que anular mi cita con Maca. Esta vez sí me imagino que le va a tocar los huevos que le diga que, no solo tengo en perspectiva enrollarme con un libio forrado, sino que no puedo quedar con

ella para preparar mi cita con un tío cachas que me pone a cien.

O mejor aún. Al contrario. Quedaré con ella una hora antes y le cuento que Eduardo me llamó destrozado por la ruptura de su compromiso y me dijo que se acordaba mucho de mí. Que soy la mujer que más le ha gustado en toda su vida. Y yo, naturalmente, no he podido negarle nada.

La vida es una partida de póquer y siempre gana el que miente mejor.

3. Amar en tiempos revueltos

Nunca digas nunca jamás. Pero sobre todo nunca digas: «Necesito dormir», porque ya sabes que es precisamente entonces cuando no vas a pegar ojo en toda la puta noche. Eso, sin entrar a calibrar la importancia que habrá tenido en mi insomnio que tomara un té doble de menta, cardamomo, canela, hinojo, pimienta, y docenas de componentes ayurvédicos y excitantes.

Son las tres y media de la mañana cuando caigo rendida en una inquieta y ligera duermevela.

Por supuesto ya tenía bastante imaginando mi cita del día siguiente con Eduardo como para acordarme de mi madre. Pero ella no ha olvidado que prometí llamarla para hablar de la venezolana que se está cepillando mi padre.

Las madres jamás perdonan ni olvidan.

Así que, son las siete y veinte de la mañana del viernes en el que yo debería estar rutilante y despejada, cuando se decide a materializar su venganza más cruel.

Suena el teléfono sobre mi mesilla y yo lo siento como un mazazo en el hemisferio izquierdo de mi cerebro.

Tardo en reaccionar y en darme cuenta de que ese espantoso sonido que me destroza los tímpanos es un teléfono, es decir, un aparato que sirve para comunicarse a distancia con otros seres humanos.

Me incorporo en la cama presa de un amago de infarto seguido de un espantoso ataque de ansiedad mientras me hago preguntas absurdas que soy incapaz de contestar: ¿Qué pasa? ¿Quién soy? ¿Dónde estoy? ¿De dónde vengo? Y sobre todo: ¡¡¿Por qué cojones tengo en mi casa un teléfono fijo que no utilizo jamás excepto para hablar con mi madre?!!

¡Hostia! Es mi madre.

Confieso que tengo la tentación de no responder, de dejar que se desespere, que maldiga su suerte, que me maldiga a mí, al cabrón de su exmarido y en especial, a la puta de la venezolana.

Pero desecho la idea, me va a llamar otra vez. Es decir, no dejará de llamar al fijo, al móvil, a la oficina, a la comisaría, a los hospitales.

En un intento desesperado, consigo abrir los ojos y descolgar el jodido artefacto que sigue taladrando mis oídos.

Creo que al fin soy capaz de articular unas frases coherentes.

—Mamá, son las siete de la mañana, ayer me dormí casi a las cuatro. Estoy destrozada y me has hecho una putada que no te la pienso perdonar. ¿No podías haberme llamado a las 9, a las 10, a las 11? ¿Eh? ¿Es mucho pedir que respetes mis horas de sueño? ¡No piensas más que en ti!

Pero a mi madre, que tiene mucha mili, le importan una puta mierda mis horas de sueño, y mis horas de vigilia, también. Pero sobre todo ha llamado para demostrarme que está más desesperada de lo yo que puedo imaginar, que esto va en serio, que ha llegado a un punto sin retorno y que no tiene nada que perder. Su voz, rota por un llanto sordo e intermitente, es una imitación perfecta de la secuencia de la niña del exorcista en el brutal cuerpo a cuerpo con el vicario de dios en la tierra.

—¡¡¡¿Qué queréis, que me quite de en medio?!!! ¡¡¡¿Eso es lo que queréis?!!! Ya solo soy un estorbo, ¿¿¿verdad???

Más que esperar que se calme, espero que deje de gritar como una posesa.

Después de un breve silencio en el que intento recomponer mi masa encefálica, respondo lenta y pausadamente.

—Lo siento, mamá, me olvidé de llamarte. Ayer tuve un día terrible. Me quedé en la oficina casi hasta las once de la noche. Tenía que localizar un error en un informe.

Mi madre me enseñó que la mentira es un valor de cambio tan útil como la verdad, o incluso más. De ahí que ni ella ni yo tengamos demasiado respeto por una aparente situación límite como esta. Puede ser real o no. Puede ser mentira o no. Curiosamente, siempre damos por hecho que es más mentira que verdad.

Ella suspira entrecortadamente junto al teléfono para que yo sea testigo del terrible drama que está viviendo.

—Hay cosas más importantes que el trabajo —dice al fin con voz trémula. Pero como sabe que para mí lo único más importante que el trabajo es pillar a un tío para llevármelo al catre, se apresura a precisar—: Tu familia, tu madre, o sea yo, que en estos momentos estoy angustiada.

Decido abreviar, ir al grano, que me diga lo que quiere y punto. Al final voy a hacer lo que espera de mí. Como mi pobre padre, que lo ha tenido machacado toda la puta vida.

—¿Qué quieres que le diga a papá? Porque supongo que me has llamado para que haga de intermediaria.

Este es el lenguaje que ella entiende mejor.

—Tenemos que reunirnos todos.

—¿Qué todos?

—¿Quiénes vamos a ser? Tu padre, por supuesto; Lorena, tu hermana; tú y yo. No vamos a pedirle a Carlos que venga de Berlín.

Carlos es mi hermano. Y, por supuesto, no vendría ni desde Berlín, ni desde Algete, que está a 30 km de Madrid por la carretera de Burgos.

Mi madre es perfectamente consciente de que ya la tenemos calada.

—¿Tema a tratar en la reunión?

Ella sigue mi juego. Distancia, seriedad y concisión. Piensa que las cosas tienen que cambiar y está decidida a todo.

—La venezolana —pronuncia despacio, masticando las sílabas.

No puedo evitar el sarcasmo.

—¡Vaya! ¡Qué novedad y qué sorpresa!

—No quiero recochineo —me corta tajante.

Pero yo también necesito demostrarle que estoy cabreada y harta de sus malos rollos. Siempre me ha utilizado como arma arrojadiza, como pretexto, como escudo. Pero esta vez no se va a salir con la suya. Mi padre es mayorcito y un hombre divorciado que tiene derecho a vivir la vida como le salga de los cojones.

—¡Ya está bien, mamá!

—¡No, no está bien! —Me interrumpe de nuevo—. En el último trimestre ha transferido 9000 euros de su cuenta corriente a la de esa furcia.

Es cierto que me sorprende. No sé cómo llevan sus cuentas, pero seguramente tendrá una explicación.

—Pero, tú ¿cómo sabes eso?

—Muy sencillo. Por un extracto del banco.

—¿Y quién te ha enseñado ese extracto?

—Llegó a mi casa por error.

—¿A tu nombre?

—No, al de tu padre.

—¿Y por qué lo abriste?

—¿Cómo no lo voy a abrir? ¿Te crees que soy imbécil, o qué?

—A ver, mamá, ¿tengo que decirte que no se abren las cartas ajenas?

—¿Y yo tengo que decirte que solo estoy velando por vuestro patrimonio? No soporto y no puedo consentir que esa prostituta se quede con todo nuestro dinero.

—No es nuestro dinero. Es el suyo. Papá te dio lo que te correspondía. Y, además, creo que fue muy generoso contigo. Y a nosotros también nos ha ayudado mucho.

—Ah, muy bien, eso piensas.

—Sí, mamá, eso pienso. ¿Cuánto tiempo lleváis separados?

Ya empieza a cerrarse en banda.

—Qué importa eso ahora.

—Sí, importa. Ya hace dos años.

—Tres años y dos meses —me corrige.

—Lo que no entiendo es el error del banco.

No responde de inmediato. Eso es más extraño aún.

—Pues ha sido un error.

—Qué raro, ¿no?

Se pone en guardia.

—¿Qué quieres decir?

—Que después de tres años envíen un extracto a una dirección antigua.

Desvía el tema con un volantazo. Mi madre pega unos volantazos que te cagas.

—¿Vas a llamarle o no?

No va a soltar prenda. Es muy raro todo, pero yo también tengo mis propios problemas. Se lo preguntaré a Lorena a ver qué más puede decirme.

—¿Dónde va a ser el encuentro?

Carraspea antes de responder.

—Una comida en casa.

—¿En casa de quién?

—En la nuestra, en la mía —aclara con rapidez.

No lo entiendo, me parece muy morboso que obligue al pobre hombre a recordar los desagradables momentos previos a la separación.

—¿No te parece mejor que vayamos a un restaurante?

Esta vez su respuesta es tajante.

—De eso nada. Tenemos que hablar de cosas muy privadas. Y ya está. Lo tengo todo pensado.

Joé qué mosqueo. Hace unos meses no podía ni verlo. ¡Claro! ¡Es eso! De pronto se hace la luz en mi somnoliento cerebro: ¡mi madre quiere volver con mi padre!

Ahora lo entiendo todo. Es la única explicación posible. Mis hermanos y yo le importamos una mierda. Jamás me ha preguntado si necesito dinero, ni cuánto gano, ni cómo puedo pagar un *loft* en Príncipe de Vergara. Por otra parte, ella también tiene más de lo que su propia abogada solicitó en el juzgado. Y, por supuesto, se la trae floja en qué se gasta el dinero mi padre. Tengo que preguntárselo, tengo que saberlo.

Seguro que al final se ha arrepentido de la separación y está más aburrida de lo que imaginaba. Ninguna de sus amigas se ha separado, y eso también pesa mucho en su decisión, si es lo que yo imagino.

Estoy segura. Es una encerrona para arrinconar a su exmarido en el viejo hogar, insinuarse, seducirle, recordarle momentos agradables alrededor de la mesa, con sus hijos, sin la perniciosa presencia de esa bruja chupacabras o chupaloquesea… Porque supongo que la venezolana no estará invitada a la reunión de la *happy family*.

—¿Vas a invitar a Andina?

Después de un silencio tenso, mi madre responde con una extraña calma.

—Por supuesto que no. No sé si me quieres tomar el pelo o eres más irresponsable de lo que pensaba.

No se ha atrevido a llamarme imbécil que es lo que está deseando.

—De acuerdo. ¿Qué quieres exactamente?

Respira hondo antes de responder:

—Que le llames y que le digas que no me encuentro bien de salud y que sabes que me gustaría mucho que tuviéramos un encuentro el día de mi cumpleaños.

—¡¿Cómooo?!

—Lo que has oído —dice sin inmutarse.

—¿Por qué no lo invitas tú misma? ¿Qué pasa, que es una encerrona?

—Es por su bien —añade crípticamente.

Sé que mi madre no tiene límites, pero esto es demasiado.

—¡Ah, no! No cuentes conmigo.

De repente, parece muy tranquila.

—Eres la única capaz de hacerlo bien. Sabes que con Lorena no puedo contar.

Tiene razón. Mi hermana ni siquiera llegaría a comprender esta conversación. Es una maruja divorciada que se ha refugiado en sus hijas. Solo se ocupa de sus niñas, de sus estudios, de sus actividades extraescolares, de llevarlas a inglés, a esgrima, a *ballet*, a los cumpleaños de sus amiguitas… y de hacer vida social en su barrio, Tres Cantos. Sus mellizas son todo su horizonte y el único que desea.

A pesar de lo dicho, intento escaquearme, tiene que haber otra manera de hacer las cosas. Tal vez, en el fondo, lo que no le perdono es que me haya despertado a las siete de la mañana.

Es verdad que me parece mal el engaño. Pero realmente no sé si prefiero ver a mi padre machacado por mi madre o esquilmado por una venezolana veinticinco años más joven que él. A veces me imagino a mi padre copulando salvajemente con la venezolana, como yo con Eduardo, pongo por caso, y me da un repelús que no lo puedo soportar. Tengo que pensar en otra cosa, porque me da como asco. Seguro que esto le pasa a todo dios. La cópula de los padres debería ser tabú, como el incesto o como devorar a tus hijos, como Saturno.

En mi negativa hay un intento de hacerla entrar en razón.

—Lo siento, mamá, no cuentes conmigo.

Su actitud es fría, gélida.

—¿Es tu última palabra?

—Sí, mamá.

—Está bien. Te he dicho que esa comida es muy importante para mí, por eso me obligas a hacer lo que no quería.

—No te entiendo.

—Siento mucho decirte esto, pero, si no me ayudas, tendré que obligarte.

No se atreverá. Es una sensación extraña. No parecemos madre e hija, sino dos mujeres enfrentadas. Cada vez estoy más segura de las verdaderas intenciones que tiene con mi padre.

—¿Ah, sí? ¿Cómo vas a obligarme?

De nuevo un silencio intenso y breve.

—Por ahora, me lo reservo.

La creo capaz de todo y, aunque en este momento no los recuerde, porque no me interesa recordarlos, sé que hay asuntos «delicados» en mi vida que ella desgraciadamente conoce.

Por eso, en esta ocasión, el volantazo lo pego yo. He tenido una gran maestra. En el fondo, las dos nos parecemos mucho.

—Quieres volver con papá, ¿verdad? ¿Es eso?

No responde ni va a responder. Es su manera de hacerme cómplice de sus maquinaciones.

La conozco, está decidida a todo.

Sé que es muy fuerte lo que voy a decir, pero:

Mi madre, y probablemente todas las madres del mundo, son seres irracionales, posesivos y vampíricos.

Hay un atávico y destructivo nexo de unión entre una madre y sus cachorros. Lo veo también en mi hermana con sus mellizas.

—Eres una manipuladora, mamá.

—Agradecida tendrías que estar. Lo hago por vosotros.

Ella siempre tiene que decir la última palabra. Por ahora dejo que piense que es así. Se lo consiento porque, en el fondo, ni me afecta ni me interesa lo que me está contando, soy tan egoísta como ella me enseñó. Pero, como dice un proverbio chino: «El buen alumno debe superar al maestro». Y yo no soy una buena alumna, soy la mejor.

Son las ocho menos cuarto de la mañana y no tengo intención de perder más tiempo con este asunto. Le he prometido que llamaré a mi padre. Por cierto, hace más de un mes que no hablo con él.

Frente al espejo del baño parezco Bella Swan, una de esas patéticas zombis de *Crepúsculo*. No paro de bostezar, me tiembla el pulso,

tengo los ojos extraviados y llorosos, bolsas hinchadas, ojeras negruzcas y me duele terriblemente la cabeza. ¡Dios qué putada me ha hecho mi madre!

Me siento incapaz de desayunar mis maravillosos cereales biológicos con leche de almendras. ¡¡¡Necesito un Nespresso cargado y excitante!!!

Mientras me lo preparo, pienso en George Clooney. ¡Qué lástima! qué bajo has caído, tío. Con el carrerón que llevaba este hombre y a ver quién recuerda ahora ni una sola de sus películas. Es imposible hablar de él y no asociarlo a una taza de café. Qué ambición desmedida y qué cabronada pasar a la posteridad haciendo de florero en un *spot* publicitario de mierda.

Vuelvo a coger un taxi, no me quiero complicar la vida. Esta noche sacaré mi deportivo para recoger a Eduardo. Lo va a flipar.

Por supuesto, la primera en decírmelo es mi secretaria.

—¡Uf! Almu, que mala cara tienes, ¿no?

Ni siquiera le contesto. Voy directa al despacho de Tony y llamo con los nudillos. De pronto escucho a lo lejos la voz gangosa y repelente de Mariló.

—Te ha llamado tu ex —grita.

Pero Tony ha dicho: «Adelante» y yo ya estoy entreabriendo la puerta. Me quedo parada y quieta como una estatua de sal. No puedo entrar sin saber lo que Alfonso quiere decirme. Lo mismo se ha ido a tomar por culo toda la historia de Harek.

—Perdona. —Le sonrio con cara de imbécil—. Con cara de imbécil insomne y hecha unos zorros, quiero decir—. Ahora mismo vuelvo y te explico, Tony —añado ante la sorpresa de mi jefe.

¿Por qué me tiene que tocar a mí la secretaria más hijaputa y estúpida de Madrid?

Mariló me ve avanzar como un Panzer dispuesta a tragármela al primer aullido. No se equivoca. La tengo a dos palmos de mi cara y, si me dejara llevar por mis pulsiones asesinas, la arrastraría de los pelos por todo el edificio.

—¡Estoy hasta los cojones de ti! ¡Lo primero que tienes que decirme es quién me ha llamado por teléfono y los comentarios de la cara que tengo te los metes por el puto culo! ¿Has oído?

Curiosamente no se pone roja ni cianótica, ni me responde llena de rabia, ni hace muecas absurdas como es su costumbre. Al contra-

rio, agacha la cabeza y parece que está a punto de llorar. ¿Por qué quiere hacerse la víctima?

Lo comprendo todo cuando escucho a mi espalda la voz de Tony. No me he dado cuenta que ha salido detrás de mí. Esto es demasiado. Encima voy a quedar como una loca desequilibrada y paranoide.

—Perdona que intervenga, Almudena, pero seguro que le podías haber dicho lo mismo a Mariló de otra manera.

Mi secretaria saca del cajón una caja de Kleenex y desaparece corriendo en dirección al baño, hipando y suspirando, como si no pudiera soportar la injusticia que se acaba de cometer con ella.

Renuncio a dar explicaciones.

—Lo siento, Tony. Sé que todo lo que diga puede ser utilizado en mi contra.

—No sabía que vuestra relación fuera tan complicada.

—Ya. Pero no pienses que ahora está llorando en el baño. Todo es puro teatro.

Tony se encoge de hombros.

—Vosotras sabréis, pero no quiero que esto vuelva a producirse. Y menos delante de toda la oficina. Si no, tendremos que pensar en algo, ¿de acuerdo?

—Sí, de acuerdo.

Cambia el gesto creyendo que lo mío con la secretaria puede tener arreglo.

—¿Por qué no os vais un día de marcha? No hay nada que un par de *gin-tonics* no puedan arreglar, ¿no crees? Ja, ja, ja…

Sí, *jajá*, tío, me parto la caja. Antes que salir de marcha con mi secretaria me voy de copas con el presidente de la conferencia episcopal.

—*Okey,* Tony, me lo pienso.

—¿Qué? Venías a hablar conmigo, ¿no?

—Sí, pero si no te importa, antes tengo que hacer una llamada que está relacionada con lo que te quiero decir. Será un minuto.

—Muy bien, te espero en mi despacho.

Mientras lo veo alejarse, compruebo que tengo tres llamadas perdidas de Alfonso. Presiono la tecla de rellamada, mientras cruzo los dedos para que todo siga igual que ayer.

—¿Hay novedades, Alfonso?

—¡Ah! Hola, Almu.

—¿Todo en orden?

—Sí, todo bien. No te preocupes. Este negocio va a salir. Precisamente me ha dicho Noelia que le gustaría conoceros a Tony y a ti. También le gustaría ver la empresa.

Alfonso tiene un tono de voz afable y sonriente. Seguro que ha dormido a pierna suelta después de echar un polvo con la rusa. Así está él de relajado. De pronto me veo como una vieja amargada. No sé si es una paradoja o un contrasentido pero:

Es muy duro ser una triunfadora.

—Vale, me parece bien. Ahora mismo estaba a punto de hablar con Tony. Luego te llamo y quedamos con Noelia.

—Estupendo, colosal… Esto va viento en popa. —Ya te digo que su repertorio es infinito.

—A toda vela, Alfonso. Cómo te agradezco que me hagas sonreír. Menuda mañana llevo.

—¡Bah! Que tú eres una *superwoman* y puedes con todo. Venga, después me llamas.

Parecerá una chorrada pero escuchar a mi ex me ha subido, no diré la libido, que eso es imposible, pero sí el tono vital. Parece que el optimismo es contagioso. A ver si van a tener razón los vendebragas de los libros de autoayuda.

Cuidado. Zona de peligro: rectificar jamás, aunque estés equivocada… y, por supuesto, nada de autocompasión, eres la mejor.

Camino con aplomo y elegancia subida a los quince centímetros de mis Manolos, echándome la melena hacia atrás y ensayando un levísimo contoneo de caderas. Yo sí que hubiera sido una perfecta prota de *Sexo en Nueva York*. A mi lado, Sarah Jessica Parker, es una vulgar aprendiza. Mientras tamborileo con suavidad la puerta de mi jefe soy consciente de que si ahora mismo cualquiera de mis compañeros, que son todos unos *mataos*, tuviera entre manos al libio con su flota de barcos, entraría en el despacho cantando *La Internacional*. Pero en situaciones así es precisamente cuando hay que mostrarse más equidistante con el éxito. Trasladar a quien te escu-

cha la sensación de que el triunfo es para ti algo cotidiano y habitual. Nada, por extraordinario que sea, es demasiado, ni siquiera suficiente.

Observa que concepto tan original: «domestica el éxito». Todo lo demás vendrá por añadidura.

Por eso, a pesar de que Tony me escucha extasiado, le suelto el rollo sin aspavientos, con fluidez, y como dando todo por sentado, por esperado, por inevitable. He sido breve y concisa, pero mi relato incluía todos los detalles que al director de una empresa como ROT Management le pueden poner más cachondo que un gol de Sergio Ramos en la Champions a un madridista.

Además, me consta que Alfonso acompañará a Noelia el día que fijemos la cita, y ellos serán los que se ocupen de los flecos de la negociación. Cuando termino de hablar, se arrellana en el sillón extendiendo los brazos por encima de la mesa.

—¡Es fantástico, Almudena! Me dejas *acojonao*. ¿Lo ves? ¿Ves cómo te dije que tienes unos magníficos contactos? Esto tiene prioridad absoluta. Qué lástima que mañana sea sábado, pero el lunes sin falta a primera hora quiero conocer a Noelia, por supuesto. —Cabecea lleno de satisfacción—. ¿Qué estás llevando ahora? No quiero que te estreses —añade como si yo fuera un jarrón chino de la dinastía Ming a punto de despeñarse por un precipicio.

—Claro que no, Tony, muchas gracias. Ahora llevo la productora MaxiMedia, que quiere cambiar parte de la imagen gráfica y algunos contenidos… también represento a un actor joven, que me han dicho que es un *crack* y viene de la mano de Almodóvar, un cantante canario, recomendado por el *manager* de Ricky Martin, varios concursantes de *reality shows* para *castings* y bueno, todos los eventos del Palace y el Miguel Ángel.

Tony no puede aguantar más tiempo sentado. Se pone en pie y comienza a pasear por la habitación.

—Bien, bien, pero tú no te agobies. El libio necesita dedicación exclusiva. —Va de un lado a otro sin mirarme—. Te ocupas de lo que puedas, de lo que te apetezca. Pero el libio es lo primero —insiste, por si no lo tengo claro—. Del resto que se ocupe Luisma o Charo, ya lo pensaré. Por supuesto, aunque no los lleves tú, los sigo

considerando valores tuyos. —Se detiene frente a mí—. ¿Qué te parece?

Me da igual. Como si se los quiere pasar a su hija. Por cierto, a Paula le va a dar un jamacuco con lo del libio. Y espérate cuando se enteren, porque seguro que se van a enterar, que pienso seguir saliendo con Eduardo.

—Vale, lo que tú digas, Tony.

—Joder, qué potra, Almudena. El Harek ese tiene toda la pinta de ser una pera en dulce.

Si hubiera ocurrido esto hace un mes estaría tan eufórica como él. Ahora estoy contenta, sin más. Creí que reventaría de gusto por darle en el morro a Tony después de la bronca de ayer. Pero si soy sincera, lo cierto es que, además de «domesticar el éxito» no disfruto este momento como debiera porque no hago otra cosa que pensar en Eduardo. Estoy deseando que llegue el momento de ir a encontrarme con él, de llevarle a mi casa y encerrarnos allí, solos, todo el fin de semana, con luz tenue, música suave y una mesa llena de *delicatessen* y bebidas frías. Fiebre del sábado noche, del domingo, del viernes y de toda la semana. Hacer el amor, despacio o salvajemente, como le guste, como prefiera. Desde ayer estoy desubicada, dispersa, pensativa. Ninguna otra cosa me importa tanto como lo que puede ocurrir esta noche a su lado.

Es verdad que casi no he dormido, y eso para mí es muy jodido. Pero reconozco que pasar a un segundo plano un tema profesional como el de Harek es muy grave. Nunca me había ocurrido nada parecido: ¿¿¿estaré enamorada???

Quiero decir enamorada de verdad. Como dicen que es estar enamorada. Que pienses más en él que en ti. O sea, que pienses en él constantemente. Que no puedas evitar recordarle cuando escuchas tu canción favorita, o cualquier canción, para qué nos vamos a engañar, que desees estar siempre a su lado en cualquier situación, en cualquier lugar, mirando un paisaje maravilloso o un contenedor de basura. Que no te importe que te interrumpa cuando estás hablando por teléfono, que cambie tus costumbres, que te incomode, que te pregunte chorradas, que no encuentre las cosas y recurra a ti para obviedades y memeces, que tengas que hacerle sitio en tu sacrosanto armario, que serías capaz de aguantar sus rollos de trabajo, de ver con él un partido de fútbol, de baloncesto o de cualquier de-

porte horrible y aburrido. Que incluso estarías dispuesta a plancharle las camisas, que no solo le perdonarías, sino que fingirías una risa floja cuando se echase eructos y pedos mientras bebe cerveza a morro con los pies encima de la mesa. Sí, confiésalo, a ti tampoco te importaría nada, porque sería todo tuyo, lo tendrías solo para ti, contigo, a tu lado, adosado, pegado a tus bragas.

Me da miedo lo que voy a decir, pero creo que si estar enamorada es eso, sospecho que estoy locamente enamorada de Eduardo, porque no me importaría hacer todo eso y mucho más por él. Y yo no he planchado una camisa en mi puta vida. Ni siquiera las mías, quiero decir. (Entre otras cosas porque no me hace falta, para eso tengo a Lola, que me lo tiene todo a punto y como los chorros del oro).

Te lo juro, no puedo con mi vida. No sé qué hacer ni qué pensar. Me jode reconocerlo, pero necesito preguntárselo a Maca. Al fin y al cabo, ha estado a punto de casarse dos veces, y seguro que tiene que existir una diferencia entre lo que se siente por un rollito de fin de semana o por un tío con el que te gustaría quedarte todo el tiempo.

Aunque tampoco te creas que a ella le importó mucho que se malograsen sus dos bodorrios. Lo de Carlos si fue un palo. Joder, es un palo que se muera la gente. Pero lo del piloto seguro que se lo inventó, que me parece a mí que ese tenía de piloto lo mismo que Ortega Cano de Nobel de astrofísica, que por cierto eran idénticos, como dos clones. Seguro que ni era piloto ni le pidió que se casara con él. Si apenas salieron un mes. Maca miente más que habla. No te puedes fiar un pelo de ella. Siempre tiene que ser la más, y la caga porque en el fondo no tiene clase. Si rascas un poco se ve que es una advenediza. Últimamente lleva unos *looks* de lo más hortera, como de cuarentona desahuciada pidiendo guerra… Y dice que son Versace, que no digo yo que no lo sean, también es Versace todo lo que lleva Donatella y va hecha un adefesio. Maca está obsesionada con las marcas y eso es una cutrez de nueva rica.

Como lo mío con Eduardo prospere, le va a dar otro cólico al riñón. Es que no sabe perder. Ya te digo, es muy competitiva y eso la frustra mogollón. Aunque no me extraña. A cualquiera le frustraría saber que tu amiga se está cepillando a un macizo de treinta y cuatro años que está como un armario empotrado y tú llevas más de

dos años a verlas venir. Oye, así es la vida. La verdad es que lo de Eduardo ha sido tan rápido que ni yo me lo puedo creer. Y fíjate de qué manera más chorra.

Desde luego que no lo tenía previsto, no me lo podía ni imaginar cuando me lo ligué en el lavabo del restaurante. Ni él tampoco. Sin embargo, estoy segura que también siente algo especial por mí.

Intento ser objetiva y analítica y comprendo que es imposible que me haya enamorado locamente de un tío por follar un día con él. Sabía que era el novio de Paula y que estaba muy bueno, eso sí, cachas de gimnasio. Menudo cuerpazo tiene, pero sin más, nunca nada especial. No sé qué me ha ocurrido.

¿Será el reloj biológico? ¿O el reloj ese es solo para tener hijos?

A ver qué pasa cuando llegue Harek. Por supuesto que con él lo voy a intentar a saco. No puedo desechar un megamillonario como él, que es lo que he estado esperando toda mi vida. ¿O sí? ¡Dios! Estoy hecha un lío. Bueno, de momento tampoco tengo ningún compromiso con Eduardo. Los puedo compaginar a los dos y así me doy cuenta de si realmente estoy tan enamorada como pienso.

¡Uf! me pican los ojos, me escuecen. Qué sueño, estoy fatal. Tony tiene razón. Acumulo demasiado estrés y necesito relajarme. Tal y como le he visto de exultante, supongo que estará encantado de que empiece a cuidarme desde ahora para encandilar al dueño de la flota de barcos más importante de Oriente Medio.

Así que voy a seguir sus consejos. Me largo al *spa* del hotel Miguel Ángel que es genial. Una sesión de talasoterapia, aguas carbónicas y masaje tailandés.

Después quedo con Maca en el Mallorca de Serrano y recojo mis maravillosos bocaditos y medias lunas.

Mi secretaria no está en su sitio. Lo mismo sigue lloriqueando por las esquinas y poniendo al día al personal de la movida que hemos tenido. Le dejo una nota:

«Si Tony pregunta por mí, he tenido que salir. Me llevo el móvil de trabajo. Cualquier cosa, me avisas».

4. Secretos y mentiras

Ha sido una magnifica idea. Los pensamientos fluyen con mayor precisión en una piscina de mármol verde llena de aguas termales con chorros direccionales que remueven tus carnes (las tuyas no lo sé, las mías prietas y turgentes) y te hacen sentir un ser extraordinario y excepcional.

En momentos así comprendes que en el mundo siempre tiene que haber clases. Claro, entiéndeme, siempre que a ti te toque ir de vip por la vida, *of course*.

Almuerzo el mejor *sushi* del mundo en un *japo* carísimo. Una bandejita con seis mondonguitos de arroz y unas algas de adorno, una ensalada diminuta, un zurullo de frutas y dos copas de vino, crianza, pero nada del otro mundo, total 100 euros. Menos mal que la copita de licor era gentileza de la casa.

Servidumbres y peajes de ser sofisticada y glamurosa. ¡Qué coño! Bien que me lo merezco, dentro de poco voy a tener a un jeque libio a mis pies (por no decir entre las piernas), y tal vez deje para siempre este país de mangantes y chorizos donde el icono de elegancia más laureado es Naty Abascal. Una señora que se cree que la elegancia es mezclar un bolso de los chinos con un chaquetón de su adorado Valentino. Que pregunte a los «grandes»: Gaultier, Westwood, Stella McCartney, Rabanne o Gucci lo que piensan de sus tácticas y premisas. No te digo que no puedas mezclar el clasicismo más elitista con los estilos más transgresores de las nuevas tribus de la moda, con las nuevas tendencias *arty neohippies* o *grunge*… Clasicismo y vanguardia en *looks* cada vez más estridentes y rompedores pero consiguiendo un sentido único, que no se note que es una mezcla, un petacho, un pastiche. Que los estilos se integren hasta que el conjunto más estrambótico se convierta en una unidad de destino en lo universal.

Falta autenticidad, originalidad, creatividad. Como diría Coco Chanel: «Mejor ser extravagante que elegante». Simbolismo, abstracción conceptual, innovar, atreverse, arriesgar, crear tendencias.

Estoy en total desacuerdo con Anna Dello Russo, esa advenediza pseudopija que dirige la edición japonesa del *Vogue*. Dice que las elegantes no arriesgan. Debe ser por eso que ella lleva siempre las uñas y los labios pintados de rojo. Es patética su adicción a los complementos dorados y a los *prints* de leopardo. A las pobres japonesas les ha comido el tarro. No me extraña que cuando vienen a España pasen por Zara como un *tsunami* devastador. Hay vida más allá del *Vogue* japonés.

Y eso que también te digo que para mí el *Vogue* es la Biblia, pero hay una diferencia sustancial entre Europa y América y Europa y Asia.

Son las cuatro de la tarde, me instalo en la terracita del Starbucks de la plaza de Neptuno para hacer llamadas.

Espero que mi padre no esté haciendo la siesta, y si está, que se vaya preparando para la que se le viene encima.

Sin embargo, me enternece escuchar su voz.

—¡Hola, cariño! ¡Cuánto tiempo!

—Eso digo yo, papá ¿Qué es de tu vida?

Su tono de voz es cariñoso y sincero pero podría jurar que ella está sentada a su lado. No me preguntes por qué. La voz encierra todas nuestras emociones.

—Pues mira —responde—, acabamos de volver del Caribe

—¡No me digas! ¡Qué sorpresa! ¿Qué tal Andina, tan guapa como siempre?

—Sí, aquí está a mi lado, te manda un besito.

—Dale otro de mi parte.

—Bueno, y tú, ¿qué tal?

—Yo bien, papá, ya hablaremos otro día más despacio. Ahora tengo una noticia que darte.

Se produce un silencio espeso que dibuja en el aire el perfil adusto de su abnegada exesposa y mi santa madre. Seguro que no tendría ni que decirle que se refiere a ella.

—¿No será mala?

—Bueno, así, así.

—No quiero disgustos, hija, ya he pasado bastante, tú sabes.

—Sí, lo sé, papá.

—Venga, suelta.

—Es que mamá…

—Lo sabía —me interrumpe.

—A ver, no te adelantes. Verás, mamá está enferma.

—¿Enferma? No me lo creo.

—¡¡¡Pero papá!!!!

—Siempre que se ponía enferma era para pedir algo. Ya quisiera yo tener la mitad de la salud que tiene ella.

El tema está jodido. Menos mal que soy más inteligente que toda mi familia junta.

—¿Tú crees que yo participaría en una encerrona, papá?

Nuevo silencio de mi padre, que después de analizar y calibrar suficientemente la pregunta, piensa que no, que yo no sería capaz de algo así.

—No, hija, no, ya lo sé.

—Pues eso. Pues verás, es que dentro de diez días es su cumpleaños. Setenta años, papá. Si con setenta años no somos capaces de desdramatizar, de ver las cosas con sabiduría, con *fair play*, con sentido del humor, es que no hemos aprendido nada. Papá, no podemos irnos de aquí con cuentas pendientes. Y hay un momento en la vida en el que tienes que preguntarte muy seriamente: ¿He aprendido la lección que la vida quería enseñarme?

Mi padre me escucha por cortesía, pero lo de las cuentas pendientes le ha tocado la fibra.

—Sí, Almu, cariño, pero si hablamos de cuentas, yo no tengo ninguna cuenta pendiente con tu madre… de ningún tipo… y no creo que ella pueda decir lo mismo.

Joder. Ese es precisamente el meollo de la cuestión, recapacito poniéndome en guardia. Si supiera que mi madre está que muerde porque ha ingresado 9000 euros en la cuenta de la venezolana.

—No lo sé. En fin, quiero decirte que yo hago un poco de portavoz de Lorena y de Carlos. —Miento descaradamente—. Incluso Carlos estaba dispuesto a venir. Lo ha dejado para un poco más adelante por motivos de trabajo. Pero sabemos —recalco— que a mamá le haría muchísima ilusión que comiéramos en casa todos juntos. —Hago un brevísimo intervalo de silencio—. Está muy depresiva, tiene la tensión fatal y algo de corazón, una insuficiencia que nunca hasta ahora le habían detectado. De ti depende, papá. —Termino con esta frase que, la digas como la digas, es una putada.

Se oye a su lado el susurro de una voz cadenciosa y sureña. Se-

guramente la venezolana quiere participar y dar su opinión. Murmuran algo entre ellos, mientras observo con sorpresa que mi amiga Lucy acaba de sentarse en la misma terraza, unas mesas más allá. Le hago gestos con la mano y al fin me distingue. Tiene que achinar exageradamente los ojos porque sigue sin ver tres en un burro y no se pone gafas ni muerta.

—¡Hola, Almu! —grita correspondiendo a mi saludo.

La invito a acercarse mientras le indico que enseguida termino mi *charleta* al teléfono.

Mi padre y la venezolana siguen negociando minuciosamente el protocolo de la posible comida en casa de mi madre. Por supuesto, ella quiere asistir, y mi padre le dice que ni de coña, que estará el tiempo imprescindible y que solo se trata de una obra de caridad cristiana y un gesto de compasión budista.

—Perdona, papá, estaba esperando a una amiga y ha llegado antes de tiempo.

—Sí, Almudena. Mira, estoy hablando con Andina y bueno…

—Ya, que quiere venir —le corto.

—Eso.

—Tú verás. Yo no te lo aconsejo, El tema puede terminar fatal. Mamá es muy liberal, pero en su estado, si yo fuera el médico, no se lo recomendaría. Cualquier cosa le altera la tensión, y en su situación es muy peligroso.

Mi padre se acojona. En este momento, y gracias a mi magnífica interpretación, está completamente convencido de que el estado de salud de su exmujer es delicado y va a reconsiderar seriamente la posibilidad de ir a esa maldita comida. Quién sabe, si le ocurriera algo fatal, luego se arrepentiría, piensa lleno de generosidad y altruismo. Ha pasado cuarenta años de su vida al lado de un tía egoísta, desconsiderada, invasiva y déspota, una verdadera arpía. Pero han sido muchos años juntos y sigue sin curarse. Síndrome de Estocolmo puro y duro.

La vejez te vuelve blando, te deja sin defensas. Me da la sensación de que mi padre se ha levantado para hablar con más libertad, porque ya no escucho los susurros de la venezolana.

En efecto, ella le dice algo y él responde: «Vale, Andina, ya sé yo lo que tengo que hacer».

—Quiero decirte que me cuesta mucho, Almudena. Y lo hago

también por vosotros. Que lo sepas.

Ya estamos en la fase final de la conversación, así que todo esta yendo rodado. O eso pensaba. Faltaba la guinda.

—Lo sé, papá, y nosotros te lo agradecemos. Al fin y al cabo, han pasado tres años, y además vuestra separación fue amistosa.

—¿Eso dice tu madre?

Seguro que la venezolana no está cerca, parece que tiene ganas de decir algo más.

—Bueno, no sé si lo dice ella, pero es lo que hemos visto nosotros, ¿no?

—Será en todo caso lo que yo quise que vierais. Algún día lo sabrás… Yo también quiero que se sepa.

«Hostía, ¿que se sepa qué?», me pregunto súper mosqueada.

—Papá, no sé a qué te refieres.

Parece que se arrepiente.

—Déjalo, es muy doloroso para mí.

No puedo quedarme así.

—Papá —miento de nuevo (qué importa una vez más)—, yo tengo una versión, y no de mamá, por supuesto, que… que mis hermanos no saben… pero prefiero que me lo digas tú.

—No.

—Por favor, necesito confirmarla.

Silencio sideral. Mi padre se debate en una duda existencial de cágate lorito. No quiere revelar un secreto, al parecer, terrible, pero, por otra parte, tiene miedo de que al final prevalezcan las mentiras de mi madre.

—Sí —dice con un hilo de voz—, lo que te han dicho es cierto

Genial, estamos como al principio. A ver cómo le digo que no tengo ni zorra idea de lo que estamos hablando. Suspiro y permanezco en silencio. Él cree que estoy muy impresionada. Que lo estoy, tampoco voy a negarlo.

—Pero, papá, entonces… ella… ¿Es cierto?

Mi padre respira profundamente y prosigue.

—Sí, me estuvo engañando dos años con esa persona. Y por cierto, no sé si aún siguen viéndose.

El impacto es brutal. No tengo que fingir. Toso porque me he atragantado con mi propia saliva.

En este dramático instante, mi amiga Lucy, como tampoco podía

ser de otra manera, en el momento más trascendente, en el clímax, en el punto álgido de la confidencia, ha tomado posiciones en la terracita y se sienta a mi lado. Me hace gestos y me manda besitos con la mano mientras hace una señal al camarero, que, por cierto, pasa de ella olímpicamente. A Lucy le falta impulso, gancho, *punch* y, por supuesto, carece por completo del don de la oportunidad. Tendré que hablar en clave.

Necesito saber con quién le ha puesto los cuernos mi madre a mi padre, porque seguramente le conozco. Tiene que ser alguien de su entorno. Al fin me arriesgo:

—Ya, y encima con un amigo, papá.

Parece algo sorprendido

—Bueno, no precisamente un amigo, pero sí una persona de nuestra máxima confianza. Era el director de nuestro banco.

Conforme le escucho, tengo que hacer esfuerzos sobrehumanos para reprimir mi estupor. Pero a pesar de todo, me temo que los gestos impremeditados de mi cara son preocupantes. Lucy me observa con la boca entreabierta y, una mirada de sorpresa y hasta de temor.

¡Eureka! ¡Se lio con su banquero! ¡Increíble! ¡Claro, por eso sabe lo de los nueve mil euros! ¡Y encima sigue controlando a mi padre! Tengo que saber si aún sigue en activo.

—Lo que no sé es que cómo terminó la historia.

—Él volvió con su mujer, y me imagino que ya no se verán, porque estará jubilado, aunque era más joven que tu madre.

En realidad no me sorprende, mi madre es de las *forever young*.

—¿Cuánto más?

A mi padre este tipo de detalles le debe estar tocando mucho los *güevos*.

—No sé, pero unos cuantos. Ya sabes cómo es.

Joder mi madre, claro que sé lo que es… ¡Una bruja! Afortunadamente, mi capacidad de respuesta y mis reflejos me permiten transmutar mi estupor en una indiferente y fría naturalidad.

—Ya, papá, bueno, imagino lo que significa para ti, pero creo… o sea, pienso que esto no invalida todo lo que te he dicho. El tiempo, el tiempo todo lo cura, ¿no?

Joder, ya se me ha colado otro latiguillo de Alfonso.

—Sí, hija, así es. Quiero decirte que me alegro de que ahora lo

sepas por mí. Haz el uso que creas conveniente de esta confidencia con tus hermanos.

—Gracias, papá.

Me hubiera gustado ayudarle cuando todo esto ocurrió. De pronto tengo una demoledora sensación.

Los padres nunca dejan de ser unos desconocidos para sus hijos.

—Adiós, hija, un beso. Es muy posible que vaya, avísame un par de días antes y quedamos en firme.

No tengo ninguna duda de que vendrá. Cuelgo el teléfono totalmente obnubilada. Es muy fuerte que tu padre te confiese que es un cornudo y que tú no supieras nada. La versión oficial era mucho más *light*. Y la de mi madre, ni te cuento.

Siento pena por él. Ahora comprendo mejor que se buscara una venezolana para mitigar su vacío y su soledad.

No puedo ocultar mi extrañeza, y Lucy no sabe qué decirme. Al fin opta por el formato estándar.

—¡Almu, cari…! ¡Qué sorpresa! Aunque creo que he llegado en un mal momento, ¿no?

—¡Bah! No te creas, hay confianza.

Al fin y al cabo yo me sé con pelos y señales cada insignificante detalle de su noviazgo con Andrés, de su boda, de su viaje a Bali, de su divorcio y de las dos ocasiones en que han intentando volver a vivir juntos.

—Tus padres están separados, ¿no? —pregunta con cara de circunstancias.

—Sí.

—Ojala los míos también estuvieran separados —añade.

—¿Ah, sí?

—¡Uf! No los aguanto. Están todo el puto día peleándose y dándonos la brasa.

—Ya, todos igual. Lo de los padres es un marrón. Es que tenemos una comida en casa de mi madre y se van a juntar después de mucho tiempo.

Lucy se encoge de hombros.

—¡Que se entiendan ellos! Bastante tenemos nosotras.

—¿Qué tal tú con Andrés? —pregunto sobre todo para desviar el tema. Conozco su respuesta. Lo de Lucy no tiene arreglo y lo sabemos todos.

—¡Bah! ¡Fatal! Resulta que ahora sale con una tía.

Esto sí que no me lo esperaba.

—¡Ostras! ¡Por fin! ¡Qué notición! ¿No? ¿O qué? No pareces muy contenta.

Lucy cabecea.

—Ya… Estoy hecha un lío…

—¿Pero, por qué? ¿No estabas deseando quitártelo de encima?

Sigue cabeceando mirando al suelo. Parece menos convencida de nada que nunca.

—Creo que no le quiero perder —susurra al fin con un hilo de voz.

Hace quince días le hubiera dado un repaso cruel y descarnado, pero es verdad que el amor te ablanda y te dulcifica

—Hostia, de verdad, Lucy… ¡Qué complicado es todo!

—Ya… ya lo sé… Y sé que juntos no podemos seguir ¡Pero no se puede mandar en los sentimientos! —concluye lapidariamente como si hubiera descubierto la pólvora.

Me viene genial su comentario. Yo también necesito hablar de Eduardo, saber lo que realmente siento por él. Hablar de las emociones que despierta en mí, de lo que me ilusiona, de lo que espero, de lo que deseo… Que alguien me escuche… aunque sea Lucy.

—Tienes razón. Yo ahora mismo estoy desquiciada. Acabo de empezar a salir con un tío y no sé qué hacer.

Lucy abre mucho los ojos. Está encantada de escuchar mis confidencias.

—¿Cómo que no sabes qué hacer? ¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

—¡Uf!, nada… Un polvo.

Chasquea la lengua. No parece que el tema tenga mucha entidad.

—Eso no es nada, tía.

—Pero es que no se me va de la cabeza y tiene casi nueve años menos que yo.

A Lucy le parece que no tengo ningún futuro con él, pero pregunta por compromiso.

—¿Te gusta?

—Estoy loca por él.

No es un chisme serio. No tiene entidad. Piensa que me durará un par de polvos más y si te he visto no me acuerdo. Sospecha que todas nosotras estamos condenadas a la más estéril y abracadabrante soledad.

—Pues oye… úsalo mientras puedas, como hacen ellos. ¿Qué vas a perder? Lo de los años es lo de menos, ¿no?

Total que está peor que yo. No tendría que haberle dicho nada. Soy una bocazas. Con las ganas que tengo de hablar de él a todas horas.

—Es verdad. ¡Se acabó! A la mierda con este tema y con el otro. Al final me voy a deprimir. Por lo menos los tíos te dan una alegría de vez en cuando, pero los padres son un coñazo. ¡No hacen más que amargarte la vida! Tendríamos que nacer todos de una probeta.

A Lucy le parece una idea genial.

—¡Oye! ¡Qué buena idea! Esa sí que sería una sociedad justa y democrática.

—Bueno, vamos a hablar de nosotras. ¡Qué genial te veo, Lucy! ¡Estas superideal!

Es una mentira aceptable y necesaria. Todas sabemos que Lucy no acierta con nada y que es un desastre. Ha cambiado novecientas noventa y nueve veces de peinado, de perfume, de maquillaje, de estilo de ropa, hasta de forma de andar… y no hay manera.

—¿Tú crees? —Se toca el pelo repetidas veces—. He descubierto una peluquería nueva que es un chollo.

—Lucy, no te fíes de los chollos.

—¿Pero no me has dicho que me queda genial?

Ahora llega el momento de la verdad.

¿Pero a quién coño le importa la verdad?

Es imposible convencer a nadie de nada. Nunca lo intentes. Ni intentes cambiar las cosas, déjalas como están. Si no lo tienes claro, si tú no quieres cambiar, es inútil que te lo digan. No lo vas a entender, no los vas a escuchar. Si eres alcohólico, solo te curarás si eres tú el que quieres curarte. Pues para que te hagas una idea, todos somos alcohólicos.

Esta es una norma general, pero luego está el caso de Lucy. Ella quiere cambiar, pide opinión y parece que escucha, pero da lo mismo, porque no tiene remedio. Es incomprensible que se niegue a usar gafas. Total, con lo poco atractiva que resulta, si las llevara nadie se daría cuenta. Pero es ese tipo de manía absurda que no tiene explicación. Y punto pelota.

—El peinado no está mal. ¿Pero de dónde has sacado esa cazadora?

—¡Uy! De Bimba y Lola.

—Sí, es bonita, pero no te la puedes poner con esos pantalones.

—El otro día fui de *shopping* con Cris. Pensamos en llamarte.

—Bueno, ando un poco liada. ¿Qué tal Cris?

—¡Uf! Fatal con su chico. Están todo el día discutiendo.

—Todas igual, tía, desahuciadas… Jo, me hubiera gustado veros.

—Ya, se lo dije a Cris. Luego nos fuimos a tomar una copa al Santo Mauro. Nos encontramos con Maca.

—¿Con Maca? —pregunto con inocencia—. ¿Qué hacía por allí? ¿Con quién estaba?

— ¡Puaf! Con una pedorra.

Sospecho que aquí hay tema.

—¿Con quién?

Lucy es de otra pasta. Aunque sabe que me va a joder, no quiere hacer sangre. Ya tiene bastante con ocuparse de Andrés, que es un inmaduro emocional y le va dar más trabajo toda la vida que si hubieran tenido quintillizos.

—Con esa tía de pelo muy negro con extensiones. Así como transexual.

—¡Ah! Sí, Nelly. Qué raro que no me haya dicho nada. ¡Qué horror llevar extensiones! Es lo más cutre del mundo.

—Ya.

De pronto se queda callada.

—¿Y qué hicisteis? —pregunto.

—Bueno, nada, tomamos algo con ellas, pero después se fueron al *pub* ese de la Castellana, que está lleno de viejos.

—¡Ah! Ya.. O sea que iban a tope.

—Claro, a buscarse la vida.

De pronto lo suelta:

—A mí me da mal rollo esa tía, Almu. Es verdad que tú puedes

parecer un poco… —se calla.

—Dilo —la animo.

—Bueno, como pedante, pero vas de frente.

—Pero ¿quién no te gusta? ¿Maca o Nelly?

Cabecea enérgicamente.

—Ninguna de las dos.

—¿Por?

Pero no me responde.

—Y con razón —dice ensimismada en sus pensamientos—. Cris me contó luego que un día te pusieron verde en su presencia.

No puede ser. Esto sí que es nuevo.

—¿Ah, sí? ¿Maca también?

—Es que tú estás muy confundida con Maca, Almu.

—¿Tú crees?

—Sí, lo que pasa es que te parece que es más de tu estilo. —Hace gestos con las manos y se toca la cara—. Muy *fashion*, muy *cool* y tal, pero es una falsa.

—¿Pero qué le dijo a Cris? Sinceramente, no es por nada, pero me extraña que pueda decir algo malo de mí.

Tiene ganas de soltarlo, no se va a hacer de rogar. Demasiadas veces se ha sentido relegada por Maca y por mí, que, en efecto, somos las únicas *fashion* de la pandilla. No creo ni que necesite tirarle de la lengua.

Se está poniendo roja y no puede ocultar su nerviosismo.

—¡Pues lo dice! Dice que eres una salida y que te crees mucho más de lo que eres. ¡Ah! Y que estás multioperada.

Sonrío fingiendo una indiferencia total, pero siento que una turbia marea de odio y rabia me envuelve por completo.

—¡No me lo puedo creer! ¡Qué zorra envidiosa! ¡Pues anda que no está operada ella!

Lucy me mira a los ojos y ve reflejado en ellos un océano de rencor. Quisiera retractarse, pero ya es demasiado tarde. No sabe cómo ha podido ocurrir. No era su intención contármelo tan crudamente, pero han sido demasiadas emociones encontradas. Por una parte, ha pensado que podría resarcirse un poco de sus inseguridades y complejos (justificados, sin duda) frente a mí. Sin embargo, por otra parte, hoy ha conocido una faceta insospechada de mi personalidad: no estaba acostumbrada a que fuera tan amable y encantadora con

ella haciéndola partícipe de mis dudas e intimidades. Y luego, el tema de mi padre, me ha visto tan vulnerable que ha querido corresponderme con su lealtad. Ahora está acojonada. Sabe que esto traerá consecuencias y ella no lleva nada bien este tipo de movidas. Menudo pollo que le va a montar Cris. El ligero color rojizo de sus mejillas se ha convertido en un rojo púrpura. Está completamente roja, excitada y arrepentida.

—Lucy —digo con suavidad.

—¡¿Qué?! —pregunta horrorizada.

—Te propongo que no hables de esto con nadie ni le digas a Cris que me lo has contado.

—¿De verdad?

—Sí, mira, esto no puede traer más que malos rollos. Yo me olvido de lo que me has dicho. Además, seguro que Maca en ese momento no estaría bien.

—Sí, claro iba pedo total.

—Pues eso, vamos a olvidarlo.

—¡Uf! Sí, mejor. No sabes cómo te lo agradezco. Es que no sé, te lo he dicho porque me da rabia que te creas que Maca es la hostia de amiga tuya… Y no lo es.

Una triunfadora no tiene amigas.

O parafraseando a Kennedy Toole:

La prueba de que eres un genio es que todos los necios se confabulan contra ti.

Y una más de mi inestimable cosecha:

La venganza es un plato que se sirve frío, templado o caliente, eso no importa, solo tienes que elegir bien el momento.

Y ahora mismo mi ansia de venganza es una sopa caliente. Una sopa de pescado humeante llena de almejas, gambitas y trocitos de rape.

—Fíjate que he quedado ahora mismo con ella.

—¡¿Con quién?! ¡¿Con Maca?! —grita estupefacta.

—Sí, claro. La voy a llamar para decirle que ya estoy aquí.

Lucy se incorpora dispuesta a marcharse.

—No tendrás huevos.

—Joder si los tengo.

Busco su contacto en el teléfono.

—Entonces mejor me voy, Almu.

—No, no, por favor, quédate. Ya verás qué divertido. Además se ha puesto mechas y quiero ver cómo le quedan.

—Hola, Maca, churri. ¿Qué tal esas mechas?

—¿Dónde estás?

—Esperándote en el Starbucks de Plaza Neptuno, el que está junto al hotel que hace esquina, ya sabes. —Guiño un ojo a Lucy—. Venga que tengo que contarte muchas cosas.

—Yo también —dice haciéndose la misteriosa—. Estoy ahí en un *plis*.

Dice que ella también tiene cosas que contarme. Qué más quisiera. No sabe contar ni del uno al diez.

Lucy no da crédito.

—Tía, yo me largo.

—Que no te preocupes. No voy a decir nada.

Termina su café de un trago.

—Es que, de verdad, me tengo que ir.

Mi expresión se vuelve siniestra. No quiero que se vaya, necesito testigos porque le voy a montar a Maca un pollo del copón.

—Como te vayas le cuento a Maca y a Cris que eres una boca chancla.

Me mira con los ojos brillantes a punto de hacer pucheros.

—¡O sea… no te consiento que digas esto! ¡Cómo te pasas, tía! ¡Me parece fatal! Así me lo agradeces.

—No es cuestión de agradecer, Lucy. No piensas en qué situación me pones a mí. Maca es… bueno —rectifico—, Maca era mi mejor amiga. Pero no importa. —Voy rebajando la presión paulatinamente—. Te juro que no voy a mencionarte, solo quiero que estés presente.

Nos quedamos en silencio. Lucy me mira temiéndose lo peor. Lo peor es que le haya mentido y lo que realmente espero de ella es que confirme delante de la traidora todo lo que ha dicho de mí.

Apenas han pasado cinco minutos cuando veo llegar a Maca.

Hay que reconocer que, desde lejos, es llamativa. Su melena de ondas retorcidas está bastante *out* y no sabes si la cazadora *print* de leopardo que lleva y los enormes aros dorados de las orejas son de Kenzo o de un bazar chino. A Maca le priva el leopardo y el dorado, ese tipo de *look* demasiado Cavalli, previsible y hortera. Pero el color de las mechas no está mal. Parece un cobrizo-madera-miel bastante aceptable.

Llega sonriente y feliz. (Qué raro).

—¡Uy! qué parejita tan bien avenida. —Lanza dos besitos al aire antes de sentarse.

Yo también le regalo la más amplia de mis sonrisas, mientras miro de reojo a Lucy, que está tensa y rígida como si llevara un collarín ortopédico.

—Hola, guapi —respondo lanzándole besos con las yemas de los dedos—. ¡Qué mechas tan superideales!

—Sí, muy chulas —dice Lucy tímidamente.

—¿A qué sí? Estoy encantada. —Mueve la cabeza de un lado a otro para que las observemos con más detalle—. Bueno y contadme. ¿Cómo así, las dos juntitas?

Lucy se justifica casi sin dejarla terminar. Seguro que es todo lo que va a decir en lo que queda de tarde.

—Yo acabo de llegar… Nos hemos encontrado aquí.

—¡Ah! Muy bien.

Está exultante, como si hubiera tenido acceso a una información privilegiada que no piensa revelarnos. Hay algo que no controlo, pero sea lo que sea, se va a ir bien servida.

—¿No vas a tomar nada?

—No, me tengo que marchar —dice mirando su reloj innecesariamente—. Me voy en quince minutos. He quedado.

Soy consciente de que lo único que pretende es impactarme, que le pregunte con quién, cuándo, dónde y por qué. Por supuesto que lo hago.

—¿Qué genial, no? ¿Con quién has quedado?

—¡Ah!… sorpresa ni te imaginas.

¡Uy! Qué mala pinta tiene esto.

Cuando una mujer dice que te va a dar una sorpresa, en realidad date por jodida.

—Tía, venga, una pista.

—Ja, ja, ja. —Sigue moviendo la melena de un lado a otro—. ¿Una pista? A ver…. Vale, ahí va. —Se queda un instante como pensativa—. Tiene que ver con mis mechas.

¿Con quién habrá quedado esta mamarracha?

—¿Con tus mechas? ¿Has ligado con tu peluquero o qué? —pregunto completamente en serio. Cosas más raras se han visto.

—No, no. Frío, frío.

Lucy no interviene. Está como catatónica. Sigue nuestros comentarios con una sonrisa estúpida. De un momento a otro le va a caer un hilillo de baba por la boca.

La cosa no tiene gracia y sé que ella está deseando escupirlo.

—Pues no sé, tía, me rindo.

Ella suelta de nuevo una risita aguda y ridícula, preludio de una gilipollez que le va a costar muy cara.

—No te lo vas a creer, pero he quedado con Luisma.

Me pilla tan desprevenida que no lo identifico. Por eso apostilla poniendo cara de: «Tía, como te va a joder lo que te voy a decir».

—Tu compi de la oficina —aclara.

—¿Luisma? —repito sin terminar de encajar.

—Síii, el gay. Bueno, pero ya te imaginas que solo es una cita profesional, ja, ja… Aunque si fuera hetero está como para hacerle un favor, ¿no crees? Ha mejorado mucho desde que va al gimnasio. Cambió de novio y ¡zás!, parece otro. Le pasó lo mismo que a David Bustamante; la Echevarría le puso cachas y a ver ahora lo que hace. Un desastre. Pero volviendo a Luisma te diré que es un encanto ¡Uf! Y tiene un estilazo. Precisamente él me dio la idea de las mechas. —Detiene unos segundos su diarrea verbal y vuelve a acariciarse el pelo—. Todo el mundo me ha dicho que estoy supergenial.

No pillo a qué viene lo del cotilla de Luisma, pero ya no la soporto más. Voy a intentar chafarle sus putas mechas de mierda.

—Sí, bueno, yo creo que tira demasiado a cobrizo, pero no está mal. Lo que sí creo… —Me ladeo como para apreciarlas en toda su magnitud— …es que te quedarían mejor con el pelo liso. —Chasqueo la lengua con convicción—. Hay que tener cuidado con ese tipo de peinado… No sé si me vas a entender, pero es fácil caer en el otro extremo —concluyo—. Como muy de folclórica trasnochada… Muy Rocío Jurado, ¿me explico?

Conozco perfectamente la cara de acelga que se le está quedando. Le acabo de dar un disgusto de muerte. A ella el pelo liso le queda como el culo. Sin embargo he dado en el clavo. En efecto, lo peor que le podría ocurrir es que alguien, en un momento determinado y por error, relacionara esas ondas cobrizas redondeadas con las melenas horteras de algunas divas de la farándula festivalera. Eso sí que sería dramático.

—¿Tú crees? No sé. A mí me gustan los rizos. Eh, Lucy, ¿qué te parece?

Está tan desesperada que es capaz de recurrir a la opinión de Lucy, que por cierto está encantada de ser testigo y protagonista de una situación así. Por supuesto quiere quedar bien con las dos.

—Bueno yo no entiendo mucho, pero a mí me parecen bastante chulas —repite mirándome con ojos de cordero degollado.

Qué signo de debilidad y qué gilipollez preguntarle a Lucy, pensamos las dos. Así que rápidamente busca ayuda y argumentos en la *jet* internacional.

—Que sepáis que es el mismo color y peinado que lleva ahora Anna Dello Russo. Lo miré en su blog.

De momento se le ha borrado la sonrisa de la cara. Puedo ir sacando el grueso de la artillería.

—Porfa, Maca, vaya icono de mierda has elegido. Esa tía tiene un pelo de esparto que te cagas.

—Oye, perdona, Anna Dello Russo es lo más.

—Sí, en Japón.

—Por supuesto es la directora de la edición japonesa del *Vogue*.

—No es la directora, es una asesora, sin más. ¿Pero tú has visto alguna japonesa elegante o estilosa? Y no te digo de las que arrasan en Zara. Es igual lo que lleven. Son totalmente amorfas. Además, por favor, qué ejemplos me pones. Ya sabemos que en ocasiones ese tipo de melena la llevan todas. Pero no es igual la melena de Rania de Jordania que la de una tronista de *Mujeres y Hombres y Viceversa*.

Y perdóname que te diga, pero tus mechas, tal y como te las veo ahora mismo, son más de tronista poligonera que otra cosa.

Mi última frase es demoledora; Maca está hecha unos zorros. No solo porque yo siempre soy muy convincente, sino porque ella sabe perfectamente que ese peligro existe y es real. En cuestión de estilo, de belleza y de moda, la línea divisoria entre lo divino y lo cutre es

finísima.

Los extremos se tocan.

Pero a pesar de todo, no piensa darse por vencida. Me quiere pasar por el puto morro lo que intuye que ha despertado mi mala baba. Ella también sabe perfectamente, que lo que me ha jodido es que el imbécil de Luisma se haya puesto en contacto con ella sin decírmelo. Por eso contraataca a saco.

—Lo siento, pero creo que estás muy equivocada. Lo que pasa, es que a ti el pelo ondulado no te queda bien y por eso no te gusta, pero se lleva mogollón y es superestiloso. El novio de Luisma fue precisamente el que me lo aconsejó.

—¿No has dicho que te lo aconsejó Luisma?

—Bueno los dos. Pero el enterado es su novio. Es modelo, ha desfilado para David Delfín, Francis Montesinos y… —Se queda pensativa como si quisiera recordar su currículo—. Sí, y, seguramente, la próxima temporada va a desfilar para Armani. O sea, ya ves que tiene mucho nivel. —Se recoloca en la silla satisfecha de su respuesta—. Luisma suele decir que Bernar, su novio, le ha dado la vuelta como a un calcetín. Ja, ja, ja. Qué gracioso, ¿verdad?

Lo del calcetín lo dice Alfonso y es más viejo que mear a la pared. Del resto, no entiendo nada, y no me importa ponerme en evidencia.

—Pero ¿qué me estás contando? ¿Desde cuándo sales tú con Luisma?

Vuelve a reírse con una risa histérica, aguda y chirriante.

—¡Puf! Hace bastante. ¿Te acuerdas del día que coincidimos con él en Malasaña y me lo presentaste? Pues quedamos en vernos. Dice que le impactó muchísimo mi estilo. Y resulta que uno de sus clientes es socio de una productora de televisión y tienen un proyecto de una sección de moda y belleza para las autonómicas. Eso a medio plazo. De momento, con lo que vamos a empezar ya, pero ya, es con un *blog* para internet.

Llegado a este punto temo que no podré seguir fingiendo. Literalmente, podría subirme por las paredes de las torres Kio sin ningún esfuerzo.

—¿Qué me dices? ¿En serio?

—Estoy encantada. ¡Fíjate… yo bloguera de moda! como Sara Carbonero, Lourdes Montes, la mujer de Fran Rivera, ya sabes —puntualiza estúpidamente.

Lucy, encantada por lo que escucha, está a punto de intervenir, pero la interrumpo con cara de muy mala leche.

—¿Y cuándo ha pasado todo esto?

—¿El qué?

—Lo del *blog* y toda esta vaina.

—Hace unos días.

—¿Cuántos?

Mira hacia arriba y pone los ojos en blanco como si tuviera mucho que pensar.

—Unos quince o veinte.

—¿Y por qué no me lo dijiste la semana pasada, que estuvimos juntas todo el viernes y todo el sábado?

Sigue mirando hacia arriba, no sé con qué propósito. La hostia que se va a pegar cuando se caiga del guindo va a ser épica.

—Sí, es verdad que nos vimos.

—Sí, nos vimos, que te conté lo de Eduardo.

—¡Ah, sí! ¿Qué tal con Eduardo?

—Muy bien, genial. Me ha llamado y hemos quedado esta noche.

—Con lo bien que te lo pasaste con él, ¿no? ¿Y lo que me dijiste del jeque árabe?

—No es un jeque árabe, es un megamillonario libio y estoy deseando conocerlo. Llega estos días a Madrid en su *jet* privado y yo voy a ir a recogerlo.

Esto sí que le ha llegado hondo. Es una puñalada trapera.

—¡Ah! Qué bien, ¿no? —La boca le hace una mueca rara—. Qué suerte, tía, los tienes a pares… Pero Eduardo…

—Eduardo está feliz, ha roto con Paula y quiere seguir viéndome.

—Ya sé que han roto y ya me ha dicho Luisma lo de tu bronca telefónica con ella.

Pero ¿qué significa esto? ¿Es esto una amiga?

No, esto es una hiena maloliente que me voy a quitar de encima ahora mismo.

—Pero ¿tú de qué vas, tía?

—No te entiendo.

—¿Cómo te atreves a hablar a mis espaldas de mis cosas con gente que sabes perfectamente que me odia?

Empieza a replegarse sobre sí misma.

—¡Uy! Luisma no te odia…

No le respondo. Solo intento atar cabos.

—La bronca con Paula ha pasado este mediodía ¿Cuándo te lo ha contado? ¿Hace diez minutos? ¿Sabe ahora que estás aquí conmigo? ¿Es que os pasáis el parte como los informativos?

Se ve pillada.

—Sí, pero tiene su explicación. Hablamos todos los días por el tema del proyecto. Pero Luisma me dijo que mejor que no se lo contara a nadie porque estas cosas se gafan.

Es verdad que no esperaba demasiado de ella, ni de nadie, pero qué menos que una mínima lealtad. Las tías no tienen límite con tal de putear a una contrincante. Porque eso es lo que hemos sido todos estos años: adversarias, enemigas, contrincantes.

Curiosamente, lo que pienso en este momento es que como no me enrolle pronto con Eduardo, con el libio o con el portero de mi casa, me voy a quedar más sola que un perro, como me vaticinó Paula. Ya no me quedan amigas. Si rompo con Maca tendría que salir con Lucy, con Cris o con mi hermana y sus amigas marujas de Tres Cantos. Bueno, también podría ingresar en una congregación religiosa, ponerme ciega a pasiegos y sobaos y escribir un libro de la repostería que hacemos en el convento.

Los cuarenta y tres son una edad muy difícil. No eres ni joven ni vieja, no estás ni aquí ni allá. Pero cuando despiertas, resulta que estás rodeada de una jauría de cuarentonas desahuciadas, con el arroz más pasado que los discursos de Alberto Garzón y con la RENFE de huelga y sin trenes a los que subirte.

Maca me observa con los ojos muy abiertos. Consulta su reloj para largarse.

—Mira, no pensaba que te ibas a poner así. Me quedo alucinada, tía.

Este es el momento, o bien de echar las patas por alto y decirle todo lo que pienso de ella, de sus mechas, de sus conjuntos *print* de leopardo y de su zafiedad… O de envainármela.

Yo elijo. Cuidado. Echar las patas por alto es fácil. Además, qui-

zás le hiciera un favor. Sí, mejor me la envaino. Tanto me la voy a envainar que hasta podría hacerme amiguita de Luisma y de su novio, ¿por qué no? Así los tengo controlados. Sí, eso es lo que me conviene. De acuerdo, pero ahora mismo, como Escarlata O´Hara juro por mi Audi TT Coupé, que nunca más volveré a pasar ni hambre ni sed de justicia y que estos cabrones me la van a pagar. Los tres. El *tontolaba* de Luisma, su retronovio y la tarada que tengo delante.

Siento el silencio expectante de Lucy, su respiración agitada esperando la traca final de la feria. La bomba japonesa de tacos, insultos y gritos con los que pondré fin a esta escena dantesca, que por supuesto no se produce.

—Bueno, vamos a tranquilizarnos —digo al fin ante la sorpresa general.

Maca responde poniendo de nuevo cara de acelga.

—Yo estoy muy tranquila.

Encima se va a hacer de rogar la muy gilipollas.

—Yo te considero mi amiga, Maca, pero, sinceramente, no me parece bien. Tendríais que haber contado conmigo. —Hago un brevísimo paréntesis—. Si a mí también me cae genial Luisma —añado esperando que no aterrice sobre mi cabeza un rayo divino por hipócrita y falsa.

Mi respuesta le toca mucho las pelotas. Ella no quiere que yo me lleve bien con sus nuevos amiguitos. Sin embargo, sonríe y mueve otra vez, de un lado para otro, su cabecita ocre-dorada llena de ondas y mechas.

—Pues claro que somos amigas. Venga, dame un besito, qué mala hostia tienes, tía. Me voy, que llego tarde.

Lucy y yo nos incorporamos para el muac muac de rigor. Y en ese preciso instante tengo la certeza de haberle dado de lleno en la línea de flotación. Sabe que voy a intentar conspirar con Luisma a sus espaldas. Lo sabe, pero nunca podrá demostrarlo.

Yo me encargaré de eso.

—Bueno, Maca, bonita, besitos a Luisma y dile que mañana le llamo. Bueno, hablamos, ¿vale?

La veo alejarse mientras reconozco que ha sido un día demasiado complicado hasta para una *superwoman* como yo. Si tuviera un poco de cerebro o de sentido común tendría que anular mi cita con

Eduardo, pero es precisamente lo que no voy a hacer. ¿Soy o no soy una depredadora sexual?

5. Sexo, mentiras y cintas de vídeo

De la única manera que puedo comenzar el relato de mi noche con Eduardo es con una canción de la Pantoja: «Hoy quiero confesar que estoy enamoraaaaaadaa».

Todo fue maravilloso, excitante, tierno, guay, de alto *standing*: los bocaditos, las medias lunas, el incienso, la música, las luces…. Todo, hasta que llegaron las bebidas. Ahí ya me sentí un poco, no sé… como que me bajaba la tensión, pero me dije: «¡Bah!, serán las ganas que tienes de que empiece la fiesta». Cenamos con el *brut* de Mumm muy frío y, para los dulces, nos pasamos a los combinados. Yo me tomé un par de *gin-tonics* muy suaves, que ese es el secreto de un buen *gin-tonic*. Eduardo prefirió unos chupitos de *whisky*. Ji, ji, ja, ja. «La de veces que me he fijado en ti en las reuniones», me decía él. Y yo: «Pues ni te imaginas la rabia que me daba a mí que fueras el novio de Paula». Ji, ji, ja, ja.

Todo estaba *okey*. Todo era perfecto, quizás demasiado perfecto. Y ya sabes que la perfección no existe. Cuando las cosas parece que van rodadas, o sea, empiezan los besos, los tocamientos, el precalentamiento en la salón y estás pensando cómo decirle: «Vamos a la cama que te lo como todo». Es justo entonces cuando, de repente, así, de la manera más tonta, notas que algo húmedo y viscoso te baja por la entrepierna. Tranquila, Almu, no puede ser, no pasa nada, ha sido una espejismo, una falsa alarma. Contienes la respiración unos segundos y la expulsas después, en un *in crescendo* suave y regular repitiendo mentalmente tu mantra por excelencia: «No pasa nada, estás obsesionada».

Parece una tontería pero te aseguro que esta frase tan vulgar y tan repetida tiene propiedades mágicas.

¿Por qué? Muy sencillo. Porque todas sabemos que estamos llenas de neuras, de fobias, de miedos, de desequilibrios, de carencias, de inseguridades y de complejos. Y, al decírtelo: «Estás obsesionada», los reconoces, los relativizas, los limitas, los acotas y los minimizas todos de golpe. Es como si te rieras de ti misma. Decir: «Tía,

eres una obsesa» es el equivalente al: «Estás como una puta cabra». Y esta aceptación tácita y desinhibida te exime de cualquier responsabilidad.

En definitiva, que sabía con certeza que no podía tratarse de una nueva erupción del Cracatoa. Era imposible, sobre todo porque a esas alturas de la película llevaba ya dos Fortasec. El del mediodía y el de la tarde, que me tomé por si acaso, pensando precisamente en mi cita erótica nocturna. O sea, mi intestino grueso estaba más carbonizado que un secarral de los Monegros. Allí no podía quedar ni un mojoncillo, ni un tropezón, ni un trocito, ni arenilla, siquiera. Nada. Ni el más mínimo resquicio de nada.

Es cierto que por un instante temí que después de la movida con Maca mis intestinos hubieran acusado de nuevo el desengaño emocional que viví. Sí, porque fue una traición brutal y un terrible desengaño al fin y al cabo.

Una cosa es que tú no esperes nada de tus amigas y otra muy distinta que tus amigas no quieran saber nada de ti.

Pues bien, a pesar de mi frío análisis de la situación, la sensación húmeda y viscosa volvió a repetirse. Tan intensa o más que la anterior. Como si una culebrilla suave y caliente se deslizara desde mi ingle derecha hacia mis rodillas. Y entonces lo comprendí todo. Era como si de pronto hubieran llamado al timbre y al abrir la puerta te dijera la tía vestida de rojo: «¡Hola, soy tu menstruación!».

El *spot* más estrambótico que ha parido una agencia publicitaria se hizo realidad. No voy a entrar en detalles escatológicos, solo diré que, a pesar de que ayer noche Eduardo y yo no pudimos consumar, para mí fue la prueba de que el amor existe.

Por primera vez en mi vida, comprendí que hay otra parte del encuentro amoroso que también puede ser tan gratificante y excitante como el mejor polvo de tu vida.

Creo que tartamudeé. pero lo dije:

—Perdona, Eduardo, voy un momento al baño.

—Muy bien, de paso cambio el CD.

No tenía fuerzas para enfrentarme por segunda vez en el mismo día al protocolo de las toallitas húmedas. Llena de rabia y desesperación arrojé al suelo mi precioso mono *oversize* Hugo Boss y me

metí directamente en la ducha.

No podía gritar, porque Eduardo me hubiera oído. No podía llorar, porque termino con el maquillaje hecho unos zorros. No podía hacer nada, solo aceptar los designios de la divinidad, sea esta quién sea y venga de dónde venga.

A los pocos minutos regresé al salón con un minicamisón lencero maravilloso, perfumada y envuelta en mi albornoz blanco que mangué del Hilton de Nueva York.

Al verme aparecer, Eduardo sonrió creyendo que iba a obsequiarle con un nuevo numerito erótico de los míos. Todavía conservaba en la memoria mis esposas de plumeti del primer día…

—¡Guauuu! Almu, esto se avisa…

—No, lo siento Eduardo. No sé lo que estás pensando, pero seguro que te equivocas.

—¿Ah, sí? ¿Qué estoy pensando?

Cualquier mujer lo hubiera adivinado. La regla es una circunstancia fisiológica normal, corriente, vulgar, repetitiva, de regularidad mensual y, sin embargo, los hombres jamás piensan en ella. Cada vez que se la encuentran en el camino de la vida, es como si fuera la primera vez que oyen su nombre: «¿La regla? ¿Qué es eso? ¿Te refieres a la regla de medir?».

Para ellos es más una excusa que una tara inevitable con la que las mujeres tenemos que convivir la mitad de nuestras vidas.

No me tendría que haber pasado. No estaba previsto, no me tocaba por lo menos hasta dentro de una semana. La culpa la tuvo el estrés laboral y el disgusto que me dio la sinvergüenza de Maca. Estrés, ansiedad… ¿O algo en lo que hasta ahora jamás había pensado?

¿Será que estoy entrando inexorablemente en la etapa de la premenopausia? Por eso mi regla va y viene a su aire, o sea, como le sale de los ovarios, nunca mejor dicho.

Que yo sepa, mi madre se quedó sin regla a los cuarenta y siete y eso es hereditario.

¡Hostia! ¡¡Solo faltan cuatro años para que me convierta en una *superwoman* menopáusica!!

«Siempre es más tarde de lo que piensas», no sé si lo dijo Jünger o Woody Allen.

Prefiero aceptar el estrés como hipótesis de trabajo. En este momento de mi vida no puedo ocuparme de ninguna otra cuestión más, por pequeña o insignificante que sea. Ya no me caben más historias en la cabeza. Mi cráneo podría reventar como una piñata.

Sin embargo, reconozco que es patético que, solo por falta de tiempo, me vea obligada a relegar un tema de tanto calado, de importancia trascendental en la vida de una mujer que aún se siente útil, fértil, deseada. Realmente es una frivolidad.

No importa. ¿Además quién ha dicho que yo no sea una pija frívola de mierda? Lo asumo. Soy así, me tomas o me dejas. Es impensable que me ocupe ahora de incluir mi menopausia entre mis prioridades. Me niego rotundamente. Con un yogurín de trenta y cuatro años en el salón esperando darme estopa, el megamillonario libio de camino, mi exmarido, mi jefe, mi secretaria, mi curro, mi padre, mi madre, Luisma, mis amigas, mis enemigas y el copón de la baraja. Ya te digo que no me cabe nada más.

Así que se lo digo por las bravas.

—Lo siento, Eduardo, me ha bajado la regla y estoy muerta. Me ha entrado una pájara que ni te cuento.

En un primer momento no me decepciona y pone cara de: «¿Cómo? ¿Regla… regla? ¡Ah, sí! Eso que les pasa a las tías para poder tener hijos». Al instante se relaja y juraría que, o le hace gracia, o no se sorprende demasiado, o no le importa mucho…

—No te preocupes. Nos quedamos aquí tan a gustito.

Lo de «a gustito» me chirría un poco. Es verdad que Eduardo es mucho más pijo que yo, pero yo a un tío como él soy capaz de perdonárselo todo.

También te digo que se nos ha cortado el rollo completamente. De ser un mero objeto sexual, paso a sentirme como una recién parida en la cuarentena o como una cobaya de laboratorio. Así que empezamos a hablar del trabajo, de Paula, de la ruptura, de mí, de él, de los dos, de nuestra relación, de que le apetecía mucho conocerme, de que le parecía una tía superinteresante, y hablando, hablando, como el comer y el rascar, todo es empezar, que diría mi ex, pues nos da por comer y beber y nos cepillamos todo lo que ha sobrado.

En ese sentido, no te oculto que fue una mierda de noche. No solo porque he engordado setecientos cincuenta gramos tirando

bajo, sino por la frustración y el complejo que te entra de no ser una verdadera *superwoman* moderna, resolutiva, expeditiva y eficaz que lucha por su realización sexual plena incluso cuando le baja la regla.

El requisito más importante de una pareja que se acopla es que, pase lo que pase, cuando vas a follar, vas a follar y punto. En ese sentido, la presión social y lo políticamente correcto dicta unas normas claras y rígidas de obligado cumplimiento. No hay excusas: Ni: «Se me ha *enganchao* la cremallera», ni: «Estoy de bajón por estrés», ni el *jet lag*, ni: «Me agarré un ciego del copón», ni la regla, ni el compás, ni el cartabón.

En una buena orgía tienes que terminar despendolado y pillando cacho. O sea, consumando. Si al final no mojas es porque eres un pardillo y un *matao*. Así que no me cuentes milongas que has perdido por completo la credibilidad.

Eduardo y yo también pensamos que pudimos haber hecho mil cosas para superar el trance y quedar como lo que somos. Él como un tío de mundo, experimentado, liberado y promiscuo. Y yo como una ninfómana salida y una insaciable devoradora de hombres. Fíjate lo que diría Maca si nos hubiera visto dándonos besitos y caricias como los alevines de las nuevas generaciones del PP, en lugar de poner una peli porno, o utilizar otro tipo de juegos eróticos algo más rebuscados.

Por supuesto que tengo en mi casa una peli porno. La trajo Queti Carvajal para una merienda de chicas que organicé y que, por cierto, también fue un desastre. Precisamente esa tarde se enfadaron para siempre Queti y Cris y no han vuelto a hablarse jamás.

La peli se titula *El castillo encantado* y transcurre en una especie de caserón cutre que pretende parecer un palacio versallesco. Al principio tenía su gracia ver como volaban por el salón los corpiños de las invitadas a la orgía. Nos reímos bastante hasta que aparecieron las pollas en escena.

Eran como gremlins. Una invasión de oscuras y retorcidas pollas en primerísimos primeros planos (PPP que se dice en el argot) devoradas por bocas enormes en *felatios* salvajes. No exagero, más repugnante que un documental de limacos y escarabajos peloteros de La 2.

Era imposible fingir que aquella visión asquerosa nos parecía ex-

citante. Mi hermana fue la primera en saltar.

—¡Estoy a punto de vomitar encima del *brownie*! Me niego a seguir viendo esta porquería. ¡Puaj! Qué asco —dijo levantándose—. Me dan ganas de hacerme lesbiana.

Fíjate que justo un momento antes yo había pensado lo mismo, pero al fin y al cabo estábamos en mi casa y tenía que hacer de anfitriona.

—Hija, Lorena, que no es para tanto. ¿O es que nunca le has visto la polla a Fernan?

—¿Perdona? —respondió ofendida—. Ya te digo yo que no la tiene ni tan fea ni tan morcillona, ni tan negruzca ni tan llena de venas azuladas y viscosas.

—¡Arrrggg! ¡Sí, qué asco! Y tantas juntas… ¡Calla, por favor! —gritó Cris tapándose los oídos.

Por lo visto hacía mucho tiempo que Queti esperaba esta ocasión:

—¡Qué remilgos, tía! Te podía haber dado el mismo asco cuando te cepillaste a Tomás.

Tomás era un exnovio suyo del que Queti nunca se desenganchó por completo, ni siquiera lo está ahora. Y han pasado ocho años.

Cris, por supuesto, entró encantada al trapo. Se sentía vencedora, ella había sido la elegida.

—No se te quita de la cabeza, ¿verdad? Estás obsesionada, tía. Yo no me lo cepillé. Me buscó él, y si no seguimos juntos es porque yo no he querido. ¡Lo sabes y no lo puedes soportar!

O sea, que Cris y Queti, ya entonces estaban más picadas que Jorge Lorenzo y Dani Pedrosa subidos a una Yamaha a punto de entrar en meta.

Mi teoría es que a Cris, Tomás siempre le ha importado una mierda, y que se enrolló con él solo para joder a Queti. Estas cosas suelen pasar entre amigas. Aunque antes era más por capricho que por necesidad. Ahora pasan por desesperación. Con la progresiva escasez de tíos que hay, ocurren con una frecuencia, no solo creciente, sino alarmante. Ya no miras nada. Están las cosas como para preguntar el currículo sentimental al tío. Pillas el que se pone a tiro y punto.

Naturalmente, Queti nunca se lo ha perdonado, y aquella peli porno que vimos en mi casa fue el detonante de su distanciamento

definitivo.

Total, que estábamos agobiadas con tanta escena de jadeos desaforados y gimnasia rítmica libidinosa, explícita, cutre y previsible. Así que todas agradecimos la reacción de mi hermana. Menos Maca, que va de salida, precisamente porque es una frígida y se pasa la vida fingiendo orgasmos. Una vez más y parafraseando a Alfonso: «Dime de lo que presumes y te diré de lo que careces».

En cualquier caso jamás se me hubiera ocurrido ver la porno delante de Eduardo, ni siquiera para justificar nuestra capacidad creativa. Pero lo que sí es cierto es que besarnos, nos besamos un rato. Sí, docenas de veces sobre la alfombra del salón. Como si desplegando tanta sensualidad fuéramos conscientes de que, al menos, amortizábamos emocionalmente el despliegue de intendencias comestibles y *bebestibles* y de expectativas de altísimo voltaje que había generado nuestro segundo encuentro sexual.

Y todo hay que decirlo, Eduardo besa como un profesional, como un actor. Actor a secas, en este caso no quiero decir actor porno. Con una capacidad de acoplamiento extraordinaria. Porque a veces te puede gustar mucho un tío, pero resulta que los besos no encajan bien. Como que falta sinergia, sincronía. Se necesita un tiempo y mucha práctica para adaptarse a los nuevos labios, dientes, pliegues, huecos y cavidades.

Pero con Eduardo, el *feeling* fue instantáneo ya en el primer beso en el baño del restaurante. A mí nunca antes me habían besado así. Sujetándome la cara y el cuello. Te coge por la nuca y se acerca en plan brusco, pero suave a la vez, y sientes que se te hace el culo azucarillos.

Eduardo es el hombre perfecto. ¿Cómo se lo iba a quedar para ella sola la lerda de Paula? Cosas tan especiales como él hay que compartirlas con el resto de seres humanos.

—Tenía miedo de que no volvieras a llamarme —le digo.

—Pues yo estaba deseando llamarte, pero no me atrevía.

—Me encanta oírtelo decir, Eduardo. —Es maravillosa esa inseguridad de los primeros momentos.

Porque Eduardo, sin que yo me haya insinuado, está claro que ya cuenta conmigo. Da por hecho que vamos a seguir saliendo y conociéndonos. Hubo un momento fantástico, cuando me dijo que a él siempre le habían gustado las mujeres un poco mayores que él. Me

extrañó que hiciera una alusión tan directa.

—¿De verdad? ¿Lo dices porque yo tengo cuarenta y tres años?

—¿Ah, sí? Pues no lo sabía —respondió con total naturalidad y sencillez. Reconozco que me pareció raro, yo pensé que sería lo primero que le habría dicho la arpía de Paula. Seguro que se lo diría, pero Eduardo lo mismo ni reparó. Es muy despistado y va muy a lo suyo. Y lo suyo es que le gusto un huevo y la yema de otro.

—Me parece absurdo quitarse años.

—Por supuesto, es una imbecilidad.

Y acto seguido le da un sorbo al *whisky* y me lo traspasa en un nuevo beso de tornillo. Estuvo en todo momento pendiente de mí. Me besaba, me acariciaba, llenaba mi copa, cambiaba de música. Él mismo había traído un CD alucinante de música *chill out* mezclada con boleros de Café Quijano. Me encantan los Quijano, algo pijos también, pero geniales. ¡Hummm! Es que el bolero tiene algo especial, ¿verdad?

Total que tanto beso, tanta bocadito de salmón y tanto *whisky*, acabamos los dos con un tablón de no te menees. Yo desde luego ni lo intenté, no podía ni moverme. Tengo el vago recuerdo de que Eduardo me ayudó a meterme en la cama y después se tumbó a mi lado boca arriba, vestido y con los zapatos puestos. Y así nos quedamos los dos el resto de la noche, fríos y quietos como los reyes católicos en su mausoleo mortuorio de la capilla real de Granada. *¡Oh my God!* ¡Qué yuyu!

6. ¿Amor de madre o amor de hombre?

Primero percibo una claridad hiriente que me impide abrir los ojos. Después la sensación de que el lugar donde estoy se mueve. Como si fuera un barco. No sé si es una lancha, una fueraborda o un yate, pero se mueve. ¿Quizás el yate de Harek?

¡¡¡¿¿¿He pasado la noche con Harek y no recuerdo nada???!!! ¡Socorro! ¡Qué horrible opinión tendrá de mí!

Tengo que abrir los ojos y enfrentarme a la realidad, por dura que sea.

Lo intento, pero parece que la realidad se resiste a ser percibida por mí. O sea, eso quiere decir que tengo un clavo de cojones y no me puedo ni mover. ¡Genial! Imposible saber el lugar, el día y la hora en el que me encuentro.

Recuerdo escenas vagas y borrosas, pero, desde luego, no recuerdo que fuera Harek el que me trajo hasta mi habitación, que es exactamente donde estoy ahora.

Por fin abro los ojos. Tengo la visión algo desenfocada. Todo da vueltas a mi alrededor, pero reconozco los objetos que me rodean. Estoy en la cama. Estoy sola en la cama. ¿Con quién se supone que tenía que estar?

Me incorporo de un salto, justo el tiempo de pronunciar su nombre: ¡Eduardo! Mi estabilidad ya no me permite más y vuelvo a derrumbarme sobre la cama. ¿Dónde está? ¿Qué ha pasado? ¿Cuándo se ha ido? Oh, Dios, me habrá visto dormida, probablemente en posturas innobles, quizás roncando, con un aspecto lamentable, ni siquiera me desmaquillé. ¡Oh, Dios, qué tragedia! Con la importancia que tienen esos detalles en los comienzos de una relación.

Cierro de nuevo los ojos para ir acostumbrándome poco a poco a la cruda realidad. Porque estoy segura de que será cruda y jodida. Aunque sea a gatas, o arrastrándome tengo que llegar hasta el cuarto de baño.

Lo consigo después de un esfuerzo sobrehumano y varios descalabros. Estoy fatal. Recuerdo la publicidad institucional.

Cada vez que te emborrachas te vuelves un poco más gilipollas.

Es la última vez que me pillo un ciego de estos. No me atrevo a mirarme en el espejo del baño. Solo he visto de reojo una especie de aparición fantasmal. Tengo en la boca un sabor metálico, ácido, putrefacto. Necesito una ducha y un café caliente.

Pero no me da tiempo ni a lo uno ni a lo otro. Suena el teléfono fijo. Eso quiere decir que mi madre me está llamando para preguntarme algo. Aunque sería yo la que tendría que preguntarle cómo cojones se atrevió con casi setenta años a ponerle los cuernos a mi padre. Me ha impresionado más de lo que esperaba. No tengo ganas de hablar con ella.

Debajo de la cama asoma mi albornoz blanco del Hilton de Nueva York. Me lo coloco torpemente antes de descolgar.

—¿Ha dormido bien la señora?

—¿Qué pasa, mamá?

—¿Qué pasa? Tú me dirás qué pasa. Aún no sé si has hablado con tu padre.

¡Dios, qué trabajo me dan!

—Sí, mamá. Sí, hablé con él…. Es que estoy en la cama. Ayer volví muy tarde a casa, ¿sabes?

—Ya veo.. Menuda voz que tienes… Pareces Kiko Matamoros. No me imagino la cara que tendrás.

—¿Qué hora es?

—La una… del mediodía —puntualiza.

—Si no te importa, te llamo en diez minutos. Necesito ducharme y tomar un café.

Estoy segura que no se va a compadecer de mí.

—Bueno, pero dime si vendrá a la comida.

Vale, casi prefiero contárselo rápidamente, una cosa sinóptica, telegráfica.

—Le dije lo de tu enfermedad. Yo creo que vendrá.

Silencio.

—¿Eso es todo?

—Sí, eso es todo… básicamente.

Nuevo silencio, como si estuviera preparando el terreno para la próxima bomba informativa.

—Tengo noticias de la venezolana —añade con voz turbia.

No pienso consentir que me amargue la mañana. Es sábado, tengo que salir de compras, llamar a Eduardo, a Luisma, a Alfonso.

—¿Qué noticias? —pregunto de mala gana.

—Ya sé para qué quería los nueve mil euros.

Me va a tener media hora al teléfono. No puedo más, me estoy agobiando cantidad.

—Mamá, por favor, dímelo todo seguido. Tengo un montón de cosas que hacer.

—¡Ay, hija… cómo eres!

—¡Ya te lo he dicho! Ahora no puedo…

En su voz hay un reproche triste.

—Nunca puedes para mí.

Tiene razón. Cada vez me siento más incómoda con mi madre. Es como si me recordara continuamente lo parecidas que somos. Quizás ella no sea la única culpable. Por eso suavizo el tono.

—Venga, dime para qué quiere la pasta la venezolana.

Suspira satisfecha. Sabe que la respuesta es mucho más sorprendente de lo que yo puedo imaginar.

—¡Para ponerse tetas! —grita como si exhibiera un trofeo de caza—. La operación le ha costado ocho mil novecientos euros, ¿qué te parece? ¿No me dijiste que la tuya costaba siete mil? Pues mira, casi dos mil euros más. Seguro que también se ha metido bótox… Qué vergüenza tu padre… ¡A su edad! Pagarle tetas de plástico a su amante.

Sigue hablando pero no puedo escucharla. En efecto, el impacto es tan brutal que despierto de golpe. De nuevo me asaltan imágenes obscenas de mi padre estrenando las tetas nuevas de la venezolana.

—¿Quéee… quéee dices?

Está exultante por el efecto causado.

—Operación de tetas, 8900 euros en la Clínica Bruselas.

La siguiente pregunta es obligada, aunque me temo lo peor.

—Es alucinante. ¿Cómo lo sabes?

Por supuesto no me va a contestar nada coherente.

—¿Importa mucho eso?

—¡Claro que importa, mamá!

Silencio antes de responder.

—Hace unos días me dijo Lupe que se encontró con ellos en El Corte Inglés de Goya, estaban en la sección de lencería. ¡Los dos! Ya

te digo, un escándalo. ¡A mí en la vida me ha acompañado tu padre a una tienda de lencería! Ni yo le hubiera dejado, claro. —Ya empieza a desbarrar—. Es un degenerado, un viejo verde. ¡Qué asco!

Voy de soponcio en soponcio.

—Al grano, mamá.

Ya está completamente perdida en su verborrea alucinante.

—¿Qué te estaba diciendo? ¡Ah, sí! Que se saludaron y que le pareció que la venezolana estaba mucho más tetona. Y tú ya sabes que a Lupe no se le escapa ni una…

No sé si echarme a reír o a llorar. ¡Qué huevos tiene!

—¿Cómo te atreves a decirme eso, mamá?

Seguro que todo es cierto, porque se ofende.

—No te entiendo. ¿Cómo no te lo voy a decir?

—¡Me importa una mierda tu amiga Lupe! La venezolana podía llevar un sujetador con relleno. ¡Quiero saber quién te ha dicho que la venezolana se ha operado las tetas en la Clínica Bruselas!

De pronto, su voz se vuelve extrañamente apaciguadora.

—No, Almudena. Es que yo sé que la Clínica Bruselas está especializada en cirugía estética porque les hace gratis las operaciones a los del *Sálvame.* A Kiko Matamoros le pegó las orejas.

—¡Joder con Kiko Matamoros! ¡Que me da igual dónde se ha pegado las orejas! Yo te pregunto cómo sabes que se ha operado en la Clínica Bruselas y no en la Ruber, en La Paz, o en cualquier otra.

Esta vez el silencio es más prolongado.

—Eso no te lo puedo decir.

—Igual tu amiga Lupe también se los encontró en la clínica, ¿eh? ¿Dónde iba a ponerse ella la silicona? ¿En el culo como las Kardashian?

—No te lo puedo decir. Es algo que…

—No me lo puedes decir, ¿verdad? ¿Te lo digo yo? —la interrumpo de pronto.

Quizás entonces lo comprende todo de golpe. Sabe que mi padre me lo ha contado.

—¿Tú? ¿Qué sabes tú?

No es que quiera humillarla, ni herirla, es que necesito contarle lo que sé para que me diga que no es cierto. Que no es cierto que le puso los cuernos a mi padre con el director del banco que le está dando ahora la información de la venezolana.

—Lo sé todo, mamá.

Después de un silencio, medido y premeditado, lo más sorprendente es su respuesta

—Sé a qué te refieres y me alegro. Casi prefiero que lo sepas. Supongo que te lo ha dicho tu padre. —De nuevo se toma el tiempo necesario para hacer una pausa—. Solo me arrepiento de no haberlo hecho antes —añade en el colmo de la desvergüenza.

O ella o yo. Seguro que una de las dos está muy loca. Podría llorar de rabia y de impotencia. No hay derecho a que mi madre me cuente sus problemas emocionales y no me pregunte por los míos. No quiero saber nada de sus disyuntivas o preferencias sexuales, ni que me haga confidencias que no he pedido. ¿Es que no va a decirme que se arrepiente, que lo siente, que sabe que no es un buen ejemplo para mí? ¡Yo soy su hija! Se supone que debes guardar las formas delante de tus hijos.

—¿Ah, sí? ¿No haberlo hecho antes? Estás mintiendo. Pero si el banquero te dejo más colgada que un chorizo y se largó con su mujer. Que lo sé yo, mamá. Ahora mismo estás más sola que un perro. —Esta expresión ha calado hondo en mi alma—. ¡Y lo único que quieres es cazar otra vez a tu exmarido!

Suspira profundamente y termina de reventarme los esquemas por completo.

—Tienes razón —dice por toda respuesta.

¿Tengo razón? Es una respuesta que marca un antes y un después en nuestra relación. ¿O no? ¿Qué se supone que tengo que contestar? No sé si está arrepentida, triste o desesperada. Pero sigo sin fiarme de ella.

Yo también suspiro.

—Me quedo sin palabras, mamá.

—Solo te pido un favor. No se lo digas a tus hermanos.

—¿Y por qué no te importa que lo sepa yo? ¿Por qué me tengo que enterar yo de vuestras mierdas?

—Pues porque eres la mayor —añade sin inmutarse.

—¿Y qué? —pregunto estúpidamente. Mi madre tampoco entiende que no me parezca razón suficiente.

—Porque tienes más experiencia de la vida. Te han pasado más cosas que a ellos… Has tenido más parejas… Que, por cierto, ya va siendo hora, Almu…

No me puedo creer que se esté refiriendo a lo que me imagino. Ya ha naturalizado todo lo sucedido y me quiere convencer a mí que poner los cuernos a tu marido a los 68 años es una cosa normal.

—¿Va siendo hora de qué?

—Pues de que pilles algo por ahí. Que, digan lo que digan, para las divorciadas está más difícil. Ya tienes cuarenta y tres y se te va a pasar el arroz. Mira, precisamente ahora se va a casar una sobrina de Lupe que tiene tu edad…

—¡No! ¡Me niego! De Lupe no me digas nada más. Por hoy ya voy bien servida.

—¡Hija! Qué genio tienes. Estás un poco amargada. Solo quería decirte que se va a casar con un viudo mayor, pero forrado.

—Me rindo, me dejas acojonada, mamá.

Y encima se extraña.

—¿Por qué? La pareja es un buen invento, hija.

—Sí, sobre todo para ti. Mira, te voy a colgar.

—¿Cuándo hablamos?

—Ya te llamaré.

Cuelgo antes de escuchar su despedida. Ella es más fuerte que yo, o más egoísta, o más desnaturalizada, me da igual. Menos mal que no le he dicho nada de mi menopausia galopante.

Mi madre tiene una poderosa influencia sobre mí. Más de lo que soy capaz de reconocer. Me inocula sus ideas convencionales, pedestres y mezquinas y me crea inseguridad. Lo que me jode es sospechar que puede tener razón. Cada vez más a menudo pienso que estoy perdiendo el tiempo con tíos que no buscan una relación estable. Quizás ellos también piensen que se me está pasando el arroz. Los años transcurren tan rápido. Todo es tan vertiginoso. No sé si estoy viviendo una crisis existencial, pero a veces pienso en mi hermana con sus dos mellizas y creo que tiene algo que yo no tengo y que ya nunca podré tener.

Tampoco será casual que todas las *it girls* y novias de futbolistas se hayan puesto a parir como locas. Eugenia Silva, Amaia Salamanca, Sara Carbonero, Vanesa Lorenzo, Pilar Rubio, Patricia Conde, Shakira… Todas echando hijos al mundo.

Claro, es una manera de pillar a los tíos. Será primitivo, pero eficaz. Muy modernas y muy *superwomans* pero todas preñadas y cargadas de hijos. ¿Seré yo la que esté equivocada? ¡Todo esto me pasa

por hablar con mi madre!

Me defiendo de ella con las únicas armas que tengo. Pongo a tope el CD de Café Quijano que se dejó Eduardo, mientras me preparo un Nespresso supercargado y cremoso. Me ducho, me visto, me acicalo y así me olvido de la madre que me parió. Tengo varias llamadas que hacer antes de salir de *shopping* al centro. O mejor me largo a Las Rozas con mi coche.

He llamado a Luisma. Le he convencido para que pase el día conmigo.

—Te invito a comer a Las Rozas —le digo.

El petardo de Luisma alucina. No se lo puede creer.

—Uy, qué sorpresa. Bueno, pues la verdad es que me viene genial porque Bernar tiene hoy un desfile en Barcelona. Acaba de marcharse, no viene hasta mañana.

—Mira que no contarme nada de Bernar y contárselo a Maca. Joder, Luisma, no sé ni como te miro a la cara.

—De eso hay mucho que hablar. Yo también tengo muchas cosas que reprocharte.

—Vale, lo hablamos, pero no le digas nada a Maca de que vamos a comer juntos. Si no me traicionas no te arrepentirás. Tengo que darte un notición.

Paso a recogerle con mi coche a la puerta de su casa. Quiero que se sienta cómodo. Además, pienso regalarle una camisa Hilfiger, que creo que es la marca que utiliza. No me importa que piense que quiero hacerle la pelota. Estoy dispuesta a todo. Mi cabeza va a una velocidad de vértigo. Estoy ordenando mentalmente todos y cada uno de los movimientos que van a producirse en mi vida a partir del próximo lunes. Mientras le espero, hago una llamada a Eduardo. Una llamada sin demasiado interés aparente, protocolaria y superficial. Hace un día maravilloso y quiero decirle que aunque me acuerdo de él, no es la única persona con la que cuento.

—Hola, Eduardo.

No aprecio en su voz ninguna emoción especial.

—Hola. ¿Qué tal has amanecido?

—Avergonzada.

Se ríe. No sé si lo he dicho, tiene una sonrisa maravillosa.

—¿Ah, sí? Pues no tienes que avergonzarte de nada.

—¿Cuándo te marchaste?

—En cuanto te dormiste. O sea, te quedaste grogui al minuto de que te dejara en la cama.

Suspiro ruidosamente para que me oiga.

—¿De verdad?

—Sí, tranquila.

—Me alegro. Ya te imaginas por qué, ¿verdad?

—Claro, por eso me fui.

Qué maduro, qué detallista, cómo se lo agradezco, espero que sea cierto.

—Eres un cielo, Eduardo.

Luisma abre la puerta del coche y me saluda.

—¡Hola, Almu!

Eduardo parece extrañado.

—¿Estás con alguien?

—Sí, había quedado con un amigo para acompañarle de *shopping*.

Ojalá sienta celos, ojalá desee estar conmigo como yo deseo estar con él. Sé que esto no es bueno ni razonable, pero me gusta. ¡Me gusta! ¡Me gusta a morir!

—Ah, vale. ¿Y cuándo me acompañas a mí?

Su comentario me sacia, me flipa, me llena de paz. Con qué pequeñas cosas me hace feliz. Si esto no es estar enamorada que baje dios y lo vea.

—¡Cuando tú quieras!

—Vale, el lunes quedamos en la ofi.

No entiendo que no le importe que en la oficina sepan que ahora está conmigo. Es una sensación increíble. Espero no hacerme demasiadas ilusiones, pero es como si quisiera reivindicarme delante de los demás.

—Bueno, prefiero que allí no nos vean juntos.

Hace un breve silencio.

—Vale.

Tampoco parece que le importe encontrarse con Paula. Seguro que ella quiere volver con él. Se le pasará el cabreo y lo buscará otra vez, eso fijo. Tengo que estar preparada.

—Voy a pensar en ti todo el día. Ayer fue fantástico, ¿sabes? A pesar de todo.

—Para mí también fue muy especial, Almu.

Luisma está que no cabe en sí de gozo. Esto es un pelotazo. Le invito a comer con cotilleo incluido. Es mucho más de lo que hubiera soñado.

Arranco como si en lugar de un coche condujera una alfombra voladora.

—Es maravilloso estar enamorada, Luisma.

—Ya lo sé, dímelo a mí. Bernar es el hombre de mi vida.

—Me alegro, te lo juro. Soy tan feliz que me siento buena y generosa. Quiero compartir contigo un montón de cosas. Me voy a comprar unos zapatos y a ti te voy a regalar una camisa Hilfiger.

—Que no… ¡Qué dices!

—¡Que sí! Y ya está.

—¿Y quién es él….? —pregunta entonando la musiquilla de Perales.

—¡Ay! Es verdad… pon música. Mira, elige algo romántico. Que pena que no me he bajado de casa los boleros de los Quijano.

—Me encantan.

—¿Qué te parece este?

Es una recopilación de temas de amor.

—Sí, muy bien, ese, ese.

—¿No vas a decirme quién es? ¿Lo conozco?

—Si te portas bien te lo diré cuando volvamos. Mientras tanto, hablemos de negocios.

Comienza a sonar *Somethig stupid* en versión Robbie Williams y Nicole Kidman.

—Qué pena hablar de negocios con esta música de fondo.

—No te vas a arrepentir.

Lo sabe. Luisma es muy listo. Sabe que esta no es una invitación normal. No le importará traicionar a Maca. Yo tengo muchas más cosas que ofrecerle.

—Oye, Luisma, el jueves que yo tenía cita con Tony y me encontré en el *hall* contigo, ¿te acuerdas?

—¡Ah, sí! Que te conté la bronca que habían tenido Eduardo y Paula.

—Exacto. ¿Por qué me dijiste que «a pesar de todo» eras mi amigo?

—Bueno, eso mejor lo dejamos.

—No dejamos nada… Ya sé a qué te referías.

Me mira maravillado. Siempre he sido un icono para los gays. Ejerzo sobre ellos un extraño poder de seducción. Los homosexuales admiran la fuerza en la mujer. Siempre la ven como una madre, como una sacerdotisa, como una diosa.

No responde.

—Es por Maca, ¿verdad? Te advierto que es una metemierda. Seguro que te dijo que me caías fatal. —Extremo éste rigurosamente cierto—. Quería separarme de ti. Es muy mala persona, Luisma.

Sigue en silencio mirando al frente mientras se escucha:

And then I go and

spoil it all by saying something

stupid like I love you…

—Me gustaría presentarte a Carmen Lomana —añado.

De pronto se vuelve como si le hubiera picado una avispa en el ojo. Carmen Lomana también es un icono gay. Luisma da uno de esos gritos que utilizan algunos gays para reafirmar su condición.

—¡Aaahhh! ¡¿En serio?! ¡Qué fuerte!

—Sí, tengo que montar una fiesta en la embajada italiana. Sé que estará ella y unas cuantas *tops models:* Nieves Álvarez, Vanesa Lorenzo, Jessica Bueno…

Luisma espera mucho de mí, pero no quiere parecer demasiado explícito ni que yo piense que le tengo en mis manos, por eso intenta disimular la excitación que le embarga y desvía el tema de conversación.

—¡Ah, genial, Almu! ¿Por cierto qué te parece Jessica Bueno?

—Me encanta —digo— porque a las consagradas les jode mucho tener que soportarla. Es más guapa que ellas y no tiene pedigrí. No le perdonan ni lo uno ni lo otro.

Estamos llegando a las Rozas. Hace un día maravilloso y yo acabo de hablar con el hombre de mi vida. Nueve años más joven que yo. Me voy a meter en un callejón sin salida. Quién me lo iba a decir a mí. No sé si estoy enamorada o muy necesitada de cariño, de afecto, de ternura. Nunca me había pasado nada parecido. Si no estuviera tan feliz estaría muy preocupada.

—Bueno, Luisma, ahora nos concentramos en el *shopping*. En la comida hablaremos de negocios. Mañana tengo una reunión con los niñatos de los *casting* para Mediaset.

—¿Para el programa de Sobera?

—Sí… y de otros también.

—¡Ay! ¿Puedo ir contigo?

Aquí es donde yo quería llegar.

—Pues claro que sí.

—Lo de la fiesta en la embajada me parece lo más, Almu…

—Y eso que no sabes lo mejor. Estoy dispuesta a asociarme contigo para eventos puntuales. Precisamente quiero que me ayudes en la fiesta de la embajada. Te voy a poner en contacto con la jefa de protocolo.

Me devuelve una mirada incisiva y penetrante.

—¿Qué me vas a pedir a cambio?

No tardo ni un segundo en contestarle

—Que le digas a mi amiga Maca que se ha jodido el *business* que tenías con ella. Ya sabes, lo de las autonómicas, el *blog*… Toda esa vaina.

Luisma mira de nuevo al frente asintiendo con la cabeza.

—Ningún problema, dalo por hecho.

Da gusto hablar con personas expeditivas y prácticas.

—Me alegro que seas tan razonable, Luisma. Llegarás muy lejos. —Termino de hacer la maniobra de aparcamiento, apago el contacto y le observo en silencio unos segundos—. Pero también te digo que, como se te ocurra traicionarme, te vas a arrepentir.

—¿Qué quieres decir: de puta a puta, zapatazo?

—Exacto.

Perfecto, Luisma es tan rastrero como yo. Es importante unirte a tus iguales. No se pueden cometer errores, y si los cometes, los pagas. Así que tema Maca resuelto. Siento que me invade el espíritu de Darth Vader y la fuerza de su espada. Soy la misma de siempre. Una ejecutiva sin escrúpulos dispuesta a llegar a lo más alto de la pirámide social y no tolero, no consiento, disidencias ni traiciones. Maca tiene que pagar su atrevimiento y su osadía y nunca podrá demostrar que he sido yo.

Siguiente tema: Harek. Por supuesto que si hace falta me lo cepillo. Estar enamorada es fantástico siempre que no te aparte de tu camino.

Además, ¿quién ha dicho que no pueda compaginar a los dos? ¿O es que en España se lapida a los adúlteros? Al contrario, es un timbre de honor, tanto para un tío como para una tía. Pues enton-

ces…

Mente masculina en cuerpo de mujer.

Sin duda lo andrógino es la perfección.

7. This is my life

¡Maldita sea! Si las cosas dependieran solo de mí, el mundo sería *wonderful*. Acaba de llamarme el imbécil de Alf. El libio no llega el viernes, sino el martes. O sea, mañana, a las cinco de la tarde. ¡Dios! Qué mala potra, tengo que ir a la peluquería, hacerme los pies. No me va a dar tiempo a nada. No podré probarme la chaqueta de Escada que he visto en internet. *¡Oh my God!*

—Perdona que te lo diga, Alfonso, pero odio la imprecisión.

—Oye, Almu, que se le ha ocurrido a él adelantar el viaje. Ya sabes, donde manda capitán…

Estoy yo para refranes. Con la mala leche que me ha puesto el cambio de planes.

—Creo que el jueves tiene una reunión de negocios en Barcelona.

—¡Mierda!

—Pues eso, Harek llega el martes y se marcha el domingo por la mañana. Entonces, ¿vas a recibirle o no?

—Por supuesto. Hecha un adefesio, pero iré.

Alfonso se ríe, parece satisfecho con su vida y ya me está jodiendo con tanta felicidad barata.

—Ja, ja, ja… Si seguro que no te cabe la ropa en los armarios.

Cómo se repite este tío. ¡Qué sabrá él de mis armarios!

—Eso ya me lo has dicho muchas veces.

—Pues claro, si estarás guapísima.

Me sienta fatal todo lo que dice, mejor que se calle. Debe ser la regla que saca lo peor de mí. ¡Cuantísimo sufrimos las mujeres!

—Por cierto, Alfonso, mi jefe os espera esta tarde a Noelia y a ti. Yo no sé si podré estar.

—¿Cómo que no vas a estar? ¡Oye, ni hablar!

He intentado escaquearme, pero es imposible. El pelo me lo tendré que arreglar yo con las planchas y ya veremos qué hago con los pies. En fin, tampoco creo que me vaya a la cama con Harek el primer día, ni que él se vaya a fijar en mis pies, me retoco un poco el

esmalte y punto pelota. Además, supongo que vendrá cansado y todo eso, pero nunca sabes. Como dice mi madre: «Hay que estar siempre a punto, por si acaso».

Joder, qué mal debo de estar para acordarme de lo que dice mi madre.

También tendré que retrasar la visita a los chicos de los *castings*, espero que Luisma no se mosquee. Gajes del oficio, pero no quiero que le avise mi secretaria. Yo misma le llamo y le explico. Qué estrés. Menudo comienzo de semana. Tengo la impresión que este asunto del libio va a cambiar mi vida por completo. Lo mismo tienen los libios títulos nobiliarios, como los árabes, y me convierte en su jequesa. Qué buen papel haría yo. Que no me quejo de lo que me ha deparado la vida, *of course*, pero está muy a la vista que merezco mucho más.

Miro a través de la ventana de mi despacho en el piso 28 de la torre Espacio en la CTBA (Cuatro Torres Business Area), como si ya me despidiera de esta cosmopolita vista de Madrid. Es fantástica. Un mundo dinámico en actividad constante. No sabes muy bien para qué, porque hoy subes hasta el piso veintiocho y mañana caes al sótano. O sea, que cuanto más alto subas, más gordo será el hostión.

Suena el teléfono interior.

Es Mariló, mi secretaria, que está conmigo de un complaciente que se le caen las bragas a rosca. Lo del libio ha sido un pelotazo y ya ha corrido por toda la oficina. Lo mismo me reciben mañana con alfombra roja.

—Almu, te paso con Tony.

—Vale… Hola, Tony.

—Buenos días, Almudena. Acabo de hablar con tu ex. Siempre he pensado que es un tío muy amable… Ya me ha dicho que el libio ha adelantado el viaje y que te ha sentado fatal. Ja, ja, ja, como eres…

Está como loco con el tema de Harek. Ya ni se acuerda de Eduardo. Y la verdad es que yo tampoco me he acordado de él en todo el día, ni le he visto por los pasillos, ni siquiera en la salita de la máquina de café, donde hemos coincidido muchas veces. Aunque el viernes no le dije nada de Harek, seguro que también se ha enterado.

—Es que ya me había hecho a la idea de que llegaba el viernes. Bueno, es igual. Oye, Tony.

—Dime…

—Que voy a contar con Luisma para algunos eventos que tengo pendientes. Me apetece que me acompañe. Me va a ayudar a organizar la fiesta de la embajada italiana. Creo que me puede ser útil.

Tony me da lo que le pida.

—Ya te lo dije el otro día. Lo que necesites.

—Vale, gracias. ¿A qué hora has quedado con Alfonso?

—A las seis. ¿Te parece que cenemos algo en plan informal?

—Yo no puedo, lo siento. Os presento, estoy un ratito y me largo. Si quieres los llevas a tomar algo por ahí. Tengo que prepararme para mañana, Tony.

—Lo entiendo, muy bien, muy bien…

—No sé en qué plan vendrá el libio, pero ya me dijo Alfonso que necesitaba una asistente para todo: desplazamientos, fiestas, etc.

—No te preocupes, por supuesto, ese es tu trabajo…

Consulto mi agenda. Repaso mis contactos vip para organizarle al libio una *tournée deluxe* por el Madrid castizo. Alaska y Mario Vaquerizo imprescindibles. Tengo que llamarlos. Aunque estos van *sobraos*. Menudo caché que tendrán ahora. Es igual, por dinero que no quede. Mueven a muchísima peña.

Voy anotando en mi agenda algunos posibles invitados: Boris Izaguirre, Borja Thyssen y Blanca Cuesta (si no está a punto de parir otra vez, claro), Carmen Lomana y Naty Abascal, creo que se llevan fatal, pero supongo que aguantarán el tipo, alguna periodista de la prensa rosa que tenga un cierto glamur, Beatriz Cortázar, Pilar Eyre, Tamara Falcó… Tamara tampoco puede faltar. Espero que no me fallen los del Palace para el viernes, con el poco tiempo que tengo, algo se les ocurrirá. Tampoco estaría mal que el fiestón terminara con alguna actuación en directo. Preguntaré al representante de Bisbal si está disponible. Si no, Bustamante, con estos siempre aciertas. ¡Qué placer da gastar a lo bestia!

Llamo por el interfono a mi secretaria.

Me tiene acojonada, sigue al pie del cañón, creo que no ha ido ni al lavabo en toda la mañana.

—Mariló, ¿puedes pasar un momento, por favor?

—Claro.

No tarda ni tres segundos en plantarse delante de mi mesa. Parece que quiere ganar el concurso de la empleada del año. Lleva un bloc y un bolígrafo para tomar notas.

—Dime.

—Mañana, sobre las seis de la tarde, el armador libio Harek Haziz llega a Madrid en un *jet* privado, pídele a Alfonso Requejo toda la información: el número de vuelo, la terminal, el coche con el que tengo que recogerle, y el resto de datos que crea que me pueden ser útiles, qué séquito le acompaña, etc. ¿Entendido? Me pasas un informe. Lo necesito para mañana a primera hora. ¿Vale? —Le tiendo la tarjeta de Alfonso con su teléfono.

Nunca jamás la he visto tan en su papel. Asiente con gesto serio y comedido.

—Por supuesto, Almu. Si necesitas algo más, me dices.

Cuando cierra la puerta pienso en la atracción irresistible que el poder ejerce sobre mí. Y está claro que sobre los demás también. Desde que el libio ha aparecido en nuestras vidas, todo ROT Management va con el culo más apretado que una junta de accionistas de Bankia.

Sigo anotando posibles contactos de mi agenda cuando suena mi móvil. Es mi hermana.

—Hola, Almu.

—Hola, Lorena, qué curioso, hace un momento pensaba en ti.

—Oye, que me ha llamado mamá. Supongo que ya sabes que este domingo tenemos comida.

Espero que Harek y su séquito no me necesiten por la mañana. Aun así, incluso me daría tiempo a despedirles en el aeropuerto.

—Sí. Yo también he hablado con ella, aunque no sabía que fuera a ser tan pronto.

—Y viene papá. ¿Qué está pasando?

—No, nada… Cosas de ella. Sinceramente, pienso que se siente sola.

—¿Sola, mamá? No me lo creo.

—No sé… Igual no —abrevio para no perder tiempo en discusiones familiares—. Bueno, ¿y que tal las mellizas?

Se calla un instante. Mi hermana es muy suya, algo no le ha gustado.

—Perdona, Almu, no me parece bien que las llaméis así, como si

fueran siamesas. Prefiero que las individualicéis por su nombre.

—De verdad, Lorena, eres un poco rarita, hija.

—Mira, a mí tú me pareces más rara que un perro verde y no te digo nada.

¡Joder cómo está el patio!

—Vale. ¿Qué tal Carla y Sara?

—Muy bien, han empezado a estudiar flauta travesera.

—¡Oh! Fantástico.

—No hace falta que exageres. Ya sé que no te parece fantástico, y que te da igual.

No es cuestión de ponerse a discutir, pero tampoco le consiento que me diga lo primero que se le viene a la boca.

—Oye, rica… ¿Te debo algo?

—¿Cuánto tiempo hace que no ves a tus sobrinas?

No tengo ni idea, pero tampoco sé adónde quiere ir a parar. Las veo en su cumpleaños, en Navidad, en comidas que organiza mi madre, y fui a su primera comunión, claro.

—Pues no lo recuerdo, Lorena, Puede que haga bastante. Pero hija, pareces Belén Esteban pidiéndole cuentas a Jesulín…

—No importa, déjalo.

—Es que ando superliada, Lorena. Mi trabajo es así, ya sabes.

—No sé cómo es tu trabajo, pero sé que eres igual que mamá.

—¿A qué viene esto?

—Ellas tampoco os echan de menos. Es como si no tuvieran ni abuela ni tía. Menos mal que su tío Carlos las llama cada semana por Skype desde Berlín.

Eso quiere decir que mis hermanos nos ponen a parir semanalmente. No sabía que Carlos fuera tan detallista. Pero ¿para qué vas a llamar por teléfono a unas enanas de diez años? ¿Qué les cuentas? Mejor no le digo nada, que igual se ofende otra vez.

—Pues me parece muy bien, te lo digo de verdad. Por cierto, dime qué les puedo llevar el domingo. ¿Qué les gustaría?

Está molesta, ofendida, fastidiada, no va a decirme nada.

—No lo sé, pregunta en la tienda.

—Prefiero preguntárselo a ellas. ¿Tienen móvil?

—Sí, claro.

—¿Me pasas luego el número por WhatsApp?

—Oye, que yo no te he dicho eso para…

—Que ya lo sé, Lorena. Perdona, pero te tengo que dejar. Pásame sus números, ¿de acuerdo?

Tarda unos segundos en responder.

—De acuerdo —dice.

Cada día se está volviendo más suspicaz. Seguro que Fernan las pasó putas con ella. Espero que ahora le deje ver a las niñas con más libertad, porque al pobre lo tenía *crucificao*.

Anoto los nombres de mis sobrinas en mi agenda. Dos llamadas más para hacer. Lo intentaré esta noche si es que les da tiempo de ir a casa a dormir, porque entre el inglés, el chino, el *ballet*, las manualidades, y ahora, la flauta travesera, pobres criaturas, estarán más estresadas que yo, que ya es decir.

8. Nada es lo que parece

He vuelto a dormir fatal. Estoy desquiciada. No quiero volver a los lexatines ni a los orfidales ni a los tranquimazines, pero veo que yo sola no puedo superarlo. Me obsesiono con que tengo que dormir y la cago. Eso es todo. Siempre igual. Seguiré las instrucciones del manual que me recomendó mi psiquiatra. Afortunadamente, aquello es pasado, pero fue una etapa muy dura. Todo por culpa de mi madre, que me creó un afán de superación enfermizo. Va de Isabel Preysler por la vida y quería verse reflejada en sus hijas. O sea, en mí, que soy la mayor, como dice ella. Y mi padre que se lo consintió. Eso nunca se lo perdonaré.

Me obsesiono con todo. No solo con dormir, sino con ser la mejor, la más guapa, la más elegante, la más lista, la más delgada… Y me obsesiono con que me quieran. Y creo que si no cumplo las expectativas que tienen conmigo, si no consigo ser como ellos quieren que sea, nadie me querrá y me quedaré más sola que un perro.

Comprendo perfectamente a los hijos suicidas de las estrellas de Hollywood. Es como si no tuvieran existencia propia, como si fueran una prolongación de sus famosos padres. Yo recuerdo que muchas veces decían de mí por lo bajo: «Es la hija de Gloria Piaget». Con el consabido juicio inmediato: «Sí, es monilla…¡Pero nada que ver con su madre!».

En su enorme y elitista círculo social, mi madre era un icono de belleza y elegancia. Por eso, mi agobio, mi angustia y mi obsesión era ser igual que ella y que ella se sintiese orgullosa de mí. Recuerdo mi adolescencia como una época tortuosa y torturante machacada por la malvada y vil madrastra de Blancanieves.

Mi hermana tuvo la suerte de ser la pequeña. Pudo hacer siempre lo que le dio la gana. Mi madre pasaba de ella totalmente, porque decía que se parecía a su padre. Así que lo mismo podía ir de *hippie* desarrapada que de contracultural antisistema. Y resulta que ahora es una perfecta maruja.

Total, que no he pegado ojo en toda la noche. Tuve que lavarme

el pelo yo misma y hacerme una pedicura de urgencia. Así que empecé tardísimo a rebuscar en los armarios y decidir qué ponerme para ir al aeropuerto.

Me probé unos veinte *looks*. ¡Una locura! Al final he elegido un conjunto primaveral Ralph Lauren de falda por encima de la rodilla y chaqueta *peplum* superentallada, unos botines Balmain *beige* con puntera tostada y una juvenil bandolera Braccialini de *print* de serpiente. Aunque lo mejor de todo es mi ropa interior, un conjunto de La Perla, sujetador escote balcón color salmón con un encaje increíble y un tanga a juego con florecitas verdes flipante y maravilloso. O sea, me siento la reina del mambo. Insuperable, atractiva y elegantísima. No he dejado ningún detalle al azar. Es verdad que mi *look* no me soluciona la falta de sueño, pero alivia bastante la desesperación que arrastro.

Todo esto por si hay algún imprevisto y Harek reclama mis favores sexuales. Que para nada creo que se produzca. Sería muy precipitado. Qué lástima, es una pena de desperdicio, porque después de la regla me sube mucho la testosterona (me refiero a la femenina, que sirve para lo mismo que la masculina) y es mi momento sexual más activo y seductor. Estoy muy receptiva, cariñosa y creativa en la cópula. Es como si confluyeran en mí todas las ninfómanas y meretrices famosas de la historia. Mesalina, Sherezade, Madame Pompadour, incluso Pretty Woman.

No importa, tengo casi una semana por delante para llevarme a Harek al catre y lo voy a intentar con todas mis fuerzas, *of course*. He quedado con Tony, Alfonso y Noelia. No me apetece, porque me gustaría estar tranquila y prepararme un breve discurso de bienvenida. Estoy en ascuas imaginando cómo será Harek. Tengo muchas expectativas depositadas en este proyecto. Y en él, por supuesto.

Por cierto, ya no estoy tan segura de querer complicarme la vida con un tío como Eduardo, demasiado joven, y con un futuro, no diré malo, pero sí incierto. Yo ya he pasado esa etapa. Y es que Harek y Eduardo no solo son conceptos distintos, sino antagónicos: poder y sexo.

Pero seamos justas, no necesariamente incompatibles, lo mismo Harek es una máquina sexual. Y, en caso contrario, ambos podrían ser perfectamente complementarios. Utilizo a Eduardo para una cosa y a Harek para otra. Cada uno en su territorio serían absoluta-

mente autosuficientes.

Por supuesto, no tengo duda de lo que me aconsejaría mi madre, pero no se lo pienso preguntar.

Llaman por el interfono, es el portero y parece excitado:

—Almudena, oiga, viene un coche a buscarla.

—Ah, gracias, Alfredo.

—Bueno, no sé si es exactamente un coche.

—¿Qué dice?

—Baje, baje… Ya verá.

Última mirada al espejo del *hall* y aún me queda el del ascensor que es triple y te ves por detrás, por delante y de costado. Que no falte de nada, oye.

En el portal, hablando con el portero, hay un chófer gordo y negro, como el de *Pretty Woman*, que se inclina levemente al verme llegar.

—¿Señorita Almudena?

—Sí, soy yo.

—Me llamo Ottis y vengo a ponerme a su disposición.

—Muy bien, Ottis. —Me vuelvo hacia el portero—. ¿Qué me decía del coche, Alfredo?

—Si me permite —dice el chófer colocándose delante e iniciando la marcha.

Ya imagino que habrán enviado una especie de limusina para recoger al libio y a su séquito, lo que no podía imaginar es que fuera una limusina de semejante tamaño.

Es blanca con los cristales tintados, inmensa y espectacular, parece un avión aplastado después de la catástrofe. Hay gente arremolinada observándola desconcertada y divertida.

Mientras el portero pide educadamente a la plebe que se aparte, Ottis se dirige ceremonioso hacia la parte de atrás, se cuadra junto a la puerta antes de abrirla y espera a que yo me acerque.

Sinceramente, puede que no sea más de lo que merezco, pero sí mucho más de lo que yo esperaba. Sin duda, preludio y presagio de todo lo que me espera a partir de este momento.

Recorro Madrid dentro de semejante artefacto observando las caras de la gente cuando nos ve pasar. No es la primera vez que voy en una limusina, que por cierto me parece un medio de transporte absolutamente hortera. Es más. Es de los pocos signos del lujo que

desterraría. La idea de ir tomando *champagne*, comiendo bocaditos de caviar o jugando al ajedrez mientras llegas al lugar de destino es pretencioso y desorbitado. Pareces un personaje de las pelis de *El Padrino* o el típico millonario tejano nuevo rico y cutre *lux*. Seguro que se le ha ocurrido a Alf.

Busco su contacto en el móvil.

—¡Alfonso!

—¡Almu! ¿Dónde estás?

—Voy hacia la oficina, metida en el cohete espacial que me has mandado.

—¿En la limusina? ¿Qué te parece?

—¿Tú qué crees?

—¿Qué pasa?

—Es una horterada, Alfonso. ¿Se te ha ocurrido a ti?

—¡Que va! —responde tan extrañado como ofendido. Nos pusimos en contacto con su oficina de Nueva York. Han contratado la limusina para toda la semana desde allí. Es el modelo que utiliza Harek en todos sus desplazamientos. Ya sabes, ande o no ande, caballo grande, ja, ja, ja.

Cada vez lo soporto menos.

—Pero aquí caben veinte personas.

—Viene con unos invitados, no se quiénes ni cuántos. Probablemente haréis algunas excursiones, creo que a Barcelona y a París. Y, si os da tiempo, a Sevilla.

Será porque no he dormido, pero siento una pereza horrible.

—Vale, oye, si no te importa no voy a comer con vosotros, tengo que estar a las cuatro en el aeropuerto y no quiero andar corriendo.

Qué raro, no pone ningún obstáculo. Eso es que ha vuelto a llevarse bien con Tony.

—Bueno, no te preocupes, te echaremos de menos. Pero a rey muerto, rey puesto, ¿eh? Ja, ja, ja…

Odio sus refranes. Me va a salir urticaria.

Consulto mi agenda, compruebo las llamadas que me faltan y anoto en los contactos el teléfono de mis sobrinas que me ha enviado mi hermana. Llamo a Luisma.

—Luisma..

—¡Hola, Almudena! ¡Qué honor! Eres la estrella de ROT Management.

Me parece bien que lo reconozca; yo me hago la estrecha.

—¡Bah! No te pases…. Yo soy una más.

—De eso nada. ¿Ya has recogido al jeque?

No le corrijo. Sinceramente hubiera preferido que fuera un jeque árabe. Los árabes están mucho más asimilados a nuestra cultura que los libios.

—Voy ahora hacia la ofi en una limusina más grande que un avión. Es alucinante.

—¡Ah! Bajo a verte.

—No, es igual, que no podré hacerte caso. Solo voy a recoger un informe y a ver a Tony un momento.

—*Okey*.

—Te llamo para decirte que no voy a quedar con los chicos de los *castings*. Pero al fiestón del viernes tráete a Bérnar, quiero conocerle. Estarán Alaska y Mario, Lomana, Naty Abascal, Boris, Tamara Falcó… Y, si pueden Bisbal o Bustamante. ¿Has hablado con la jefa de protocolo?

—¡Sí, Almu! Estoy… estoy… feliz, todo es maravilloso. ¡Te quiero! —grita totalmente sobrepasado.

Siento la lejana mirada de Ottis a través del retrovisor. No puede escuchar nada de lo que digo. Pero tampoco me hubiera importado que lo escuchase. Los ricos no se preocupan jamás de lo que piensan de ellos sus empleados.

Todos los preparativos han resultado extraordinariamente sencillos. Mariló, mi secretaria, se ha ocupado de hablar con el personal del aeropuerto encargado de recibirnos. La limusina ha entrado hasta el estacionamiento de autoridades y aquí estamos Ottis y yo esperando la llegada del avión que está a punto de aterrizar.

Hace un día caluroso y Ottis acaba de ofrecerme un delicioso cóctel muy frío con una guinda y una aceituna. Es una especie de vermú agridulce.

—Hummm, qué delicia, Ottis.

Agradece el cumplido con un cabeceo mientras observa el cielo.

—Es un cóctel de mi invención. Mire. Allí viene.

—Pero ¿usted conoce el avión?

Sí, claro, señorita Almudena. Yo estoy al servicio de la familia desde hace años.

—¿Pero tiene casa en España el señor Haziz?

—Sí, tiene, pero se van a alojar en el Hotel Ritz. Han alquilado todas las *suites* del último piso.

Hay que confraternizar con el servicio. Siempre tiene información de primera mano.

—Si no le importa, le voy a pedir su número de móvil.

—Claro, señorita, será un placer. Para lo que necesite.

Nos intercambiamos los números mientras sigue sin perder de vista la trayectoria del avión.

—Creo que tienen intención de hacer alguna escapada. ¿Sabe algo, Ottis?

—Sí, claro. Yo también iré con ustedes. Todavía no sé adónde. ¿*Mister* Haziz no ha decidido aún el itinerario?

—Ya. ¿Cuánto séquito trae?

—No, muy poco, es una visita rápida. Vendrán unas diez personas. Dos pilotos., azafatas, el secretario del señor, otro asistente personal. Es posible que venga su cocinero y alguien más del servicio. —Se detiene un instante—. Y dos invitadas.

No sé por qué pienso que las cosas no van a ser exactamente como las he imaginado. ¿Ha dicho invitadas? ¿Qué clase de invitadas?

—¿Dos invitadas? ¿Qué rango tienen? ¿Sabe usted si tengo que tener un protocolo especial con ellas?

Ottis intenta disimular una sonrisa que no comprendo.

—No, no… ningún rango especial.

Conforme se va a acercando a mi campo de visión, observo que el avión es tan espectacular como la limusina. Cerca de la cola puedo ver una especie de escudo o sello rojo, azul y negro.

—Parece magnífico el avión.

—Sí, es un Boeing Business Jet 2.

—Ya… ya…

—En cuanto aterrice nos acercaremos un poco más con el coche. Estamos un poco lejos.

—¿Está permitido?

Vuelve a sonreír enigmáticamente.

—No lo sé… Nunca lo hemos preguntado.

Y por fin llega el momento. Estamos a pie de pista. No creí que fuera a ocurrir, pero mi corazón se acelera. Sigue pareciéndome un espectáculo fantástico ver aterrizar un avión de cerca. Hay una ele-

gancia cosmopolita y suntuosa en esas maniobras perfectamente sincronizadas. Transcurren varios minutos hasta que, al final, se detiene y los motores dejan de rugir.

La puerta se abre y la escalerilla mecánica desciende lentamente.

Al instante, uno detrás de otro, comienzan a aparecer todos sus ocupantes en el umbral.

El uniforme de las azafatas es una especie de chador adaptado a la vida moderna, más corto y ajustado de lo habitual. Son tres mujeres jóvenes y se colocan a ambos lados de la puerta.

Después aparecen tres hombres más con largos caftanes abotonados por delante. A continuación veo a uno de los pilotos con el uniforme tradicional, y a un hombre joven —¡seguro que es Harek!— con un traje de lino crudo, camisa blanca de cuello Mao, barba muy negra y una especie de turbante marrón claro.

—Ese es el señor —puntualiza Ottis detrás de mí.

No es muy alto. O sea, es más bajo que yo con tacones, pero la primera impresión, digamos que es aceptable.

Estoy todavía regodeándome en todos los detalles, cuando veo que Harek se gira entre risas para ayudar a salir a alguien más.

Deben ser ¡las dos invitadas!

No doy crédito a lo que ven mis ojos. Las dos le sacan al libio una cabeza. Son vulgares, zafias y gritonas. Parecen salidas, no sé exactamente si de una peli porno o de *Los vigilantes de la playa.* Desde luego una de ellas es idéntica a Pamela Anderson. Rubia platino, hortera, minifalda, escote vertiginoso. Si llevara puestas mis gafas de lejos podría distinguir sus pestañas postizas y el descomunal tamaño de su boca.

La otra es morena, algo más entrada en carnes, igual de vulgar y zafia, con ese peinado de ondas retorcidas que llevan ahora todas las aspirantes a ser algo en la vida.

¡Oh my God! ¡Son dos putas! Y voy a tener que alternar con ellas y llevarlas de *shopping* por las mejores tiendas de Madrid y de París.

¡Señor, aparta de mí este cáliz!

No debo de ser consciente de que tengo la boca abierta de sorpresa y de espanto.

Ottis comprende mi asombro y se compadece de mí.

—Creo que la morena fue Miss Colombia y la rubia es una modelo americana.

—¿Modelo? ¿Modelo de qué?

Ottis no puede aguantar la risa.

—Bueno… cantaba en Las Vegas. Las conozco a ambas. Llevan ya un tiempo con el señor.

Esta vez no voy a preguntar haciendo qué. Creo que puedo imaginar sus enloquecidos y obscenos *ménage à trois*.

Qué burla del destino… Con los planes que yo tenía para Harek y para mí. Total que es un pervertido al que le gustan las tías tetonas y vulgares.

No puedo venirme abajo. De mí depende que este contrato prospere. Con putas o sin ellas, el libio puede ser nuestro mejor cliente.

¡Almudena, *fair play*! Sonrisas, amabilidad, empatía, encanto personal. No sé si en peores garitas he hecho guardia. Pero esto es lo que hay.

Es Harek quien se sitúa a la cabeza de la expedición, flanqueado por una morena y una rubia más cañís que las del chotis. Cuando llegan hasta nosotros, me impresiona la total indiferencia que me demuestra. Apenas se detiene un instante en mí, al tiempo que siento que me taladran las miradas de la colombiana y la modelo.

Avanzo hacia ellos con la mano tendida seguida de Ottis.

—*God morning, mister Haziz. It's a privilege and a pleasure welcome you to Spain* —digo tendiéndole la mano.

Pero él no me la estrecha. Se dirige en primer lugar a Ottis, a quien saluda con una inmensa sonrisa y un fuerte apretón de manos, coreado por ellas, que saludan al unísono.

—*¡¡¡Hello, Ottis!!!*

El chófer parece que intenta disimular una carcajada.

—¡¡¡*Hello*, señoritas!!!

Segundos más tarde, Harek se vuelve para corresponder a mi saludo con un gesto más envarado que cordial.

—*Thank you, miss…?* —Tiene la mano fría y pequeña. Mal presagio.

—Almudena Cortázar.

Le parece demasiado complicado.

—*What?*

Sonrío en lugar de darle una patada en los huevos.

—Almu… —respondo divertida.

—¿Alnnnu? —repite el libio.

La morena le aprieta el brazo en un gesto de confianza.

—No, mi papito: ALMU —deletrea—. Almu. Bueno, te llamará cualquier cosa. Yo soy Zulema, ella es Hellen.

—*Miss Zulema, miss Hellen. We hope you enjoy your stay.*

Correspondo a su saludo mientras la rubia me devuelve una mueca inclasificable de su enorme boca.

El libio se ha alejado con una leve inclinación de cabeza, y toma del brazo a Ottis como si quisiera hacerle alguna confidencia.

—*Come on, come on* —repite Zulema.

Las dos siguen a su jefe en dirección a la limusina, como queriendo hacerme saber que mi posición siempre será estar en la retaguardia.

Esperamos a que lleguen el resto de los ocupantes y la tripulación mientras Ottis distribuye los asientos. Es un buen tío. Tiene la delicadeza de colocarme en el mismo compartimento que Harek y las dos furcias.

Es todo tan diferente a lo que imaginaba. No sé si podré organizar la fiesta con estos dos adefesios.

Ya sentados, se produce un silencio incómodo que me veo obligada a romper. Ellas se han dado cuenta de que pertenezco a otra clase social, a otro estatus. Probablemente a otro planeta, y no lo pueden soportar. Veo sus miradas torvas y suspicaces. Me van a joder la semana.

—No sabíamos exactamente con quién llegaba el señor Haziz —digo en español dirigiéndome a Zulema.

—Bueno, pues ya lo ves, con dos buenas amigas.

Harek ni ha levantado la cabeza, hojea una revista. La colombiana me ha tuteado, pero yo no puedo hacerlo, no sería correcto. Lo sabe, y lo ha hecho para marcar aún más las distancias.

—Sí, ya lo veo… y me gustaría saber qué tipo de ocio o entretenimiento puedo prepararles.

Zulema y Hellen se miran. Me da la impresión de que la rubia también entiende el español. En efecto, es ella la que responde. No reconozco bien su acento. Parece mexicana.

—Bueno. Ya te lo iremos diciendo. De momento sírveme una copa, por favor. ¿No tienes calor, Zulema?

—Un poco, sí. ¿Qué tal una copita de *champagne*?

Me quedo de piedra. O mejor, convertida en una bíblica estatua

de sal. Pero aún tengo recursos.

—Lo siento, yo no he abierto una botella de *champagne* en mi vida. A mí también me las abren. Ahora mismo llamo a Ottis.

Salgo al exterior buscando amparo, ayuda, protección. Todas las tías son unas cabronas. Si esto no sale todo lo mal que empiezo a sospechar, juro que en la primera ocasión renovaré mis votos misóginos ante la Virgen de Regla, o el Cristo del Gran Poder. Sí, lo prometo.

Ottis está hablando por teléfono, pero, al verme, se interrumpe. Probablemente también observa mi desconsuelo y desesperación.

—Dígame, señorita.

— Las… las *invitadas* quieren tomar *champagne* y yo no he abierto una botella en mi vida, Ottis, lo siento.

Se ríe mostrando su impecable dentadura.

—No se preocupe. Dígales que ahora mismo voy.—Me hace un gesto con la mano como diciendo: «No hagas ni puto caso a esas fulanas».

Bendigo su raza y su estirpe y entro de nuevo en el coche. Ya tienen la botella abierta y la rubia está terminando de servir la tercera copa.

—¡Ah! ¿Ya está? —pregunto absurdamente.

—Sí —responde—. Al contrario que tú, yo he abierto muchas botellas en mi vida.

Me tengo que morder la lengua para no añadir: «Seguro que en un *puticlú* y cobrando porcentaje por descorche». Te juro por mi vida que espero decírselo antes de que se marche.

En ese momento, Harek, que no tengo ni zorra de si entiende español, me dedica una mirada aséptica, asexual, amorfa, andrógina, indiferente. No mira mis tetas, ni mi boca (que por cierto me la acabo de perfilar y le he metido un poquito más de hialurónico) ni mi culo (que de momento no le he metido nada, pero todo se andará). Mira mi ropa, mis botines, mi bolso. Es increíble, pero cierto. ¿Será gay y esas dos putas son su coartada?

Nadie me ofrece *champagne*, pero estoy ya tan indignada y desesperada que no pueden ofenderme más.

Llega el resto de la comitiva y el trasatlántico con ruedas se pone de nuevo en marcha. Los pilotos, las azafatas y los asistentes están en otro compartimento.

Pero como los caminos del Señor son inescrutables, debe ser uno de los asistentes el que mira constantemente hacia atrás. Me he dado cuenta desde que ha entrado. Es decir, me mira a mí. Es joven, treinta y muchos, moreno con entradas muy pronunciadas y rasgos árabes. O libios, me da igual. Lleva una americana occidental oscura, pantalón muy ancho y una camisa de cuello Mao, como su jefe.

Acaba de sonreírme, y yo, solo por hacer *pandi* y joder a las furcias, le dedico la más arrebatadora y estudiada de mis sonrisas.

Ha comprendido perfectamente mi lenguaje no verbal. Asiente con la cabeza y vuelve a sonreírme. Yo estoy tan agobiada y tan necesitada de comprensión y aceptación social que estaría dispuesta a creer que es el hombre más *sexy* del mundo.

La morena, que es la más espabilada de las dos, se da cuenta de la movida y susurra algo en el oído de Harek.

La cosa está que arde. Harek le mira a él, me mira a mí ¡y sonríe! No doy crédito. ¿De qué va esto? ¿Se lo montan todos con todos? ¿Serán un conocido grupo internacional de *voyeurs* depravados?

—Nadir *is my brother*… ¿te gusta? —pregunta de pronto Harek en un español macarrónico, pero comprensible.

La rubia y la morena se miran sin poder ocultar la envidia y la rabia que las consume. ¿Nadir? ¡Qué potra! ¡Es su hermano!

—¡Síiii! —respondo sin poder ocultar mi regocijo—. Hasta el nombre me parece encantador —añado a la desesperada, totalmente desinhibida y dispuesta a poner las cartas (por no decir las bragas) sobre la mesa.

Zulema toma las riendas de este obstáculo tan imprevisto como insalvable. Simula un aplauso de aprobación haciendo bambolear una pulsera Hermès, que en su brazo parece la baratija de un todo a cien.

—¡Ohhh, mi papito! —dice mordiendo cada sílaba—. Ya me había dado cuenta yo de que Nadir parecía muy interesado, pero no quise decir nada.

La rubia le devuelve una mirada feroz. Sin duda, esto cambia radicalmente mi posición en el tablero. Si lo de Nadir prospera y ellas saben perfectamente que va a prosperar (porque me va a salir a mí de los cojones que prospere) mi rango será superior al de ellas.

Como diría Natalia Vodianova, la suerte nunca abandona a una

mujer afortunada. Y es que a veces es tan insignificante la línea que separa la risa del llanto, la tragedia de la comedia. El norte y el sur, el este y el oeste…

Soy el objetivo de todas las miradas. Consulto mi reloj instintivamente. Las seis y cuarto. Todavía es muy pronto, pero ya empiezo a imaginar mi precioso cuerpo desnudo apenas cubierto por un sujetador de encaje con escote balcón y un tanga rosa con florecitas verdes, vagando entre los exquisitos objetos de una *suite* del Ritz mientras Nadir me observa fascinado.

Galileo decía: «¡Dame un punto de apoyo y moveré el mundo!». Vale, tío, pero no lo vas a mover a lo loco. Habrá que saber hacia dónde, ¿no? Galileo era un pardillo y le pueden dar por saco.

¡El único punto de apoyo que necesitas es un conjunto de lencería bien elegido! Eso sí que pondrá el mundo a tus pies.

9. Desamores que matan

Estoy inmersa en una vorágine de amor y lujo. Aunque prefiero decir, sexo y lujo. Porque el sexo es lo único que no defrauda. (En el que caso de que no defraude, quiero decir).

Al final el amor siempre es un espejismo.

Tanto, que ya ni me acuerdo de Eduardo, ni siquiera de Harek, con el que llevo soñando cinco días y seis noches. Ninguno de ellos, ni todos los que he conocido antes, han conseguido saciar esta necesidad emocional que late en mi corazón. Supongo que late aunque jamás nadie haya conseguido saciarla. Y Alfonso, mi exmarido, tal vez menos que nadie. ¿Y por qué te casaste?, dirás. Pues precisamente por eso, porque te desesperas de buscar y no encontrar. Por inseguridad, por desidia, porque necesitas sentirte amada, deseada, porque dicen que somos animales sociales, y es verdad. Porque la soledad nos aterra y necesitamos aburrirnos con alguien al lado. Porque siempre es mejor estar mal acompañado que solo. Porque todas tus amigas están enrolladas, y esto es algo muy importante. Y porque equivocarte de pareja es el error más común y repetido que te puedes echar a la cara. Tanto, que incluso está bien visto.

En el fondo soy una mujer desengañada. (Como la inmensa mayoría). Una heroína de novela romántica y un referente de esas canciones de desamor que tan cachondas nos ponen. No niego ni afirmo que, quizás, si pudiera cambiar mi destino, lo cambiaría, porque a pesar de no haberlo conocido, intuyo y sé que no hay nada tan gratificante, tan excitante y tan maravilloso como sentirte acompañada por un tío que te quiera, que te mime, que te haga reír, que te haga sentir que tú y solo tú eres esa mujer que él ha buscado toda su puta vida.

Ya sé que no tengo mucha credibilidad, pero en esta constante búsqueda amorosa que es mi vida, en un sentido, no diré bíblico,

pero sí profundo, Nadir significa un antes y un después, un punto de inflexión y de reflexión. Ahora más que nunca desnudo mi corazón y por eso me siento con autoridad moral para reafirmarme en esta premisa vital: yo fui honesta buscando el amor verdadero, si mi pareja ideal no ha venido a mi encuentro, estoy en mi perfecto derecho de sublimarlo dándome a la bebida, haciéndome ludópata, comedora compulsiva, miembra de una secta destructiva, tertuliana televisiva, budista, *hooligan* de La Roja, culé, o practicando desaforadamente natación, pilates, yoga o artes marciales.

O, por el contrario, dejándome llevar dócilmente por la marea de la vida, que es lo que estoy haciendo. Y la vida, como no podía ser de otra manera, me recompensa con creces.

Porque a pesar de las variadas y ricas experiencias que hasta ahora he conocido, nada se parece a la intensidad de estos mágicos momentos que vivo al lado de Nadir. Cada instante que transcurre es más desconcertante que el anterior. Todo lo que está ocurriendo es mejor que un cuento de hadas. La varita mágica de las hadas es una puta mierda en comparación con las visas oro, platino y rubíes de Nadir. A su lado me siento como una bella y afortunada princesa de *Las mil y una noches*.

Tal vez por todo esto asumo definitivamente que ahora mi norte y mi horizonte es Nadir. Aquí y ahora. No pongo condiciones ni obstáculos. Solo dejo fluir la deriva de los acontecimientos. Vivo intensamente esos amores pasajeros que no dejan huella. Prefiero que dejen pulseras Cartier.

Y esta es la reflexión más importante que quería hacer, y el lugar a donde quería llegar.

Lo cierto es que Nadir y yo pasamos directamente de la limusina a la cama. O sea, quiero decir, al hotel. La rubia y la morena han decidido descansar unos minutos en la habitación y cambiarse de ropa. Es imposible que elijan algo más estridente y hortera que lo que llevan, pero seguro que seguirán intentándolo.

Mi intención es esperarlas en el bar junto a Ottis, pero cuando ya nos dirigimos hacia el salón, se acerca hasta nosotros uno de los asistentes de la comitiva con un pequeño objeto en la mano.

—Señorita —comienza en perfecto inglés y con una leve inclinación—, *mister* Haziz desea que acepte usted este pequeño obsequio de su parte.

Me tiende una bolsa dorada de tela con el anagrama de Cartier grabado en letras plateadas. Dentro hay una cajita alargada de terciopelo negro.

La abro despacio, no solo intentando imaginar qué maravilla esconde, sino para pensar con rapidez cuál será la frase más acertada para la ocasión.

Ni Nadir ni nadie de su séquito ha tenido oportunidad de ir a recogerla a ningún lugar. Eso significa que es muy probable que el equipaje de los millonarios Haziz guarde más obsequios como este para las posibles *invitadas* que se encuentren por el camino.

Es una fina pulsera de brillantes con un pequeño cierre de esmeraldas.

—Es exquisita —digo maravillada sin dejar de contemplarla—. Pero no puedo aceptarla —añado cerrando de nuevo la caja.

Observo la perplejidad del asistente de Nadir y del propio Ottis. Joder, no la voy a aceptar a la primera de cambio. Ahora viene el regateo, ¿no?

Ottis, que me quiere bien, interviene.

—Señorita Almudena, esto no la obliga a nada. Acéptelo. —Me hace un gesto explícito con caída de párpados incluida.

El asistente asiente.

—Yo le respondo a *mister* Haziz lo que usted desee.

Y como lo que deseo es quedarme con la pulsera y echar un polvo con Nadir esta noche en la *suite* del Ritz, por si acaso, ni regateo ni me hago de rogar, no vaya a ser que la cague.

Así que le dedico una cálida y seductora sonrisa.

—Lo siento, quizás me he precipitado, tal vez desconozco sus costumbres. Por favor diga a *mister* Haziz que es muy generoso por su parte, que sería una descortesía no aceptar su obsequio y que, por supuesto, será un honor para mí profundizar en esta incipiente amistad.

Esta es una respuesta de manual de las muchas que tengo para ocasiones parecidas. Lo que nunca imaginé es que pudiera utilizarla en una situación como esta.

—*All right* —responde el asistente con una nueva inclinación antes de darse la vuelta y desaparecer.

Ottis cabecea satisfecho.

—Nadir es un hombre muy sensible y muy exigente, y valora

mucho la buena educación. Estoy seguro que ha apreciado en usted todas esas cualidades.

—Me alegro de oírselo decir, Ottis. Eso me recuerda que tengo que ir a mi casa a recoger una bolsa de fin de semana.

En esta ocasión, su sonrisa es verdaderamente deslumbrante y el preludio de una carcajada cómplice.

—Ja, ja, ja… Perfecto… Estoy a su disposición.

Por eso he reconocido sin sonrojo que lo más impactante del polvo con Nadir fue la pulsera de brillantes. ¿Qué quiere decir esto? ¿Qué soy una interesada y una mezquina? No, para nada. Sencillamente quiere decir que asimilo con naturalidad esta nueva circunstancia. Nunca me habían regalado una pulsera de brillantes por echar un polvo. (Y si no te ha pasado nunca, no estás facultada para opinar). Por mi parte, sin duda fue un exceso de celo y profesionalidad. Así que durante todo el coito, incluidos los primeros besos, tocamientos, etc., no podía pensar en otra cosa que no fuera estar a la altura de la joya Cartier que me había regalado, y que de momento sigue siendo lo más valioso de mi fondo de armario, fondo de joyero, o llámalo como quieras.

También esa fue la razón de que pegara yo el primer gatillazo de mi vida. No se puede estar en misa y requicando. Siempre es o lo uno o lo otro.

Ahora comprendo la persistente frustración de Maca. Miente cuando dice que ella está mentalizada y que no le importa. Hay que probar a quedarse a medias en un encuentro sexual para saber lo frustrante que puede resultar. Lo mío ha sido pasajero y coyuntural. Espero no tener que fingir más orgasmos en mi vida.

En el sexo hay que estar a lo que estás. Se siente, no se piensa. Como empieces a divagar, a dispersarte y a intelectualizar el acto con pensamientos racionales como: «Uy qué suave acaricia». O generosos: «Prefiero que esté a gusto él». O altruistas: «Bueno que se corra él y luego yo… si eso». Acabarás jodida, pero no follada, que no es lo mismo ni tiene nada que ver.

Nadir, en efecto, como me anunció Ottis, es delicado, tierno, suave, amable… Nada temperamental ni impulsivo ni pasional, ni feroz, ni… en fin, nada de nada. O sea, muy alejado de la idea que tenemos de los árabes, libios, afganos y otras etnias rudas y primitivas que no sé por qué estúpida idea preconcebida imaginas que en

la cama van a ser unas fieras insaciables. Y desde luego, de eso, Nadir, pues no. O sea nasti de plasti.

Porque si lo piensas bien, la cópula en sí, o sea descontextualizada, a pelo, por las bravas, quiero decir, podría considerarse un acto invasivo, agresivo salvaje, depredador, puramente instintivo y animal. Y si le quitas eso, pasa a convertirse en un entretenimiento más o menos lúdico y sensual. O sea, que en un apuro lo mismo te sirve un polvo que una sauna finlandesa, un *spa* o una sesión de masaje tailandés que además de lúdico y sensual resulta infinitamente más elegante y glamuroso.

Este ha sido el único escollo, íntimo, ínfimo, mínimo, que me ha hecho recapacitar en la persistencia de la memoria y en que donde no hay mata, no hay patata. Eso no quiere decir que no vuelva a intentarlo, y ya veremos qué pasa esta noche. Lo mismo recojo en mi casa las esposas de plumeti y otras vituallas sadomasoquistas y pongo a Nadir mirando *pa* Cuenca.

En fin, te repito que todo son minucias teniendo en cuenta que la pulserita no me la quito ni para ir a la ducha. Por otra parte, todo son aciertos en cuanto a la elección de restaurantes y lugares de ocio. Mariló me ha confeccionado un *planning* superatractivo para toda la semana. Mi sufrida secretaria se está portando de maravilla y merece un detalle por mi parte. Sobre todo por la coordinación de la megafiesta del viernes y el escasísimo tiempo que teníamos para prepararla.

Está ya contratada la sala grande del Palace, y casi cerrado el reportaje del *Hola*. Gratis, por supuesto. Es verdad que nos va a salir por un congo contratar a todos los vip de Madrid, pero Nadir me dijo que tenía carta blanca para organizarlo como quisiera.

Le enseñé la revista y le gustó. Le pareció magnífica, muy elegante, el papel *couché*, el Photoshop indiscriminado, la distribución internacional… Tanto le gustó, que estaba dispuesto a comprar parte del accionariado. Mi novio es así, todo a lo grande. (Bueno, es una forma de hablar… todo, todo, todo… No. En lo que te estás imaginando, más bien tamaño XS) .

Ya hemos llegado a un acuerdo económico y han confirmado asistencia: Alaska y Mario, Tamara Falcó, Lomana y Naty Abascal, Nieves Álvarez, Laura Ponte, Ana Obregón, recién llegada de Miami y con novio nuevo, Boris Izaguirre y su leyenda… amén de un largo

elenco de vip… Bueno, va a ser un pelotazo.

Por supuesto ya le he dicho a Mariló que el árabe (todo ROT Manegement cree que son árabes) me ha regalado una pulsera Cartier, así por el morro (sin entrar en detalles). Y Luisma no para de enviarme WhatsApp de agradecimiento. Le devuelvo uno preguntándole si ha hablado con Maca para hacerle saber que lo suyo de bloguera mundial está desactivado y cuál fue su reacción.

Se apresura a responderme: «Por supuesto, ya lo sabe. Te diré que se lo ha tomado fatal. O sea, supercabreada, pero ya le he dicho que nos han impuesto a otra persona los de la productora».

Su último mensaje de hoy. (Espero que sea el último): «Si tuviera que elegir a la mujer más increíble y carismática de este país, no tengo ni duda a quién votaría. A ti, Almu. ¡Eres la mejor!». Y ciento cincuenta emoticonos de corazoncitos, lazos y chorradas.

Hoy jueves, después de comer, salimos de *shopping* al centro. La rubia y la morena dicen que no tienen modelito para la fiesta del Palace. Lo que tendrían que comprarse sería una escafandra, porque, se pongan lo que se pongan, van hechas un adefesio. Llevo toda la puta mañana al teléfono intentando que les hagan un pase privado en cualquiera de las firmas. Por suerte, no puede ser por falta de tiempo. Procuraré que pasemos lo más desapercibidas posibles. Llevo un día con ellas y ya estoy deseando que se larguen. Encima estamos solas. Harek, Nadir y su *troupe* han ido a Barcelona a cerrar un *business* y volverán por la noche. Ottis también les ha acompañado, así que he decidido sacar mi Audi Coupé de paseo por Madrid, para que estas catetas de mierda comprendan de una vez por todas que no tengo nada que ver con ellas. Que estamos a años luz de distancia y que nunca podrán alcanzarme.

Mariló nos ha reservado una mesa en Santceloni. Decorado por Pascua Ortega, cubertería de plata y cristalería de Baccarat. Demasiado selecto y exquisito para ellas. Si al menos hubiera podido esconderlas en el comedor privado. A ellas les ha encantado y parece que tienen ganas de confraternizar conmigo. Seguramente han comprendido que puedo convertirme en la *partenaire* de Nadir y les conviene ser amables y hacerme la pelota. Así me gusta, que doblen el espinazo y muerdan el polvo.

Zulema lleva un traje pantalón blanco dos tallas más pequeño de lo que necesitaría para cubrir sus enormes tetas, una serie de abalo-

rios multicolores y un sombrero de ala corta. Un conjunto tan provocativo como desafortunado. Pero eso sí, el bolso Vuitton último modelo, para mí lo quisiera.

Es un escándalo llevarlas a cualquier sitio, porque todo dios se las queda mirando. Y a mí también, eso está claro. No sé lo que pueden pensar los pijos que nos observan aguantándose la risa. Espero que sean capaces de advertir las enormes diferencias que nos separan, que son más que evidentes.

Sin embargo, ellas miran a la concurrencia con el desdén de dos divas creyendo que arrasan allá donde van. No tienen medida ni sentido del ridículo.

—Es muy relindo este restorán, mi hijita. —Zulema siempre es la más agradecida.

Nuestra mesa es una de las mejores y he pedido Tom Collins para las tres.

—Os gustará. Aquí lo preparan genial. —Levanto ligeramente la copa en señal de brindis

Se miran con una extraña complicidad. Sospecho que tienen algo que decirme.

—Sí, está muy rico —comienza Zulema—. ¿Verdad, Hellen?

La rubia no se esfuerza demasiado. No tiene tanto interés como la colombiana en resultar agradable.

—No sé —dice paladeando repetidamente—. Este cóctel, en las Vegas, se llama King África. Pero está algo flojo. Le falta un poco de… —Prueba otra vez intentando hacerse la cosmopolita—. Yo creo que le falta vodka.

—No lleva vodka —aclaro sin poder ocultar mi fastidio.

Zulema bebe también.

—Bueno, mi niña. No es igual un cóctel de noche que de día. Ahorita tiene que ser más suave. ¿No te parece, Almu?

Se trata de pasar el rato. Me da lo mismo hablar de cócteles que del índice NIKKEI. Entiendo un poco de todo.

—Sí, claro.. Tienes razón…

Zulema deja la copa sobre la mesa y estira los brazos aspirando el aire. Tiene un tonillo cantarín cuando habla.

—¡Hummm! —Sonríe antes de continuar—: Estás resultando ser una gran anfitriona, de verdad que es relindo todo esto…

Pero Hellen no parece dispuesta a dar tantos rodeos.

—¿Y qué tal con Nadir?

¡Ah! O sea que el tema es conocer mis intenciones con Nadir.

—Muy bien. Estoy encantada con él. Es todo sensibilidad y delicadeza.

Esta vez se miran sin disimulo, como si tuvieran que hacer un gran esfuerzo por aguantarse la risa.

—Sí, muy delicado —prosigue Zulema—. Hacéis muy buena pareja.

Supongo que lo siguiente es que reconozcan que tengo mucha clase.

—No lo sé. Ni tampoco sé lo que él piensa. Pero yo estoy muy a gusto con él.

Hellen sigue impacientándose.

—¿No te parece demasiado fino y delicado?

No puedo ocultar mi sorpresa. ¿A dónde quieren llegar?

—No te entiendo.

Zulema hace un gesto a la rubia, conminándola a ser más prudente, pero Hellen se rebela.

—Me parece una estupidez no decírselo de una vez.

—¿Qué pasa? —pregunto sorprendida.

—¿Qué tal te fue ayer en la cama con él? —insiste Zulema con voz suave.

Pero bueno, esto es demasiado.

—Perdona, Zulema, pero esto es algo muy personal y no me parece que…

Hellen me interrumpe con cara de muy mala leche.

—¡Te lo pregunta porque Nadir es homosexual! —estalla sin poderse contener.

—¡No es homosexual, Hellen! —rectifica Zulema—. ¡Era homosexual!

No doy crédito a lo que estoy oyendo.

—¿¿Cómo que es o era homosexual??

¿Por qué me tienen que tocar a mí todos los raros, los niñatos y los locos? ¿Y ahora los homosexuales! ¡No! ¡Me niego!

—Tranquila, mi reina. Vamos a bajar la voz que nos están mirando.

Hellen se vuelve retadora.

—¿Y qué, que nos miren?

Me dirijo a Zulema buscando una respuesta, una explicación.

—¿Qué hace un homosexual acostándose con una mujer? ¿Por qué?

Cabecea con gesto compungido.

—¡Uf! Difícil de explicar.

Se acerca el camarero con una mesa auxiliar rodante repleta de pequeñas bandejas individuales que va colocando cuidadosamente sobre la mesa.

—¡Hummm! Qué rico. Yo siempre pido que me lo traigan todo a la vez. —Hellen comienza a servirse sin esperar a nadie y totalmente ajena al drama que estoy viviendo—. No es difícil. Si quieres te lo explico yo —añade seleccionado cuidadosamente sus preferencias.

—Sí —respondo con rapidez—. Prefiero saberlo cuanto antes y te pido por favor que no me ocultes nada.

Se introduce un bocadito de salmón en la boca asintiendo. Su boca es tan enorme que puede comer y hablar al mismo tiempo sin ninguna dificultad. Sobre todo teniendo en cuenta que tampoco emplea mucha literatura en sus intervenciones.

—Mira, en su país no se puede ser homosexual. Así que su familia ha decidido que viaje por el mundo y que tenga relaciones sexuales con mujeres y, cuando se le pase, que vuelva.

Sigo aturdida y estupefacta.

—¡Pero no puede ser! Eso no se le va a pasar nunca. ¡No es un catarro ni una varicela! ¡Qué situación… es terrible!

Zulema intenta intervenir, pero Hellen no se lo consiente.

—Lo que pasa es que tú nos has parecido… —Hace una pausa para limpiar su enorme boca—. No sé, poco adecuada para él. ¿Verdad, Zulema? O sea, muy como él, demasiado. Creo que aquí se dice pija, ¿no?

—A ver, Almu, Hellen ha sido muy bruta.

—Oye —protesta la rubia—. Te recuerdo que me ha pedido que lo suelte todo.

Después sigue comiendo con delectación como si tratáramos el tema más frívolo y banal del mundo.

A Zulema y a mí se nos han quitado las ganas de comer. Concretamente, yo estoy empezando a sentir naúseas.

—Verás, Almu, eso no es así —retoma Zulema—. A él le has gustado mucho. Le pareces elegante y culta y, según nos ha dicho Ha-

rek, está ilusionado contigo.

Su comentario me parece falso y de puro compromiso. Quiero saber lo que realmente piensa Harek.

—¿Qué dice Harek?

Zulema bebe un sorbito de su cóctel, como si necesitara volver a recuperar fuerzas.

—A Harek le gustaría saber qué tal fue… o sea, cómo se comportó contigo en la cama.

Hellen, inflexible y escéptica vuelve a cabecear.

—Vamos a ser sinceras, Zulema. Lo que piensa Harek es que Nadir necesita otro tipo de mujer, más como nosotras. —Se señala a sí misma y luego a Zulema—. Más mujeres, más hechas, menos pijas y menos blandas que ella. —Termina por señalarme a mí.

Estoy a punto de perder el conocimiento. Esto es demasiado, pero necesito saberlo.

—¿Se ha acostado Nadir con vosotras?

Se miran y no responden.

—¿O sea, que sí?

Hellen se encoge de hombros

—¿Pero no vais a comer? ¡Está todo delicioso! Vamos a pedir *champagne*. —Hace una señal al camarero.

—Una botella de Pommery Brut Rosé muy frío y más bocaditos de salmón, por favor.

Zulema ya no puede resistirse más y comienza a servirse pequeñas raciones de tempuras variadas en su plato.

—Zulema, ¿se ha acostado Nadir con vosotras? — insisto—. Dímelo, por favor

—Sí —asiente.

—¿Con las dos? —vuelvo a preguntar.

—¡Uy! —responde Hellen—. ¡Con las dos por separado y con las dos a la vez! Oye, ten en cuenta que Nadir necesita una terapia completa.

¡Oh, Dios! Creo que no podría volver a acostarme con él ni aunque me regalara todo el tesoro de Alí Babá y el catálogo Cartier completo.

—No sé si podré acompañaros de compras. Lo siento, estoy apabullada.

Hellen me observa con cara de asombro. Sigue devorando boca-

ditos de salmón como una trituradora.

—No sé qué significa apabullada, pero ni se te ocurra dejarnos colgadas. Yo quiero un vestido palabra de honor como los que lleva la reina Letizia.

Parece que a Zulema, de pronto, la tempura le ha despertado un apetito voraz. Comienza a servirse de todas las bandejas sin tregua.

—Perdona, *darling*… pero te recuerdo que pesas veinte kilos más que Letizia… ¿Por qué no llega el *champagne*? —Se vuelve dispuesta a llamar de nuevo al camarero—. ¡Ah! ¡Aquí está!

Hellen sonríe feliz contemplando la maniobra de apertura de la botella con los carrillos como un hámster.

—Muy bien, *garçon*… Llénala hasta el borde —pide mientras coloca su copa vacía en el aire.

Zulema la imita.

—¿Por qué dices *garçon*? Eso es en Francia.

Hellen vacía la copa de un solo trago.

—Te pasas el día corrigiéndome. Estoy harta. Y no peso viente kilos más que Letizia. Eso es una puta mentira.

Miro horrorizada al camarero, que aguanta la risa a duras penas.

—¿Señorita? —pregunta antes de servirme.

—Sí, por favor.

Zulema vuelve a la carga.

—¡Es que, cómo eres, Hellen! No has esperado ni para brindar.

—Oye, ya hemos brindado antes.

—¿Necesitan alguna cosa más?

Tengo que sobreponerme y tomar de nuevo las riendas de este vodevil barato.

—No, gracias, ya le avisaremos. —El camarero desaparece dejándome sumida en la perplejidad.

Zulema retoma fugazmente la cordura.

—No te vuelvas loca pensando. Las cosas, cuanto menos las piensas, mejor. ¿A que sí, Hellen?

Hellen ni se molesta en contestar. A su juicio están dedicando demasiado tiempo a una pija estúpida que es capaz de mosquearse porque su jefe eche un polvo con quien le salga de los cojones.

Se encoge de hombros.

—Lo que tendrías que hacer es camelarte a Nadir y dejarte de soplapolleces.

Zulema le mira atónita.

—¿Sopla qué?

—Soplapolleces.

—¿Quién te ha enseñado esa palabra?

—Ottis —responde satisfecha—. Y me encanta: soplapolleces —repite—. Quiere decir que vayas a lo tuyo y te dejes de chorradas. ¿Qué te ha regalado Nadir por echar un polvo con él?

A pesar de todo, estoy aguantando muy bien el tipo. Ellas lo llevan todo con tanta naturalidad que creo que lo voy consiguiendo. Es más, será un síndrome de Estocolmo incipiente, pero, cuanto más lo pienso, creo que Hellen tiene razón.

—¿Quién te ha dicho que me ha regalado algo?

—¡Uy, mi hijita! A todas nos ha regalado —interviene Zulema.

—Una pulsera Cartier —digo mostrando mi muñeca.

La miran sin demasiada curiosidad. No les debe parecer nada del otro barrio.

Hellen sigue a lo suyo.

—Sí, es bonita… Pero ni te imaginas lo que le podrías sacar.

—¿Tú crees?

Zulema no quiere quedarse atrás en unas valoraciones de tanto alcance.

—¡Uf! Seguro. Nosotras llevamos con Harek casi dos años. Pero bueno, tienen otras muchas *amigas* repartidas por el mundo. Y de muchos estilos.

Hellen está algo contrariada. Parece dispuesta a defender su territorio con uñas y dientes.

—Sí, pero no te creas. Al final se han decidido por mujeres como nosotras. Ya te lo he dicho, con más cuerpo y, sobre todo, con más tetas.

La última frase: «Sobre todo con más tetas», causa el mismo impacto devastador que una bomba de neutrones. De pronto, se hace un silencio espeso, y siento la torva mirada de las dos furcias clavada en mis preciosos y proporcionados senos. No sé si estoy más indignada que estupefacta, o viceversa, pero no respondo de inmediato, sigo esperando acontecimientos.

—Es que para su gusto —prosigue Hellen intentando afinar su comentario—, no tienes nada de pecho. Estás plana, perdona que te lo diga, pero no tienes tetas. Y una mujer sin tetas, ¿adónde va?

Zulema piensa que el tema se les está yendo de las manos.

—A ver, Almu, que no queremos ofenderte. Es por tu bien. Si no te hubieras acostado con él, no te diríamos esto, pero…

—Es que yo me quedé de piedra —interviene de nuevo Hellen— cuando me enteré de que te habías encamado con Nadir…. Nosotras creíamos que tú ibas de otro palo.

Pero ya no las escucho. Lo de las tetas me parece muy fuerte. Han sobrepasado todos los límites. Siento más miedo por ellas que por mí. No saben que puedo pasar de cero a cien en tres segundos como mi Audi TT Coupé y cepillarme todo lo que se me ponga por delante. Como sigan elucubrando y tocándome las pelotas las pongo en su sitio y mando a Nadir a tomar por el culo, que es donde tiene que estar.

Respiro hondo, necesito tranquilizarme y priorizar conceptos. Pienso en Tony, en mi bajada de sueldo, en Alfonso, en Noelia, en Eduardo, en Paula, en lo feliz que sería si me degradasen en un acto público ante todo ROT Management. Pienso en mantener mi estatus y en lo que estos depravados de mierda pueden significar en mi cuenta de beneficios. No puedo echarlo todo a perder por dos furcias sin estilo, sin clase y con unas tetas descomunales y deformes.

—Estoy alucinada con vosotras —digo al fin.

Siguen comiendo y bebiendo sin tregua. La rubia acaba de eructar.

—Pero ¿a que nos entiendes? —pregunta abriendo los brazos en el aire

Zulema cabecea aportando un nuevo dato de interés.

—No es difícil entenderte. Hellen es española y no se llama Hellen, sino Juana —aclara volviéndose hacia mí.

—Jenny —corrige la rubia.

—¿Española? —pregunto como si algo tan absurdo pudiera interesarme.

—Sí, mi padre es gallego y mi madre canaria, pero mi *manager* de Las Vegas me puso Hellen Mirror. ¿Suena bien, verdad?

Zulema traga con dificultad lo que tiene en la boca para apostillar con toda intención.

—Bueno, llamar *manager* a ese canalla… —Vuelve a dirigirse a mí—. La estafó, la arruinó y la puso a trabajar en la calle… ¡Bah! Era su chulo —concluye con un gesto despectivo.

Esto no puede ser real. Aquí hay algo que me ocultan y que yo no puedo controlar. No es posible que dos megamillonarios libios, australianos o neozelandeses tengan como amantes, aunque sea ocasionales, a dos putas de barra americana, llevándolas y trayéndolas por el mundo en un *jet* privado con grifos de oro, dos salones, *spa* y mesa de billar.

Los impactos son tan fuertes que, por extraño que parezca, me voy tranquilizando.

—Perdona, Zulema, ya que sois tan directas voy a haceros una pregunta.

—Claro. —Asiente mordisqueando la uña de un percebe.

—Espero que no os moleste.

—Seguro que no, venga.

—¿Dónde los conocisteis y cómo os eligieron de acompañantes?

La rubia se ríe abiertamente.

—Ja, ja, ja. Quieres decir cómo un millonario que puede elegir a la tía que le dé la gana, nos elige a nosotras, ¿verdad?

Zulema parece extrañada. Ella, al fin y al cabo, fue Miss Colombia.

—No entiendo por qué te parece raro.

—Pues porque la señorita piensa que nosotras somos dos arrastradas, guapa, a ver si te enteras.

Zulema me mira con los ojos desorbitados.

—¿De verdad?

No tengo ni que esforzarme en responder. De pronto, alguien se detiene frente a nuestra mesa. Su sombra se proyecta débilmente distorsionada entre las bandejas. Levanto la mirada y no puedo dar crédito a lo que veo.

—¡Hola! —dice cruzándose de brazos.

¡Hostia! ¡Es Maca!

Con su larga melena de onduladas mechas al viento, sus gafas de sol Betty Boop y un horrendo conjunto verde agua parece de la misma secta que mis acompañantes.

Finjo una sonrisa lo mejor que puedo.

—¡Vaya! ¡Qué casualidad! ¿O no es tanta casualidad?

Está más rígida y más cabreada que una mona.

—Todo puede ser.

No hace falta ser muy lista para percibir que se masca la trage-

dia, y en ese momento soy perfectamente consciente que si la rubia y la morena tuvieran que posicionarse por alguna de nosotras, lo harían a favor de ella. Siento en la mirada de Zulema y de Hellen no solo curiosidad, sino hasta una cierta simpatía.

Los iguales se reconocen entre sí.

—Te invitaría a sentarte, pero es una comida de trabajo —respondo con una sonrisa absolutamente hipócrita.

Está nerviosa, pero eso no va a impedir que suelte todo el veneno que lleva dentro.

—Tampoco me sentaría al lado de una zorra como tú.

La rubia y la morena toman posiciones sobre la mesa. Se apartan ligeramente, no sé si para tener una mejor visión de conjunto o temiendo que la recién llegada saque del bolso una recortada como Michael Douglas en *Un día de furia*.

En un intento desesperado por salvar los muebles, apelo al sentido del ridículo que todos llevamos dentro.

—¿No te parece que te estás poniendo en evidencia?

—¿Y a ti no te parece que me iba a enterar de tu sucia jugada? ¿Cómo se puede ser tan rastrera? Pero te va a salir muy mal. Por mis muertos. De eso me encargo yo.

Sé que Hellen está a punto de intervenir, no sabe con qué excusa, pero parece decidida a todo. Y si la mira con simpatía es porque piensa que Maca sería una perfecta *partenaire* para Nadir, con su horrible conjunto verde agua y sus tetas desproporcionadas. Mucho mejor que yo, que voy de fina y de pija por la vida.

Por fin parece que se decide.

—¿Por qué no te sientas y lo hablas con tu amiga? Por nosotras no hay inconveniente, ¿verdad, Zulema?

Zulema mueve la cabeza como uno de esos perros de adorno que ponen en los coches.

—Claro, claro, ningún problema.

Maca las mira con curiosidad. No imagina que pueden ser las invitadas de los jeques árabes, porque nadie en su sano juicio podría imaginarlo. Afortunadamente para mí, porque de lo contrario, se sienta seguro.

—No, muchas gracias. Pero tened cuidado con ella. No es de

fiar. —Y añade mirándome fijamente, para regocijo de las furcias—: Pero que sepas que lo mismo que me has traicionado a mí, a ti te la han metido doblada.

¿A qué se refiere? Seguro que no miente, alguien se ha ido de la lengua. ¿Pero quién? Me pregunto llena de odio y deseos de venganza. ¿Luisma? ¿Mariló? ¿Paula?

—Sé a quién te refieres —miento intentando sacar ventaja.

—No te hagas la lista, porque no tienes ni zorra idea…

La verdad es que estoy acojonada. Soy consciente de que mi posición en el tablero está cambiando a pasos agigantados. Lo mismo me da otra diarrea aquí mismo ¿Quién ha podido hacerme una putada?

Señor, qué mala es la envidia.

—Me da igual. —Termino con gesto despectivo—. Ya estás tardando en irte, guapi.

—Claro que me voy… Me voy hasta el viernes, que nos encontraremos en la fiesta de la embajada italiana.

Zulema parece reaccionar.

—¡Ah! ¿Tú también vienes a la fiesta de la embajada?

Hellen va más a saco.

—¡Qué bien! ¿No? Ya me apetece. Seguro que allí aclaráis el malentendido.

Esto sí que no me lo esperaba. Se me ha puesto un nudo en la garganta. Tengo ganas de llorar de rabia y desesperación.

Maca ni siquiera se despide. Gira sobre sí misma con extraordinaria agilidad para su envergadura y camina con paso fuerte y decidido hacia la salida.

—¡Uf! Qué carácter —dice Zulema con una media sonrisa oculta en sus ojos.

Hellen no pierde comba.

—Ya puedes tener cuidado. No sé lo que os ha pasado, pero esta te lo va a poner muy difícil.

Y de pronto, al escucharla, algo se revuelve dentro de mí. Y no me refiero a mis tripas, que curiosamente parecen tranquilas, sino a mi cerebro. Sé que alguien dentro de mí va a responder algo que yo no deseo responder, pero no puedo evitarlo. Es un clarísimo desdo-

blamiento de personalidad. Me siento como la Doña Rogelia de Mari Carmen y sus muñecos.

—Y vosotras encantadas de que me monten este pollo, ¿verdad? Para ir perdiendo el culo a contárselo a Harek y a Nadir y dejarme por los suelos, ¿eh? Os tengo caladas, sí. ¡Desde el primer momento habéis ido a por mí! —grito sin ninguna consideración a mi clase, a mi glamur, a mi estatus.

Zulema tiene la boca tan abierta que parece incapaz de articular palabra. Por eso responde la rubia.

—¡Mentira! Tú sí que nos has mirado por encima del hombro como si fuéramos unas tías vulgares y tú una princesita. ¡Pues de eso nada! ¡Que sepas que eres muy pedante y muy aburrida y a Harek no le gustas nada! —Aparta con rabia su plato—. ¡Y a ti lo único que te ha jodido es que te hayamos dicho que no tienes tetas!

Sospecho que esto ya no tiene remedio y me voy a lanzar al barro de cabeza.

—¿Que a mí me ha jodido que digas eso? Jamás se me ocurriría tener en cuenta una opinión estética tuya, ni para comprar una escobilla de váter. Y te aseguro que tengo dinero suficiente para ponerme el tamaño de tetas que me salga del coño, ¿te enteras? Pero antes que ponerme las que tienes tú, me hago una operación de cambio de sexo, te lo juro.

Observo cómo el camarero se acerca despacio hacia nosotras, pero para mí ya nada es real. Vivo el instante como un sueño. Todo ocurre en un lugar que no reconozco.

Hostia, me lo he cargado todo… ¿Qué puedo hacer?

Parece que Zulema vuelve en sí. Y no sé por qué, me da la sensación de que tampoco a ellas les interesa mucho este escándalo. Eso sí, me van a putear seguro.

—Por favor, ¡callaos que viene el camarero!

Eso tendría que haberlo dicho yo. He perdido los papeles completamente. *¡Oh my God!* No me había pasado algo así en mi vida.

—¿Todo bien, señoritas? ¿Necesitan algo más? —Es el *maître* quien pregunta con expresión demudada.

Intento tomar de nuevo las riendas de la situación.

—Sí, gracias, todo bien, no se preocupe. Ha sido algo inesperado y muy desagradable. Ya nos vamos.

—¿Cómo que nos vamos? —interrumpe Hellen con gesto agrio

—. Yo tengo hambre y pienso seguir comiendo.

—*Okey*, ningún problema. —Busco mi cartera y tiendo al *maître* mi visa oro y mi tarjeta personal.

—Lo siento, yo tengo que marcharme. Cóbreme. Y si las señoras desean tomar algo más, páseme la factura, por favor.

—Muy bien, gracias —dice retirándose con una leve inclinación.

Zulema no se da por vencida. Al fin y al cabo, sus tetas no han salido tan mal paradas como las de la rubia.

—Almu, no puedes irte… Por nosotras todo está olvidado.

Pero mi dignidad, mi orgullo, o como cojones quiera que se llame la mala hostia que tengo en este momento, me impiden aceptar su propuesta conciliadora.

Hellen no responde, sigue comiendo percebes reconcentrada en sus pensamientos.

—Habría mucho que hablar. Yo no olvido tan fácilmente.

Me lo pone a huevo.

—No creo que tengamos nada más que hablar. Yo por mi parte renuncio a seguir en este proyecto. Llamaré inmediatamente a mi oficina para que os envíen una sustituta ahora mismo.

Ni siquiera espero en la mesa a recoger mi tarjeta de crédito, la pediré en recepción. Me levanto con toda la elegancia de la que soy capaz y me dirijo a Zulema.

—Siento lo que ha pasado. Adiós, Zulema, y buena suerte.

La única satisfacción que me queda de todo esto, es que no tendré que acompañarlas de *shopping* por la tarde.

Me coloco las gafas de sol, porque a duras penas puedo contener el llanto. Estoy a punto de ponerme a llorar a lágrima viva, a gritos, a golpearme contra las paredes y a rasgarme las vestiduras.

Joder, joder, joder… ¿Cómo ha podido pasar? He caído en la burda trampa de la rubia descerebrada. Tengo que hacer algo. No puedo llamar a Tony ni a Alfonso para decirles que he insultado a las invitadas del cliente más megamillonario de la empresa y que las he dejado tiradas en un restaurante.

De pronto, en algún recóndito lugar de mi mente ciclotímica y bipolar se hace la luz.

¡Ottis! ¡Llamaré a Ottis! Seguro que sabrá qué debo hacer! He visto con qué afecto y complicidad le saludaban todos en el aeropuerto. Es un empleado de toda su confianza. ¡Sí! Ottis va a ser mi

salvación, como lo fue el chófer para Pretty Woman. ¡Claro! ¡Por eso me recordó a él cuando vino a buscarme en la limusina! Era como una anticipación de todo lo que iba a ocurrir.

Busco compulsivamente su contacto en el móvil y no lo pienso dos veces. Llamo. Son casi las cinco de la tarde.

Su voz es tan cálida como la de un solista de gospel.

—¿Señorita Almudena? —pregunta extrañado.

Pero yo no puedo responder. Siento de pronto que una congoja ronca y oscura me sube hasta el gaznate.

—Sí —digo a duras penas en medio de hipos y desgarros.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

—¡Buaaahhh!

—¡Señorita Almudena! ¿Está usted bien?

Silencio breve para intentar recomponer mínimamente mi identidad. Es increíble. No he tenido ni que fingir que estoy llorando.

—Sí. Ottis, lo siento… Es que estoy…

—A ver, tranquila. La escucho.

Tanto perfume y tanta hostia y no llevo ni un puto Kleenex en el bolso, me tengo que limpiar los mocos con la mano.

—No sé si puede atenderme, Ottis…

—Sí, claro que puedo, no se preocupe. Estoy esperando que terminen de comer y después cogemos el avión. ¿Qué ha pasado?

Y otra vez siento la congoja en la garganta. Es su voz tan acogedora la que me provoca esta angustia.

—Perdone… es que estoy muy afectada.

—A ver, la escucho —repite con infinita paciencia.

Suspiro hondo para intentar terminar un par de frases completas.

—Verá, he tenido una terrible discusión en el restaurante con Zulema y Hellen. —Hago una pausa y prosigo entrecortadamente—. Nos hemos insultado, pero han empezado ellas, se lo aseguro, yo solo me he defendido. También me han dicho que Nadir es homosexual, y que yo soy pedante, aburrida y que no tengo tetas. Y yo les he dicho que sus tetas son horribles. Bueno, sobre todo las de Hellen.

Esta vez es Ottis el que permanece en silencio unos segundos. Seguramente rebobinando para descifrar si verdaderamente ha escuchado lo que ha escuchado.

—Pero…

—Sí, Ottis… No sé cómo ha ocurrido, pero ha ocurrido ¿Qué puedo hacer? No quiero que *mister* Haziz rescinda el contrato con mi empresa. Yo… Yo… ¡¡buaahhh!!

—Tranquila, señorita Almudena, todo se arreglará.

—¿De verdad? Ottis yo sé que usted es una bellísima persona, lo intuí el día que vino a buscarme.

No sé si es una bellísima persona, pero Ottis es un hombre y los hombres tienen otra eficacia y otra practicidad a la hora de enfrentarse a situaciones absurdas como esta.

—Entendido. ¿Dónde están ellas ahora?

—No lo sé, Ottis. Las he dejado en el restaurante. Bueno, he pagado yo la cuenta —añado por si eso obra a mi favor.

—Bien, no se preocupe. Nadie va a rescindir el contrato con su empresa. Yo me encargo de eso.

—Es que mañana es la fiesta en el Palace… Y ellas no sé si tienen ropa adecuada… ¡Oh, Dios!

—Llegaremos a Madrid hacia las ocho de la tarde. Vaya al hotel y espérenos allí. Yo aviso también a Zulema y a Hellen.

—Ottis, no sé cómo darle las gracias. —Nuevos hipos irrefrenables distorsionan cómicamente mi voz—. Snifff. Graffciassss, grafffciiiasff. Snifff. Congfiooo en aussteed, Otttis… Nunnngaa lo olvigdarée. Sniff… snifff…

10. El humo (de un porro) ciega mis ojos

Llevo toda la tarde intentando hablar con el tarado de Luisma y no lo consigo. Me da mala espina. No quiero ni imaginar que haya podido traicionarme. Sin embargo, por increíble que parezca, ahora mismo toda mi preocupación es saber si Nadir estará pensando en acostarse conmigo esta noche. No tengo ninguna intención de meterme en la cama con él. La sola idea me repugna. Puedo ser promiscua y libertina, pero no soy una depravada. Mis códigos éticos están plenamente vigentes.

Códigos aparte, lo más inaceptable de todo, lo más deprimente y lo más cutre que me puede pasar en la vida es que alguien sea capaz de simultanearme con dos tiparracas como esas. Eso es muy *heavy*. A pesar de toda mi experiencia vital no estoy preparada para una humillación de esa naturaleza. Así que, definitivamente, que se lo monte con ellas o que se la machaque con un bate de béisbol. Me la sopla y me la suda, pero que no cuente conmigo. Aunque lo mismo está que bufa contra mí. Porque a saber la falaz y demencial versión de los hechos que habrán dado esas dos impresentables. No quiero ni imaginármelo. Me habrán puesto a parir. Menos mal que cuento con Ottis, confío ciegamente en él. Estoy segura que se le ocurrirá algo milagroso, mágico y clarificador que modificará por completo el curso de los acontecimientos. Repito el mantra de Natalia Vodianova: «La suerte nunca abandona a una mujer afortunada». O algo así, en este momento no estoy yo para recordar mantras.

Dentro de media hora me esperan en el *hall* del Ritz. No sé exactamente quién ni para qué, solo sé que estoy profundamente arrepentida de mi poca capacidad de respuesta y de mi falta de *fair play*. Por mi parte, iré dispuesta a mentir y a fingir con tal de recuperar, aunque solo sea una décima parte, una ínfima parte del estatus y el respeto profesional que tenía hace apenas cuatro horas.

Es demencial que no haya conseguido hablar con nadie. Ni con el tarado de Luisma, a quien he dejado varios mensajes de voz tipo: «Maca ha aparecido en escena, llámame, emergencia total». Ni con

mi secretaria, ni con Alfonso. No lo entiendo, la única posibilidad es que estén todos juntos haciendo una cama redonda.

Con Tony ni lo he intentado. Aunque algo me dice que, a estas alturas de la historia, está al tanto de todo. Y, sin embargo, no me llama. No puedo engañarme. Esto es muy grave.

¡Oh, por fín! ¡Suena mi móvil! ¡No es Luisma! ¡Es Ottis! Siento que me tiembla el pulso y la voz.

—¡Sí, Ottis! Gracias por llamarme. Ahora mismo estaba pensando en usted.

—Bueno, no se preocupe. Todo está arreglado.

—¿De verdad? ¡Qué alegría, Ottis! ¿Qué ha pasado?

—Bueno… Ha sido una tarde muy movida. Después de que usted se marchara del restaurante, Zulema ha llamado a su empresa.

De nuevo me invade una extraña sensación de irrealidad, de sueño, de pesadilla… O sea que todo se ha jodido.

—¿Cómo que a mi empresa? Si ella no sabe cuál es mi empresa.

—Sí, sí lo sabe. Primero ha llamado a *mister* Haziz y este ha llamado a su contacto, creo que debe ser un político importante… un tal Alfonso.

—¡Alfonso! ¡¿Alfonso, un político importante?! —grito.

—Sí, eso es, Alfonso. Y, bueno, pues lo han arreglado de la mejor manera posible, para que su empresa pueda seguir ocupándose de los asuntos de *mister* Haziz.

Apenas sale de mi garganta un hilo de voz.

—¿Y cuál es la mejor manera posible?

Breve silencio al otro lado.

—Han enviado a una persona al restaurante a recogerlas y ahora está con ellas.

—¿Cómo se llama esa persona, Ottis?

—Sé que es una mujer, pero no me han informado de su nombre.

¿Quién será? ¿Quizás Paula? ¿Mariló, mi secretaria?

—Pero ¿quién? ¿Y qué pasa conmigo, Ottis?

De nuevo un silencio sideral que rompe con un tono que intenta ser convincente y jovial.

—Póngase guapa, Almudena y venga esta noche al Ritz a las ocho.

Lo que me voy a poner es a llorar a gritos de un momento a

otro.

—¿Para qué?

—Para hablar con Nadir. Él la espera.

—¿Cómo que me espera? ¿Qué quiere decir?

—Yo he hablado con él y le he explicado el disgusto que tiene usted. Ya le dije que era un hombre sensible y afectuoso… y que la aprecia mucho.

Voy a llorar… Voy a llorar… Voy a llorar. En cuanto me dan un poco de cariño me pongo intratable. Aprieto con fuerza los labios para aguantar las lágrimas.

—Ottis, no sé si iré… pero gracias.

—Nadir la espera.

Corto la comunicación pensando, por supuesto, en qué bragas me voy a poner para mi cita con Nadir. Él es mi única salvación. Mi siguiente pensamiento es para el tarado de Alf.

Le dejo otro mensaje de voz: «Alfonso esto es una emergencia. ¿Por qué cojones no coges el teléfono?».

Cuelgo, y al instante recibo su llamada. No hay nada como ser concisa y expeditiva.

—¡Alfonso! ¡Por fin!

No está de humor, tiene la voz cansada y está de mala hostia.

—Llevo toda la tarde reunido con gente de la cúpula. A ver, ¿qué quieres?

No recuerdo esa actitud grave y distante en Alf desde el día que le envié por error un SMS subido de tono dirigido a Ricardo (mi amante). Quiero decir *muy subido de tono* y que, por cierto, fue la causa de nuestro divorcio.

—¡Oye! ¿Ni siquiera vas a preguntar qué ha pasado?

—Eso no me interesa.

—¿Ah, no? Cojonudo.

No se ablanda ni recula. Me parece que se le está subiendo el cargo a la cabeza.

—No, lo cojonudo es dejar a dos clientas extranjeras colgadas en un restaurante y marcharte después de insultarlas. —De pronto baja el tono de voz—. ¡Eso es lo cojonudo y lo alucinante!

O sea que esa es la versión oficial. Que insulté y maltraté a dos mujercitas indefensas perdidas en un país extranjero.

—Perdona, Alfonso, ni son extranjeras ni están colgadas. Son dos

putones fellinianos, dos pendones de puticlub de carretera con más conchas que la catedral de Santiago. ¡Joder con las mujercitas indefensas! —Me va a responder algo, pero se me olvidaba lo más importante—. ¡Ah! Y las primeras que insultaron fueron ellas. ¡Yo solo intenté defenderme.

Pero él sigue a lo suyo.

—¡Que no me importa lo que haya pasado, ni quien haya empezado, Almudena! ¡Que tú no podías largarte! ¡Y ya está! El que tiene tienda, que la atienda.

En eso tiene razón. Vaya, ya echaba de menos alguno de sus aforismos alusivos y molones. Por cierto, cuánto tiempo hacía que no me llamaba por mi nombre completo. Pues eso, desde el día que le mandé por error el mensaje dirigido a Ricardo.

Y ahora va la pregunta del millón:

—¿Quién está ahora con ellas?

—¿Qué más te da?

—¿Qué pasa, que me habéis despedido?

—No lo sé. No depende de mí.

—Vale, no me importa. Luego tengo cita con Nadir.

—¿Quién es Nadir?

—El hermano de Harek. He tenido un rollo con él.

Yo creo que ese tipo de comentarios le siguen jodiendo. Igual, en el fondo, se lo he dicho por eso.

—Mejor para ti. Falta te va a hacer.

—¿Ah, sí? Has estado muy borde conmigo, Alfonso. Y te agradecería que me dijeras quién acompaña ahora a esas furcias…

Respira profundamente.

—Pues mira, de perdidos al río. Están con tu amiga Macarena y, por cierto, acabo de enterarme por tu secretaria que no os habláis. Lo siento, eso sí que no lo sabía.

—¿Quéee? ¡¡¡¿Maca?!!! ¡¡¡No me lo puedo creer!!!

Un escalofrío largo y punzante me recorre la espina dorsal. Fíjate que me lo temía y lo sospechaba. Esas cosas pasan. No sé si lo sospechaba más que lo temía o viceversa. Los miedos y las dudas se retroalimentan. Es como si con tus temores llamaras a la desgracia. Y la desgracia, que es una hijadeputa, siempre está deseando venir. Por eso llega cagando leches.

Parece dispuesto a darme una versión completa de los hechos.

—Me ha dicho tu secretaria que Maca se presentó en la oficina como si viniera de tu parte por el tema de la fiesta y ella no desconfió, la puso al tanto de todo.

—Qué zorra y qué falsa. ¿Pero quién cojones le dijo a ella lo de la fiesta?

—Lo de la fiesta se lo dijo Luisma. Y cuando pasó lo del restaurante, creo que Tony estaba desesperado y llamó.

No le puedo consentir que siga hablando.

—¿A quién llamó? ¿Pero por qué Tony no me llamó a mí?

—Pregúntaselo a él. —No rebaja ni un ápice la tensión—. A lo mejor porque está un poco escaldado contigo. ¿No te parece?

—¿Quieres decir que tiene los huevos escaldados? ¿No será escalfados?

No responde a mi pregunta ni va a perder conmigo más tiempo del imprescindible. Está de muy mala hostia, y responde despacio como si hablara con una descerebrada.

—Si me dejas, te lo explico. Tony llamó a Luisma porque tú le dijiste que iba a colaborar contigo en el tema de la fiesta en el Palace. Ya te he dicho que Tony estaba desesperado y no tenía a nadie a quien mandar a recogerlas al restaurante. Hasta pensó que fuera tu secretaria, pero al final no le pareció oportuno y fue entonces cuando Luisma le propuso a Maca, porque es una tía que sabe estar.

—¿Qué sabe estar? ¿Dónde sabe estar? No te jode, que sabe estar —repito machaconamente—. Como mucho sabrá estar sentada en una silla.

De pronto advierto en su tono un cierto sarcasmo. Sé que me la tiene jurada. Alfonso nunca me ha perdonado lo de Ricardo.

—Pues no es por hurgar en la herida, pero creo que las amiguitas de Harek están encantadas con ella.

No me ofende su comentario. Estoy pensando muchas cosas a la vez. Luisma es una rata de cloaca que en cuanto olió el peligro saltó del barco. Pero la culpa es mía por confiar en él.

Todo pelota es un traidor en potencia.

Ya tengo todo el puzle montado. Tony pasa de mí como de la mierda porque cree que ya no me necesita. Y no se equivoca. Alfonso y Luisma se comerán la tostada y lo mismo contratan a Maca

como relaciones públicas de ROT Management. Bien, serenidad. Yo creo que a mí este tipo de episodios límite me ponen cachonda, de lo contrario no tiene explicación la sensación de calma chicha que me invade.

—¿Estás ahí? —pregunta Alfonso algo extrañado por mi prolongado silencio.

—No se dice: «¿Estás ahí?». Se dice: «¿Hay alguien ahí?».

—No te entiendo.

—Es lo que se pregunta cuando llegas a un planeta desconocido. O cuando pasas a otra dimensión espacio-temporal. Pero no creo que tú necesites saberlo. A ti nunca te va a pasar eso.

—No me toques los cojones, Almudena.

—¿Igual te gustaría, no?

Ahora quiere demostrarme que es capaz de comportarse mejor que yo, y que, por mucho que le esté jodiendo, él tiene mucho aguante y nunca hubiera dejado a dos pobres mujercitas solas y abandonadas en un país extranjero.

—Bueno, tengo trabajo. Hablamos.

—¡Alfonso!

—¿Qué?

—¿No vas a decir: «Donde no hay mata, no hay patata»?

—Adiós, Almudena.

Cuando corta la comunicación me invade una especie de laxitud melancólica-nostálgica de profundidad sideral. Es verdad que ahora mismo me sentaba en el bordillo de la calle y me ponía a llorar a lágrima viva hasta que algún príncipe encantado disfrazado de policía municipal o de agente de movilidad viniera a rescatarme. Pero aguanto el tirón como una jabata.

Me quedan dos horas para ir a casa y cambiarme antes de encontrarme con Nadir. Llamaré a Luisma, pero sin prisa.

De pronto, de una manera impulsiva, busco el contacto de Eduardo y presiono la tecla de llamada. Me responde enseguida.

—Hola, Almu.

—Hola Eduardo, te agradezco que respondas la llamada de la leprosa.

—Ja, ja, ja. ¿Sabes que eres muy divertida?

Qué ilusión me hace escuchar su voz.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto…

—Todo ha sido una catástrofe.

—No lo creo. Seguro que sales de esta.

Me sorprenden sus comentarios. Los dice con tanta seguridad que consigue hacérmelos creer con más verosimilitud que el mantra de Natalia Vodianova.

—No sé lo que te habrán contado, Eduardo.

Parece que el tema le divierte, pero no de una manera mezquina o rastrera, sino desde una perspectiva positiva y lúdica.

—Ja ja, ja. Si buscabas notoriedad, puedo asegurarte que estás en boca de todo ROT Management.

—Ya me lo imagino.

—Seguro que no te imaginas la cantidad de versiones que circulan por aquí.

—Gracias por decírmelo. Necesitaba una voz amiga. Creo que ha sido Luisma el que me ha dejado en la estacada.

—No te creas. Ha sido un cúmulo de circunstancias. Lo peor… —Hace un breve paréntesis—, aunque seguro que no hace falta que te lo diga, es que las dejaras colgadas en el restaurante.

—Ya, ya lo sé… Como diría mi ex: «El que la hace, la paga».

—¿Qué planes tienes ahora?

—Bueno, todavía tengo alguna carta que jugar.

—Me alegro, de verdad.

—Ya lo sé, Eduardo, gracias.

Iba a decirle: «Fue bonito mientras duró» pero al final no he sentido esa necesidad. Es muy curioso. En unas horas todo ha cambiado. Un hecho exterior, ajeno, impremeditado, impredecible, ha modificado incluso mi relación con Eduardo. No creo que vaya a quedar con él de nuevo ni parece que él quiera volver a quedar conmigo. Y, sin embargo, no me entristece demasiado. Parece que estoy haciendo un cursillo intensivo de superación personal. Hasta tendré que superar que vuelva con la petarda de Paula. Porque va a volver, seguro. Ella se lo va a trabajar a fondo y él pasará por el aro. Está cantado, creo que Eduardo también lo sabe.

Recuerda que los tíos son muy prácticos y tienen poca imaginación.

Ya sé que es un tópico, pero en todo tópico subyace una realidad. ¿Y dónde va a encontrar Eduardo una lerda que le aguante la cornamenta que le va a seguir poniendo? Pues eso.

Ya te digo que me la sopla que se casen en los Jerónimos con alfombra roja y banda de música.

Es muy curiosa la capacidad de supervivencia y adaptación al medio que tiene el ser humano. En este momento solo tengo una cosa en la cabeza. Mejor dicho, dos cosas: Acudir a mi cita con Nadir lo más arrebatadora posible y decidir si me pongo el Missoni estampado en ocre, naranja y granate o el conjunto de gasa de seda de Galliano. Nada más, con eso me basta. Aun tengo una baza que jugar y no pienso desperdiciarla.

Son las ocho y veinticinco de la tarde y el *hall* del Ritz huele a ese ambientador maravilloso de los lugares exquisitos. Creo que es Corso di Como. Inspiro profundamente su delicioso aroma, tranquila y confiada. Siempre procuro que mis entradas en un lugar de nivel sean más o menos estudiadas. Una forma de andar, una manera indiferente de mirar, una sonrisa al azar… Y hoy es el día en el que necesito poner en práctica todo mi repertorio.

No hay demasiada gente, y lo primero que diviso es el horrendo sombrero de ala corta de Zulema. Está sentada al lado de la rubia en una esquina del salón. No veo a Maca por ningún sitio.

Mientras decido si abordarlas o evitarlas, oigo una voz amiga a la espalda.

—¡Señorita Almudena!

—¡Ottis! ¡Qué alegría!

Tiene una expresión afable y satisfecha.

—¡Yo sí que me alegro de verla! A ver si lo podemos arreglar entre todos.

—No lo creo, pero le estoy muy agradecida.

Sonríe aceptando mi cumplido.

—Si me lo permite, voy a avisar a *mister* Haziz de que está usted aquí.

Siento un leve escalofrío al escuchar su nombre.

—Muy bien, tengo muchas ganas de darle una explicación.

Apenas habla unos segundos por su móvil cuando se vuelve para decirme:

—La espera en su *suite*…

Y hacia su *suite* me dirijo, arreglándome en mi espejito mágico la comisura de los labios, el mechón que cubre ligeramente mi ojo izquierdo, un par de gotitas extra de perfume, un estiramiento final de cuello y cintura mientras compruebo el número de la *suite*… Y, tot toc, la suerte está echada.

Las cosas jamás son como las imaginamos. Si quedas para cenar con el hombre de tu vida y te haces todo tipo de pajas mentales, pensando que será una noche maravillosa, que será encantador contigo, que te dirá esto y aquello, que te encontrará bellísima y seductora, que te regalará un brazalete Cartier… Ya te digo yo que seguro que todo se jode y pasa lo contrario. Así que, desde hace más o menos una hora, estoy imaginando que mi segunda cita con Nadir será una auténtica catástrofe, un bluf y una mierda. Solo para que ocurra precisamente todo lo contrario y nuestro encuentro se convierta en una secuencia de *Sexo en Nueva York* en versión *Las mil y una noches*.

¡Lagarto, lagarto! ¡No des nada por hecho hasta el final..!

Por eso he preferido pensar cosas horribles de este momento: que Nadir se mostrará correcto conmigo pero distante, que estará a punto de salir a cenar con su *troupe*, incluídas las tres furcias, Maca, la rubia y la morena… Y que como mucho me sugerirá por puro compromiso si quiero acompañarles. Invitación que yo, por supuesto, me veré obligada a rechazar, y al final me volveré a casa sola como un perro, a llorar tirada encima de la cama como Bridget Jones y todas sus patéticas y ridículas adláteres. Pues bien: ¡mi truco ha funcionado!

Lo tengo que patentar… ¡Es muy fácil! En realidad se trata de engañar a la suerte haciéndole creer al puto duende que maneja la jodida ruleta que tú pasas mogollón de los cuentos de hadas y que vas a ver a un tío megamillonario a su *suite*, no porque sea la última oportunidad que tienes de evitar que te lapiden en la plaza pública, o te quemen en la hoguera de las vanidades de tu empresa, sino que vas simplemente a pasar el rato y a cenar gratis en un lugar fantástico… Y que si la cosa funciona bien, pues *dabuten*, pero que si no funciona, te la sopla igual, porque hay más días que longanizas y porque a ti lo que te sobran son longanizas para elegir.

Pues te lo creas o no ¡todo ha sido maravilloso!!

Infinitamente mejor que lo de *Pretty Woman* y *Bridget Jones* que son historias absolutamente forzadas y artificiales con finales cursis, *kitsch* e infumables.

Apenas he abierto la puerta, lo he visto todo claro. Sí, yo me quiero quedar en el Ritz para siempre. En este lugar que huele tan deliciosamente bien, donde todo es bello, limpio, armonioso y perfecto, acompañando a un tío megamillonario, que te dice que eres hermosa, inteligente, culta y escandalosamente *sexy,* y que si te pones tonta te lleva a París en su *jet* privado a tomarte una copita en La Favela, que es el tugurio más *fashion* y *cool* de toda la ciudad de la luz.

Es lo que tiene la erótica del poder. Seducción pura y dura. Y yo, ahora, desde aquí, quiero romper una lanza, o casi mejor, una vajilla de Limoges completa, a favor de las uniones de parejas por interés. Primero, porque son las que más duran. Lo que llaman amor ya sabes que solo dura, lo que dura dura. O sea, dos años en el más optimista de los supuestos.

Olvídate de los siete años de felicidad hasta que aparece la primera crisis, como auguran los yanquis, porque es puta bola. Ni siete, ni seis, ni cinco, ni cuatro, ni tres… dos años y vas cagando leches. Por no hablar del supuesto de que hayas traído cachorros al mundo y tengas hipoteca. Lo siento, pero así no te doy de plazo ni dos telediarios.

Después de unos ligeros golpecitos en la puerta, la abro despacio. La *suite* está en penumbra, huele a incienso, a costo y a petas que tumba a un muerto, pero es el toque imprescindible de transgresión cosmopolita que le falta a la escenografía del Ritz. Nadir está tomando una copa de vino en un silloncito al lado de la ventana.

—*Hello, darling.* —Su voz es suave y acogedora.

—*Hello, my friend*.

—Tenía muchas ganas de verte, ponte cómoda, por favor.

Lleva un traje blanco de casaca y pantalón ancho y la cabeza descubierta. Es como una aparición, como el príncipe de… de… ¿De dónde? Pues de cualquier sitio, oye. Mónaco, pongo por caso ¿Por qué no? ¿No dicen que Alberto de Mónaco es un esteta que ama la belleza en cualquiera de sus envoltorios, soportes, formas, expresio-

nes? Y mira qué feliz está su parienta, Charlène Wittstock. Oye, con los ajustes inevitables de pareja que tenemos todos. ¿Que dos días antes de la boda si no la pilla la guardia monegasca Charlène se hubiera pirado a Sudáfrica porque estaba hasta las bolas de Albertito y adiós bodorrio? Sí, pero eso son los nervios del enlace. ¿O que cuando le entra la depre se larga a pasar unas vacaciones a los mares del sur con un tío que le mola cantidad? Sí. ¿Y qué? No pasa nada. Luego vuelve a ser la Grace Kelly del siglo XXI y sale en la portada del *Hola* con la última tiara que le ha regalado su maridito. Esto sí que es una relación abierta, pero abierta de cojones, con más corrientes de aire que el huracán Katrina.

Pues me parece genial, Charlène… Olé tus huevos. Como Nadir y yo. ¿O es que yo voy a juzgar la intimidad sexual de un tío que me ha regalado la primera pulsera Cartier de mi vida? Y que espero que no sea la última. Aquí la llevo atornillada para que me la vea y se le refresque la memoria.

Abandono mi bolso Moschino sobre un aparador y me acerco a saludarle. Se levanta con cierta laxitud y me besa en los labios con una delicadeza infinita que yo, en estos momentos de mi vida, valoro infinitamente más que un polvo salvaje con Nacho Vidal. Vas a comparar la animalidad de una coyunda agresiva y sudorosa con un ambiente exquisito como este.

—¡Oh, Nadir! Los Conciertos de Brandemburgo… son mis preferidos.

Suena en todo el espacio un movimiento álgido de tromba y percusión que, unido al olor a costo e incienso, te hiela la sangre en las venas.

Sonríe ampliamente mostrando unos dientes grandes, blancos y algo separados, como los de Ottis, por cierto.

—Cuánto me alegro, Almu.. Yo adoro a Bach… Es mi dios… mi referencia…. mi inspiración… Y mi desesperación —añade con énfasis estudiado, solo para comprobar mi capacidad de respuesta ante un comentario aparentemente desconcertante.

Pero desde ahora te digo que para mí esto es pan comido. Conozco perfectamente el protocolo social que utilizan los imbéciles que proliferan y deambulan en este tipo de eventos donde reina el lujo, el boato, el ocio y el aburrimiento. Estoy muy acostumbrada a intercambios dialécticos absolutamente especulativos y banales re-

bozados de falsa intelectualidad.

Pero también soy consciente de que este simple detalle es el que marca la diferencia entre Zulema, la rubia y yo. A ellas nunca les hubiera dicho eso, si es que alguna vez ha follado con ellas. Cosa que empiezo a dudar muy seriamente.

Chasqueo la lengua con total convicción e inicio una elegante gestualidad de revoloteo de manos.

—Comparto tu desesperación, Nadir. Los sentidos no están preparados para admirar la completa perfección de una obra de arte… Por eso algunas personas especialmente sensibles sufrimos al sabernos incapaces de atisbar siquiera la magia que entraña el acto creativo. Yo también me siento a veces tan superada por la belleza y por la excelencia que comprendo muy bien lo que pudo sentir Stendhal.

Me escucha arrebolado. Fijo que se queda conmigo. No importa en calidad de qué. De amante, de asistente personal, de estilista, de peluquera, de masajista perversa, o de tocapelotas… Pero de esta *suite* salgo con el contrato firmado. Eso por mis cojones, que los tengo, aunque no se vean a simple vista. *¡Oh my God!* Es mi último tren, mi única salida, mi puerta de emergencia, mi triunfo delante de esas tres furcias, porque oficialmente ya son tres. Sin embargo, sé que gracias a Nadir podría borrarlas del mapa con un simple escupitajo.

—Exacto —responde obnubilado por mi retórica barata. Eso es… Nunca escuché definir tan certeramente el síndrome de Stendhal.

Suspiro hondamente y me acerco yo misma al mueble-bar, porque me temo que Nadir está *out* total. O sea, fuera de juego, volando por los mares del sur y flipando en colores.

—Qué agradable ambiente has creado en esta habitación, Nadir. Es como si tu presencia lo llenara todo —añado con un desparpajo insoportable mientras me sirvo una copa de Borgoña alsaciano del 76. Mojo mis labios con delectación en el oscuro y espeso caldo, mientras calculo con infinito placer el precio de la botella. Unos mil euros, tirando por lo bajo.

De pronto se acerca hasta mí y me toma por la nuca.

—Eres una mujer misteriosa y mágica —dice, después me besa en los labios larga y suavemente.

—¡Oh! Qué regalo tan inesperado —digo en el colmo de la estu-

pidez bebiendo un sorbito de mi copa.

Sus ojos brillan con una intensidad extraordinaria, fruto de los alucinógenos, naturalmente, pero él también parece resuelto a tomar una decisión que ha demorado mucho tiempo.

—¡Cásate conmigo, Almu! Somos dos espíritus afines —exclama lleno de una emoción incontenible—. ¡Te necesito a mi lado!

¡Hostia! Esto es mucho más de lo que esperaba. Estoy a punto de atragantarme, pero disimulo mi sorpresa. Es maravilloso… Ahora sí que me siento como una princesa. No sé por qué sospecho que estoy en el lugar adecuado en el momento justo. Como Letizia, como Charlène, como Mette-Marit, como Rania de Jordania, como Maxima Zorreguieta, como Matilde de Bélgica, como Meghan Markle, como todas las plebeyas del mundo que me han precedido en esta desconcertante y singular aventura, en esta abracadabrante singladura epopéyica… Por la gloria de mi madre, amén.

¡Joder, joder, joder! ¡Cuando se lo cuente a mi madre! ¡Y a Alfonso! ¡Y a Tony, y a Eduardo! ¡¡Y cuando se entere la zorra de Maca!!

¡Oh, señor, al final te has apiadado de mí!

—¡Nadir! —respondo presa de la misma o parecida emoción—. Yo también sentí algo muy especial, una llamada, una voz interior, un calambre directo al corazón desde el primer instante en que fijé mis ojos en ti. Sí, es cierto, pero no debemos precipitarnos.

—Yo no me precipito, Almu. Eres lo que siempre he buscado. Una mujer bella, elegante, culta… Quiero vivir contigo, a tu lado, compartir tantos bellos momentos, tantos conocimientos, tantas experiencias.

Queda el matiz de su homosexualidad. Es un detalle sin importancia, pero habrá que ponerlo en valor, *mettre en valeur*, como dicen los pedantes.

—Es tan sugerente lo que dices, Nadir, tan atractivo todo lo que me ofreces. Pero ¿qué dirá tu familia?

Continúa regalándome besos y caricias.

—Mi familia estará encantada.

Le observo intentando penetrar en el fondo de sus ojos.

—No sé si debo ser yo la que trate esta cuestión, Nadir, pero me han hecho saber de tu… de tu…

—¿Homosexualidad. quieres decir?

Sonrío como para quitarle importancia al asunto, pero no hace falta. A Nadir se la sopla este tema en concreto y todos los temas en general.

—Bueno, las personas como tú y como yo solo somos vulnerables a la belleza… Y la belleza puede encontrarse en un hombre, en una mujer, en un animal, en una planta, en un cuadro.

Por un momento lo imagino copulando con *El caballero de la mano en el pecho*.

—Sí, es verdad, tienes razón, Nadir.

Está pletórico, exultante.

—¿Qué significa ser heterosexual, homosexual, bisexual, inter o plurisexual? ¡Es una falacia! ¡Todos son convencionalismos sociales! ¡¡El sexo no tiene sexo, *darling*!! Este será el nuevo paradigma.

Estamos empezando a desbarrar. A mí lo que me interesa es cerrar el *business*. En realidad, me la pela con quién se acueste, siempre que respete mi libertad. En cuanto a su bisexualidad no creo que sea su caso. Nunca he olvidado las palabras de mi amigo Pierre, compañero de universidad y gay irredento: «Cuando un tío te diga que es bisexual, quiere decir que es doble maricón».

—Pero Nadir, a mí me gustan los hombres.

Se echa a reír a carcajadas.

—¡A mí también, querida! No hay problema, te voy a presentar unos ejemplares magníficos.

Le tomo de la mano y nos acercamos al enorme sofá de terciopelo morado.

—Quiero hablar en serio de esto, Nadir. ¿Por qué necesitas casarte?

Parece que el costo le está afectando más de lo que puede controlar. Le ha entrado la risa floja pero intenta contenerse, lo consigue después de algunos segundos.

—Precisamente por mi familia. —Cabecea buscando mi complicidad—. Ellos quieren que tenga una pareja heterosexual para cumplir con las convenciones. —Se detiene un instante—. Mi familia es muy importante y, aunque me aceptan como soy, prefieren que, cuando esté con ellos, guarde las apariencias. Quiero que seas mi escudo protector, mi hada, mi princesa, Almu. —Se calla y me acaricia el rostro—. Te vas a llevar muy bien con mi madre, ya lo verás. Soy muy feliz por haberte encontrado.

Comprendo que es una locura, pero estoy dispuesta a cometerla. Nadir Haziz es mi alfa y mi omega y mi pasaporte a pegarme la vida padre el resto de mis días. Quedarme a su lado es lo que más me apetece en el mundo. Sentirme respetada, valorada, que nadie me lleve la contraria, que me sirvan, que me adoren, que todos me hagan la pelota, miserablemente, si hace falta. ¡Sí, eso es lo que quiero!

—Han tenido que pasar muchas cosas para que ahora te acepte, Nadir. Tú también serás mi escudo protector. Supongo que te han contado el episodio de la bronca en el restaurante con… ellas.

Da un respingo y se aparta bruscamente.

—¡Ellas! ¡Oh, qué horror…! ¡Ni me hables de ellas! ¡Son vulgares, ordinarias, feas, tetonas!

No puedo disimular mi asombro.

—Entonces… ¿Nunca te has acostado con Zulema y Hellen?

De pronto parece despertar de su letargo y me observa con el terror reflejado en el rostro.

—¿Yo? ¿Acostarme con esas yeguas de desguace?

—Hellen me lo dijo. Que tu familia te obligaba.

—¿Hellen? Siempre las confundo. ¿Quién es Hellen de las dos?

—La rubia —respondo.

El impacto ha pasado y vuelve a sumirse en una laxitud gratificante y acogedora. Comienza a reírse como si recordara algún episodio anterior.

—¿Cómo se atreven a decir que me acuesto con ellas? Es increíble…

—¿Y Harek?

Se acomoda en el respaldo del sofá con un gesto despectivo.

—¡Bah! Harek es un snob, dice que son *especiales* y se divierte mucho con ellas. Pero ya conocerás a sus amiguitas de Bharein. Nada que ver, *darling*…

No sé si eso me tranquiliza o me enerva. No quiero competencia. Estoy harta de pelearme por ser la más alta, la más delgada y la más *sexy* del baile. Es una desgracia. No quiero ni imaginar cómo serán las amiguitas que Harek tiene en Bharein…

¡Mierda! Menos mal que Nadir es marica y nadie me lo puede quitar. Yo tengo que explotar mi potencial metasensorial y trascendente, que es enorme, y que, además, mejora con la edad. Un par de

frases contundentes bien dichas y lo tengo en el bote *pa* los restos.

—Me tranquiliza lo que dices, Nadir… Sinceramente, estaba horrorizada. —Lo miro tiernamente a lo ojos y acaricio su barbilla—. Eres un verdadero regalo para cualquier ser humano… Tu espíritu es tan dúctil y exquisito, querido. Sin duda es el destino el que nos ha unido.

Nadir está ya fuera de combate. Escuchándome, sonríe beatíficamente con sus grandes ojos semicerrados. Apoya su cabeza en mi hombro.

—Tu voz es tan relajante, Almu.

Está a punto de dormirse y no hemos cerrado nada. No puede ser. Mañana es la fiesta en la embajada italiana y yo no pienso estar presente viendo el triunfo social de la hortera de Maca. De pronto, tengo una nueva inspiración providencial. No lo puedo evitar, soy así de impredecible y de genial.

—Me encantaría viajar contigo a París…. Mañana mismo, ¿qué te parece?

Se aparta de un respingo.

—¿De verdad?

—Sí, amor mío, de verdad.

Se inclina para besarme los labios suavemente.

—¡A mí también! —De pronto se queda inmóvil y pensativo con la mirada perdida en algún lugar oculto entre los artesonados dieciochescos del techo—. Quiero pasear contigo por los lugares donde he sido tan feliz —añade al fin, con mohín nostálgico incluido.

—¡Oh, Nadir!

Si a mí alguien me dijera: «¡Oh, Nadir!» con ese tono tan repugnante como yo se lo he dicho a él, le echaría a patadas de la habitación, pero Nadir no es así. Es más dulce, más tierno y más complaciente que yo. Y, sobre todo, mucho más rico, inmensamente mas rico, que es de lo que se trata. Seguro que ahora viene el relato de su última historia de un amor imposible y desgarrado con algún diseñador pijo parisino, o con algún artista fracasado, colgado y bohemio. No quiero ni pensar la cantidad de pulseras y relojes Cartier que mi futuro marido habrá regalado estúpidamente en su vida.

—Sí —responde con gesto solemne—. La historia de amor más bella que nadie pueda imaginar.

Ottis tenía razón. Nadir es así, dulce, tierno, movedizo y suave

como una piscina de natillas caramelizadas. Cabe la posibilidad de que me empache con tanto merengue, pero sobreviviré, que también es de lo que se trata. De momento Nadir no es solo lo único que tengo, sino probablemente lo mejor que me ha pasado en la vida. O sea, que me dan escalofríos al pensar la mierda de vida que he tenido.

—Siempre estaré a tu lado para escuchar lo que quieras contarme.

—¿Dormirás conmigo esta noche?

—Por supuesto, amor mío. Esta noche y todas las noches.

Ha sonado a ritual de acta matrimonial. La suerte está echada. No sé qué será de mi vida: «Qué será… qué seráaa, de mi vidaaa qué seráaaa». Preciosa canción de José Feliciano.

Desde luego, no hay duda que Nadir es gay y quiere seguir siéndolo. Y yo, por supuesto, estoy encantada de llegar con él a un acuerdo tan original, tan productivo y tan ventajoso para los dos. ¡¿Dónde hay que firmar?!

11. *Begin the begin*

Mentiría si dijera que la rubia y la morena no han cambiado mi vida. No solo la han cambiado sino que les estoy eternamente agradecida. Ellas han sido la gota que ha colmado el vaso de mi aburrimiento crónico, de mi insatisfacción permanente y de mi vacío existencial. Me queda el orgullo de saberme una *superwoman* superviviente, un ser singular capaz de reinventarse cada día, capaz de vivir en cualquier lugar del mundo con cualquier persona, animal o cosa. En fin, entendámonos, siempre que tenga unos mínimos garantizados. (Que en este caso son máximos, si no, no me quedaba ni de coña). Así que bendigo a Harek y a la madre que lo parió (que va a ser mi suegra) por haberlas traído a mi vida. He descubierto que estoy hastiada de ser una *superwoman* cosmopolita, mundana y ninfómana. Estoy hasta los cojones de aguantar a gente que no me importa, de sonreír constantemente a tipos estúpidos y banales que se dejan la piel a tiras por pillar una puta invitación de mierda para una jodida fiesta de tres al cuarto y limpiarle el culo al mito o al vip de turno, que en el fondo no es más que un *pringao* y un comemierda como ellos.

Por fin me siento verdaderamente útil, respetada y mimada. Nadir me necesita y confía en mí. Se acabaron los contratos prorrogables, los jefes que te rebajan las dietas si no cumples los objetivos, las noches de insomnio, la ansiedad, las cagaleras, los horarios, las compañeras envidiosas, las secretarias cabronas. ¡Oh, Dios! Tengo un contrato matrimonial indefinido y podré vivir a mi aire, a mi puta bola con una visa platino para mí sola.

¡Esto sí que es un amor de película y no *Los puentes de Madison*!

El viaje a París ha sido maravilloso. Apenas dos noches y tres días de una intensidad escalofriante, epatante, increíble. Es maravi-

llosos ser rico. Y cuanto más asquerosamente rico seas, mejor. Todo es liviano, grato, acogedor. Todo es alegre y divertido y fluye impulsado por una inercia lúdica y armoniosa. No hay obstáculos ni malas caras, ni peros, ni inconvenientes, ni suspicacias. Todos tus deseos serán cumplidos. Me refiero a los míos, naturalmente.

Ya está decidido. Nos casamos en Bharéin dentro de un mes con las bendiciones de Harek y de toda su parentela. Me lo pidió Nadir en una fiesta que organizamos en nuestra *suite* del Luthetia con sus amigos parisinos, que, por supuesto, también vendrán a la boda.

Para nuestra noche más hermosa Nadir me ha prometido una sorpresa espectacular. Creo que es una joya muy especial. Yo me conformo con que me regale el collar que hace juego con mi pulsera Cartier. No lo entiendo, estoy mosqueadísima, pero de repente me están gustando las joyas con delirio, o sea me enloquecen. Bueno, los joyones, quiero decir, que son otro nivel, eso está claro.

Necesito que todo el mundo conozca mi triunfo, mi éxito y el final de esta historia que me ubicará en el lugar que me corresponde. Que todos sepan que Almudena Cortázar, hija de Gloria Piaget, ha logrado su objetivo, ha alcanzado su meta.

Incluso te consiento que digas que he materializado mi sueño. Pero que conste que el universo no ha tenido nada que ver en esta movida. Lo he hecho yo solita, a huevo, a pelo, jugándome la vida, apostando fuerte. Pero es cierto: ¡Lo he conseguido!

He superado a mi madre, ampliamente, le he metido un gol por toda la escuadra. Bueno, de momento. Porque tratándose de mi madre no te puedes fiar un pelo. Lo mismo el día de mi boda se lo monta con mi suegro, le da un par de revolcones y se convierte en su esposa favorita. Ya le gustaría a ella. Con lo fan que es de la jequesa de Qatar. Y fíjate que hasta juraría que las dos tienen un cierto parecido, un aire en común, un estilo semejante. Un no sé qué que no sé lo que es. Al final lo mismo ya no quiere volver con mi padre y se viene a vivir a Bharein.

Joder, ¡*vade retro* Satanás! Mi madre es temible. Yo sé lo que me digo. Con tal de quedar por encima de mí, la creo capaz de todo.

Al menos tengo la satisfacción de demostrarle que estaba equivocada conmigo. Que no soy un sucedáneo suyo. Ella jamás hubiera imaginado que yo pillaría un jeque árabe. Ni yo tampoco, está claro, pero me debe una rectificación, una disculpa, un respeto…

He decidido presentarles a Nadir en la comida familiar. Bueno, en realidad aparecerá en la sobremesa. Tampoco hace falta que confraternicen demasiado. ¡Uf! Con todo lo que larga mi madre… De momento no le he dicho a Nadir que mis padres están divorciados. Por eso la llamé desde París para advertírselo. Y también porque necesitaba compartir con alguien tantas emociones. Tardó en comprender lo que le estaba diciendo y estoy segura que aún no termina de creérselo. Ayer mismo por la noche volvió a la carga.

—Pero, hija… Llevo dos días sin pegar ojo. ¿Cómo te vas a casar con un árabe? ¿Estás segura? Mira que si tienes un hijo lo mismo se lo queda él. Acuérdate lo que pasa en *No sin mi hija,* que está basada en hechos reales

Lo peor de mi madre son las horas que pasa delante del televisor. Desde el divorcio tiene demasiado tiempo libre.

—No vamos a tener hijos, mamá.

—¡Ah! Ya lo habéis hablado.

—Sí, mamá.

No sabe cómo decirme todo lo que está pensando, primero lo tiene que ordenar mentalmente. No quiere ofenderme ahora que voy a ser jequesa.

—Ya. Porque él sabe cuántos años tienes, ¿verdad?

—Por supuesto. Y no le importa nada. No tiene nada que ver mi edad. Con cuarenta y tres años puedo tener hijos sin ningún problema.

—Sí, es verdad, mira Ana Rosa Quintana. Además, él tendrá varios hijos con otras mujeres, ¿no? Si es tan rico.

—Bueno, mamá, tengo un montón de cosas que hacer ¿Qué menú estás preparando?

—¡Ay! No sé… cosas que te gustan. —Después vuelve a la carga —. ¿Y no has pensado qué dirá la gente?

—¿La gente? ¿Que va a decir de qué?

—No cambies de conversación.

—Eres tú la que cambias de conversación. ¡Tenías que estar encantada de fardar con tus amigas! ¡No te entiendo, mamá! La gente se morirá de envidia cuando se enteren de que Nadir es un árabe megamillonario.

Es verdad que eso le parece definitivo, pero sigue pensando que está obligada a dar un poco más la brasa.

—No sé qué pensar.

—Mamá, no te estoy pidiendo permiso para casarme. Está todo preparado. No te imaginas en qué casoplón más increíble voy a vivir. Lo están redecorando, encargué el traje de novia ayer mismo en Givenchy. ¡Estoy feliz, mamá!

—Entonces, ¿no es una broma?

—Pero ¿cómo va a ser una broma? ¡Estás loca, mamá! No sé a qué esperas para felicitarme.

Es como si no pudiera reaccionar.

—Hija, es algo tan inesperado. ¿Y tendremos que ir a Bharéin?

—Por supuesto, y Lorena y las mellizas… Pobrecillas, que poco me he ocupado de ellas. Y tú también, mamá. Nunca las llamo por teléfono ni les compro regalos.

Quizás ahora mi hermana lo comprenda todo. No es que yo sea egoísta o despegada. Es que soy una persona especial y, lógicamente, me pasan cosas especiales.

—Déjate de tonterías… Las mellizas tienen de todo. Pero ¿cómo vamos a ir a Bharéin?

—Nadir os mandará su *jet*.

—Bueno… me parece un exceso, pero lo que os parezca.

A pesar de que me escucho, ni yo misma termino de creérmelo. Es normal que advierta en la actitud de mi madre una suspicacia y una curiosidad que ella nunca antes había sentido por mí. Como seguramente lo advertiré en otras personas cuando conozcan mi nueva situación. Es como si, de pronto, me envolviera una atmósfera distinta, un olor a dinero, a triunfo, a éxito. Y me gusta, me gusta a morir. Como me gusta pensar que he dinamitado todos los prejuicios que mi madre tenía respecto a mí. Hace apenas unos días me decía que se me estaba pasando el arroz, y ahora se está cumpliendo en mí el destino que a ella le hubiera gustado tener. Y que tal vez merecía más que yo.

—¿Lo sabe tu padre?

—No, mamá, no he tenido tiempo de llamar a nadie. Imagínate, acabamos de llegar de París y estoy muerta.

—Claro, claro, me hago cargo.

—¿Por qué no le llamas tú y se lo dices? Y a Lorena también, porfa…

Le encanta, pero se va a hacer de rogar. En el fondo hay algo

que le jode, no me atrevo a decir qué, pero me temo que le molesta o le escuece que no haya sido capaz de prever un hecho así. Tampoco cree que yo merezca casarme con un jeque árabe. Hay algo que no cuadra, que no encaja.

Yo comprendo que el día de la comida ella perderá protagonismo y el tema central será mi boda en Bharein con un megamillonario libio. Su plan con mi padre ha pasado a un segundo o incluso tercer plano.

—Ya sabes que también me gustaría aprovechar para hablar de papá y de mí.

—Habrá tiempo. No me olvido y te voy a ayudar. Y tú recuerda que no le he dicho a mi novio que estáis separados. En su cultura no está bien visto. Te aseguro que haré todo lo posible para que estéis juntos otra vez. Por que tú quieres volver con papá .¿O estoy equivocada? —Insisto en el tema porque ahora está obligada a decir la verdad.

—¡Qué cosas tienes! No sé.

—O sea que sí.

Pero ahora viene el volantazo.

—Había pensado contratar alguna camarera para que sirva la mesa.

—No hace falta. Estará Joaquina, ¿no?

—Sí, pero Joaquina es muy de andar por casa.

—Es de toda la vida, eso tiene pedigrí, mamá. No seas nueva rica… Venga, te dejo que tengo que atender a mi amo y señor.

Mi madre no tiene sentido del humor. Solo para las gracietas que suelta ella.

—¡Ay, hija, qué loca estás! No sé cómo…. —Se calla porque iba a decir: «No sé cómo se ha podido fijar un jeque árabe en ti», pero rectifica—: Ja, ja, ja… Quiero decir que ya puedes disimular delante de Nadir o te va a dejar plantada.

—Vale, mamá, mañana nos vemos. Llegaré hacia las dos.

—¡Señor! Otra noche más sin pegar ojo.

Y eso que no le he dicho que Nadir es homosexual. Espérate el día que se entere. Porque se va a enterar.

He preferido dormir sola en mi *loft* de Príncipe de Vergara. Tengo que vaciar mis armarios y ocuparme de desalojar la casa. Nadir va a enviarme dos personas para organizar las cajas que volarán con

nosotros rumbo a Bharéin. Es curioso, no me importa dejar todo esto atrás. Y ni siquiera me sorprende que no me importe. Cada día la vida empieza para mí.

He quitado el sonido a mi móvil. Lo veo vibrar sobre la mesilla cada poco tiempo, mientras escucho su suave zumbido de mosca cojonera agonizante. Supongo que todo dios se habrá enterado ya de mi rollo con Nadir y querrán darme la chapa. Me acerco para comprobar las llamadas perdidas. Dos de Tony, vale; dos de Alfonso, *okey;* ¡cinco de Luisma!, ¡uuuyyy!; ¡¡tres de Maca!!, hostia, qué fuerte; una de mi hermana; y una de cada melliza. Les debo un buen regalo Una de Eduardo, bueno, es un detalle. Dos de mi secretaria, le van a dar por saco. Dos de mi padre… Solo faltan Zulema y Hellen… Qué ganas tengo de volver a verlas. Necesito resarcirme. ¡Y ahora llama otra vez mi padre, qué raro…

—Hola, hija.

—Hola, papá, ¿qué tal? Acabo de hablar con mamá. Hemos quedado a las dos en su casa.

Tiene una voz rara. Lo mismo me dice ahora que no piensa venir a la comida.

—¿No tienes nada especial que contarme? —pregunta sin preámbulos.

Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Ya te has enterado? Las noticias vuelan. ¡Ah! ¿Te lo ha dicho mamá?

—No, no me lo ha dicho ella.

—¿Entonces?

Suspira hondamente.

—¡Vaya bombazo! ¿No?

—Ja, ja, ja… Sí, sí que lo es. Pero ¿te alegras o no?

—Yo solo quiero que seas feliz.

—Gracias, papá, lo sé. ¿Quién te lo ha dicho?

—Antonio.

—¿Antonio?

—Bueno, Tony… tu jefe.

—¡Ah, claro! No había caído.

Pero sigue suspirando junto al teléfono.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer, Almudena?

—Totalmente segura, papá.

Supongo que los padres se ven obligados a preguntar a sus hijos este tipo de cosas.

—¿Pero tú sabes todo lo que tienes que saber de ese hombre?

Es jodida la situación, pero no dudo ni un segundo en ir directa al grano..

—¿Te refieres a que si sé que es homosexual?

No responde.

—¿Eh? ¿Te refieres a eso?

—Bueno, no solo a eso.

Esta respuesta ya me mosquea más. Viniendo de mi padre, que es un tipo serio y circunspecto, es muy preocupante. No se irá a tomar por culo todo el invento, ¿verdad? ¿Qué es lo que yo no sé de Nadir que sabe mi padre?

—¿Qué quieres decir, papá?

—¿Has hablado con Alfonso?

Me temo que va a empezar a salir la bestia que llevo dentro.

—¿Para qué cojones tengo que hablar yo con Alfonso?

—Oye, Almudena… un poco de respeto.

—Perdona, papá, pero me estás poniendo muy nerviosa. Me caso en Bharéin dentro de un mes y ya tengo el vestido de novia encargado. Todo lo que me tengas que decir, dímelo ahora o calla para siempre.

De nuevo respira hondo y expulsa el aire ruidosamente.

—Lo siento, esto es muy duro, pero prefiero decírtelo yo. —Hace un breve paréntesis antes de continuar—. Este individuo es homosexual, adicto a todo tipo de sustancias y ha llevado a París, a Londres y a Nueva York a encargar trajes de novia a más mujeres de las que eres capaz de imaginar. Luego desaparece y si te he visto no me acuerdo.

¡Esto sí que es un bombazo!

Dicen que cuando un avión está cayendo al vacío la gente no grita, ni llora, ni se mueve, no se escucha absolutamente nada. Así me he quedado yo. Muda y fría. Sin embargo, no le creo. No. No puede ser. La morena y la rubia me lo hubieran dicho. Ottis me lo hubiera dicho. Quizás sea cierto que lo haya hecho otras veces, pero sé que conmigo va a ser diferente.

No es solamente una intuición, sino pura lógica… Quizás Harek no quiera que su hermano se case conmigo, ni su familia tampoco.

Pero yo sé cómo es Nadir y sé que va a hacer lo que le salga de la polla. Es un *hippie*, un bohemio, un niño mimado. Lo he visto en París con sus amigos y conmigo. Nunca se doblegará a lo que diga su familia.

A pesar de todo, comienzo a sentir una flojera por todo el cuerpo, una pájara, mareos, sudores, vahídos…

—No te creo, papá… Estás mal informado.

—Ojalá, ¿dónde está él ahora?

—Va a venir a casa a tomar café.

—¿A qué casa?

—A la de mamá… A las cinco de la tarde…

—¿Ah, sí? ¡Qué curioso!

—¿Por qué?

Mi padre resopla de nuevo.

—Porque Andina también quiere venir.

—¿Quéee? No, por favor, papá. Esto es demasiado. Perdona, pero Andina me importa una mierda. Por favor, dime lo que te ha dicho Alfonso.

Imagino a mi padre muy afectado y cabizbajo.

—Alfonso ha hablado con el hermano de este hombre y ha sido él mismo quien se lo ha contado.

—¿Con Harek?

—No sé quién es Harek.

Ahora lo comprendo todo. Necesito hablar con Ottis.

—Papá, si quieres quedamos a las dos en el portal. Espérame. No sé si decirte que estás equivocado o que te han informado mal premeditadamente. Pero hazme caso. Lo vas a entender todo.

Sé que no me cree.

—Lo siento, Almudena, desgraciadamente ese tipo es un canalla o un enfermo. Sé que te puede hacer daño.

—Que no. No subas a casa y espérame en el portal. Además, yo también tengo algo que decirte.

—¿Algo que decirme? Dímelo ahora.

Tengo la sensación de que ni mi padre ni yo podemos perder el tiempo. Es un momento clave en nuestras vidas.

—Papá, ¿tú echas de menos a mamá?

—¿A qué viene eso?

—¿Qué haces con una mujer veinticinco años más joven que tú?

—A ver, Almudena, imagínate que te pregunto yo qué haces pensando en casarte con un tipo gay y drogadicto que ha dejado colgadas a varias mujeres con el traje de novia encargado.

Conforme le escucho tengo la certeza de que todo es un error. Sé que Nadir vendrá a las cinco de la tarde a casa de mi madre a tomar café y que nos casaremos en Bharéin en una megamezquita o megaloquesea y que todo es una conspiración de Harek y del cabrón de Alfonso, que le ha calentado la cabeza a mi padre, porque le jode que me case con un tío forrado de pasta, porque sabe que esa ha sido siempre la única aspiración de mi vida.

—Escucha, papá… Mamá quiere volver contigo.

Se para el tiempo un instante antes de que responda.

—Lo sé —dice al fin.

—¡¿Cómo que lo sabes?!

—Sí, desde hace mucho tiempo.

—¿Y?

Nuevos suspiros junto al teléfono.

—Es triste decirlo, pero no me fío de ella.

Lo comprendo, comprendo perfectamente que no se fíe de ella, pero que se dejen de chorradas, que vuelvan y que se aguanten como se aguanta todo dios a esas edades. ¡Hombre por favor! Y que dejen de joder a los demás.

—O sea, papá, es lo último que esperaba oír. ¿Entonces? O sea, quiero decir, ¿y Andina?

—¿Por qué te crees que quiere venir a tomar el café?

—¿Por qué?

—Porque las mujeres sois muy listas y os lo oléis todo. Y ella quiere hacerse ver y formalizar lo nuestro de una vez, tú ya me entiendes.

He llamado a Ottis y no me ha cogido el teléfono. Me tiemblan las piernas y me están saliendo ronchas por todo el cuerpo. No sé cómo va a terminar esto. La vida me está enviando señales. Joder, qué suerte tiene mi madre. ¿Querrá decir que lo suyo con papá va a salir bien y lo mío, no? ¿Que no puede haber dos buenas noticias tan seguidas, o tan juntas, o tan en la misma familia? ¿Querrá decir que es verdad que solo soy un puto sucedáneo de la madre que me parió?

¡He llamado a Nadir dos, tres, cuatro veces! Tiene el teléfono desconectado.

He vuelto a llamar a Ottis, diez, quince, veinte veces, y sigue sin responder. No pienso llamar a Alfonso ni a Tony, que les jodan.

¡Esto se ha acabado! No vendrá. Nadir no vendrá. Bueno, le di la dirección de la casa de mi madre y la apuntó en una libretita pequeña negra. Recuerdo perfectamente que la apuntó. Igual viene.

Qué terrible frustración. ¡Qué hostia y qué batacazo me he pegado! O sea que todas esas llamadas perdidas de Tony, de Alfonso, de Maca, de Eduardo no eran para felicitarme, sino para darme el pésame. ¡Todo el mundo lo sabía… menos yo! ¡He sido la última en enterarme!

¿Por qué la última almendra que hay en la bolsa es siempre la amarga?

Este podría ser el teorema de Almudena, tan clarificador y certero como la ley de Murphy o el principio de Peter.

Noto que mis tripas empiezan de nuevo a tener vida propia. Tranquilidad. Menos mal que estoy a punto de llegar a casa de mi madre y ella también es adicta al Fortasec. No sé lo que voy a encontrarme allí.

Por fin llamo al timbre armándome de valor. Pues bien, esta debe ser la última almendra amarga que me reserva el destino. Fíjate que podría haberme abierto la puerta Joaquina, la chica de toda la vida que es la que siempre abre la puerta, o mi padre o mi madre o mi hermana o una de las mellizas… O la otra. ¡Pues no! Recuerda que las cosas no son nunca como las imaginas. Me abre la puerta la parejita feliz. Mi padre y mi madre cogiditos del hombro y de la cintura como dos recién casados. ¡Esto es *pa* potar directamente en el *hall* sin pasar por el cuarto de baño!

Mi madre se abalanza sobre mí y me abraza.

—Pasa, cariño. Papá me lo ha contado todo. Imagino lo que estarás pasando, por eso tu padre y yo… —Le mira arrebolada, como si mi padre fuera Clive Owen— hemos querido compensarte un poco y darte esta alegría. ¡Estamos juntos otra vez, cariño! ¡Esto es un milagro! Acto seguido se besan en la boca.

No doy crédito a lo que intuyo y veo. Un milagro es que ella

haya conseguido vivir setenta años sin que nadie se la cargue antes, ni su marido, ni su amante, ni mi hermano, ni mi hermana ni las mellizas ni yo.

Mi madre es una bruja rastrera y una manipuladora capaz de utilizar mi desgarro y mi desesperación en beneficio propio y chantajear al descerebrado de mi padre, que ha hecho siempre lo que le ha salido a ella de los cojones, que por supuesto es la única que tiene cojones en casa.

Además, está rutilante, con un vestido rojo con grandes ramas doradas, ajustado y primaveral y una expresión beatífica y relajada en la jeta que para mí la quisiera.

Pero no pienso darle ni un puto beso, ni el gustazo de ver cómo me desmorono…

—Perdona, mamá, felicidades, pero voy corriendo al baño. Cuando puedas, pásame un Fortasec.

—Gracias, cariño. Claro, pobrecilla —añade dirigiéndose a mi padre—. Son los nervios, es lo emocional, papá, yo soy igual, ya lo sabes.

Será cabrona y le llama *papá* otra vez, como si aquí no hubiera pasado nada, como si no le hubiera puesto una cornamenta que da varias vueltas al Santiago Bernabeu.

Me encierro en el baño porque comienzan a rodar por mis mejillas lagrimones tamaño XXL. No importa, tengo derecho a desahogarme. Poco a poco estoy asimilando esta nueva putada del destino. Y como si mis tripas también se fueran haciendo a la idea de que nunca van a viajar conmigo a Bharéin, también ellas se van aquietando.

Paso unos minutos en el baño arreglando los desperfectos que la angustia y la congoja han grabado en mi rostro y salgo dispuesta a dejarme querer, a ser consolada, a sentir un poco de humanidad a mi alrededor, de calor de hogar, de afecto, de ternura, de compasión.

Están en el salón, escucho sus voces susurrantes, apenas puedo distinguir frases entrecortadas y palabras sueltas.

Es la voz de mi hermana: «Tenía que pasar, Almu es un desastre». La voz de mi padre dice algo de ingenua e inmadura que no entiendo. Y mi madre, con su voz chirriante de pija venida a menos, apostilla: «Es que yo se lo digo, así, ¿quién te va a tomar en serio?

Porque yo no me creí nada del jeque árabe, pero nada, ¿eh? ¡Por favor! ¡Un jeque árabe! ¡Como que no tendrá nada mejor que hacer!».

Qué a gusto se ha quedado. Con las ganas que tenía ella de soltarlo.

Irrumpo en el salón con una furia y una mala hostia que no puedo controlar. Están sentados tomándose un aperitivo y poniéndome a parir.

¡Los odio! ¡Nunca me han querido!

—¡Ya vale! —estallo—. ¡Se acabó el circo!

Veo sus rostros estupefactos, sus ojos desorbitados por la sorpresa (¿y tal vez el remordimiento?) y continúo sin darles opción a reaccionar.

—Eso es lo que pensáis de mí, ¿verdad?

Mi padre se pone en pie, como catapultado del asiento.

—¡No, Almu! No nos malinterpretes. Solo queremos tu bien..

Yo estoy totalmente desatada.

—¡Sí, ya lo veo! Para lo que queréis soy la mayor, ¿verdad, mamá? Para manipularme y para putearme. Y a la primera de cambio os aliáis contra mí. Que si soy una inmadura, una salida, una pirada y un desastre, ¿no, Lorena? Pues más desastre me parece a mí tu ridícula vida y no se lo voy contando a nadie.

Mi madre está demudada pensando que ahora le toca a ella y soy capaz de decir cualquier barbaridad, que es precisamente lo que voy a hacer. A ella tres cojones le importa lo que yo esté pasando, solo le importa ella, ella, ella… y después ella… Pero necesita hacerme creer que esto no es lo que parece ni he escuchado lo que he escuchado con mis propios oídos.

—Hija, Almu… cómo te pones. Tu padre tiene razón, todo es por tu bien..

—¡Síiii, clarooo! Tú todo lo haces por nuestro bien. ¿A qué sí? Por el bien de mi padre haciéndole creer que estás enferma y todo es puta bola. ¡No tienes escrúpulos! Y encima utilizándome a mí, como siempre me has utilizado, desde pequeñita. ¡Cuando me obligabas a decir a las hijas de tus amigas todas las mentiras que se te ocurrían! ¡Por vanidad, por orgullo, para quedar siempre por encima de todo el mundo! Mintiendo sobre el dinero que ganaba papá, sobre dónde te habías comprado tal o cual vestido, o donde íbamos a ir a veranear… ¡Todo mentiras! ¡Pero eso sí! Mentiras por mi

bien, para que me fuera acostumbrando a esta vida de desastre y de mierda que tengo. Por mi bien… y por el bien del patrimonio familiar, también, ¿verdad?, hurgando en los extractos de las cuentas bancarias de papá para que la puta venezolana, como tú dices, no lo esquilme, y controlando a través de tu examante, o tu amante aún, vete a saber, si tu exmarido le ha pagado a su novia la tetas, el bótox o la liposucción…

No miro a nadie más, pero el rostro de mi madre es una máscara cerúlea.

—¡Estás loca! ¿Cómo te atreves a mentir así?

—¡No, no estoy loca! ¡Estaba loca! ¡Te recuerdo que he necesitado ayuda psiquiátrica por tu culpa! Me habías convertido en un ser inseguro y dependiente con tus delirios de grandeza, con tu insensibilidad y tu egoísmo. ¡Sí, claro que estaba loca! Y tengo un diagnóstico clínico. Cuando quieras te lo enseño. ¡Me has manipulado toda la puta vida…! ¡A mí y a todos los que te rodean!

Se levanta del asiento con un rictus tembloroso en los labios y me señala la puerta de salida.

—¡Vete de aquí!

Antes de darme la vuelta, veo entrar a las mellizas del balcón. Tienen una expresión entre asustada y sorprendida. Me da igual si lo han escuchado todo, la vida es muy dura y muy jodida. ¡Que se vayan acostumbrando!

Joaquina está en la puerta, tiene los ojos llorosos y me aprieta el brazo con fuerza.

—No le digas eso a tu madre… Tu madre no es mala, Almudena… Tu madre es… como es.

No le respondo y salgo dando un portazo. Empiezo a bajar las escaleras sin esperar al ascensor y es ahora cuando empiezo a darme cuenta de todo lo que ha ocurrido. Es ahora cuando empiezo a arrepentirme de todo lo que he dicho. No tenía que haber sacado el tema de las cuentas, las tetas, la venezolana. ¡Joder, si ya se habían amigado!

Ya estoy en la calle, no puedo llorar hasta llegar a mi casa. Ni quiero ver a nadie.

Suena mi móvil dentro del bolso, mientras consigo parar un taxi.

—A Príncipe de Vergara, por favor.

—¿A qué altura?

—Vaya, ya le iré indicando.

Consigo sacar el maldito móvil del bolso. Ojalá sea mi padre, o mi madre, les pediré perdón, no puedo ser tan cabrona. ¡Es Ottis!

—Señorita Almudena.

—¡Ottis! ¡Por fin! No me falle usted también, por favor.

—Lo siento. No he podido llamarla antes.

Voy a llorar, voy a llorar, voy a llorar… Y es la segunda vez que me pasa con este hombre.

Estoy dentro de un taxi, voy a montar un número del copón. El taxista ya me está mirando por el retrovisor, el pobre no sabe la que se avecina.

—Esgggqu ha… sidfffo horrigggble… ¡Buahhh!

—Tranquilícese, se lo ruego, déjeme que yo hable, y usted solo escuche.

—Síii, pergggo looo séee todddhgo…

—¿Cómo? ¿Que lo sabe todo? Espere… Me ha pedido Nadir, perdón, *mister* Haziz, quiero decir, me ha pedido que la llame. Tengo que entregarle algo, señorita Almudena. Él no podrá ir a tomar café a casa de sus padres, pero tengo un mensaje importante de su parte.

—¿Pogggque…. Pogggquea no me llaagggmma él?

—¿Por qué no la llama él? Porque no se atreve… pero ya la llamará. Se marchan estar tarde a Bharéin, pero quiere que sigan viéndose, señorita Almudena. *Mister* Haziz quiere saber si aceptará usted pasar el otoño con él en Nueva York y el invierno en Maldivas. Él la admira y le tiene mucho afecto. Me ha pedido que le recuerde lo que le dijo en París cuando paseaban por Trocadero.

—¡Snnnifff! ¿Degg vegggdáa?

—Sí, de verdad. Ya se lo dije. Él la valora muchísimo.

¡¡Oh, my God!! ¡¡Genial!!

Eso significa que quiere estar conmigo, aunque sea sin casarse. Después de escuchar algo así, podría cortar el llanto de cuajo.

El taxista no sabe si parar el coche, si llevarme a Príncipe Vergara o directamente a urgencias. Pero yo ahora que soy tan feliz solo necesito que mi madre me perdone. Porque mi madre será una cabrona, pero yo la adoro. Y como yo, todo el que la conoce. Porque conocerla es amarla.

Poco a poco me voy tranquilizando.

—Graciasss, Ottis… sniff… lo siento.

—No se preocupe… No lo sienta, todo va a salir bien, ya lo verá. Tranquilícese y que sus padres no la vean así. ¿A qué hora puedo pasar por su casa esta tarde?

—Cuando quiera. ¿Hacia las ocho? Sniffff…

—Perfecto, señorita Almudena. A las ocho en punto estaré alli. Gracias.

—Gracias a usted, otra vez, Ottis, siempre es mi salvación.

Sospecha que me voy a poner a llorar de nuevo, y yo también, así que corta de inmediato la comunicación.

—¿Necesita algo? —pregunta el taxista a través del retrovisor con los ojos muy abiertos.

—Sí, por favor… Lléveme al sitio donde me ha recogido.

Tampoco le extraña demasiado. Debe estar acostumbrado a cosas peores.

—O sea, quiere que dé la vuelta.

—Sí, por favor, dé la vuelta.

No hace ningún comentario y cabecea. Seguro que ha pensado que es una bronca de enamorados y que vuelvo a los brazos de mi amado.

Así se escribe la historia.

Igual que esta, de la que nunca nadie conocerá el final.

Nadie sabrá qué regalo me envía Nadir, si seguiré viajando a su lado por todo el mundo o si volveré a ROT Management enfrentándome al escarnio público igual que María Antonieta antes de subir al cadalso… Nadie sabrá si al final se casan Eduardo y Paula… O cómo saldrá la fiesta del Palace en el *Hola* con Maca de maestra de ceremonias… Ni si mis padres siguen juntos después de la movida. O si al final me pondré el canalillo de Kim Kardashian y una 110 de tetas.

Pero sobre todo nadie sabrá si mi madre me ha perdonado, que, en realidad, después de todo lo que ha ocurrido, es lo único que me importa.

Porque hagas lo que hagas o te pongas como te pongas, no hay nada como el amor de una madre. *¿Okey?*

(Y haz el favor de no desvelar este final, que cuando te lo pidió

el autor de *El niño con el pijama de rayas* bien que le hiciste caso. Y eso que era un cursi y un oportunista).